

EMMA K. JOHNSON

A romantic couple is shown in a close embrace, kissing on a rooftop. The man is shirtless and has dark hair and a beard. The woman has long, wavy blonde hair and is wearing a white top. They are positioned in the upper half of the frame. In the background, a city skyline with numerous skyscrapers is visible under a clear blue sky. In the lower foreground, the top of a police car is visible, featuring a blue and red light bar and the word 'POLICE' partially seen on the roof.

LA
TESTIGO

La Testigo

por Emma K. Johnson

Ésta es una obra de ficción. Todos los personajes y eventos residen únicamente en la imaginación del autor, y cualquier parecido con gente real, viva o muerta, es mera coincidencia. Todos los personajes son mayores de dieciocho años de edad.

Ninguna porción de este trabajo puede ser reproducida de ninguna manera sin el consentimiento previo del autor, con la excepción de propósitos editoriales y de reseña.

© 2017, Emma K. Johnson.

CONTENIDO

[Capítulo 1.](#)

[Capítulo 2.](#)

[Capítulo 3.](#)

[Capítulo 4.](#)

[Capítulo 5.](#)

[Capítulo 6.](#)

[Capítulo 7.](#)

[Capítulo 8.](#)

[Capítulo 9.](#)

[Capítulo 10.](#)

[Capítulo 11.](#)

[Capítulo 12.](#)

[Capítulo 13.](#)

[Capítulo 14.](#)

[Capítulo 15.](#)

[Capítulo 16.](#)

[Capítulo 17.](#)

[Capítulo 18.](#)

[Capítulo 19.](#)

[Capítulo 20.](#)

[Capítulo 21.](#)

[Epílogo.](#)

[Agradecimientos.](#)

Capítulo 1.

FERNANDA

—Cariño, este tipo tendrá que limpiarse las babas cuando te vea —dijo Claudia al verme hacer mi mejor esfuerzo por no picarme los ojos con el delineador.

—Ay sí, seguramente —contesté, dejando la cochinada esa en mi mesita— ¡Me rindo! ¡Mírame! Me veo... ¡Ridícula!

—Sexy —me interrumpió—. Te ves sexy, muchacha —dijo Claudia al poner sus manos en mis hombros—. John me dijo que le encantaban tus ojos verdes, y así con ese color resaltan todavía más.

Mi buena amiga. No sé qué hubiera hecho sin su apoyo.

—¿Te vas a poner eso? —preguntó frunciendo el ceño al ver la ropa que había puesto en la cama.

Me encogí de hombros y deslicé mis manos encima de mis piernas. Siempre me relaja pasar mis dedos encima de la franela de mi pantalonera.

Giré y vi el pantalón de mezclilla y la camisa que Claudia estaba viendo desde el pie de la cama. Creo que esa camisa era lo único que me había comprado cuando estuve casada con Pedro y que aún guardaba.

—¿Qué tiene de malo? —pregunté, echando mis greñas rebeldes detrás de mis hombros.

—¿Te llevará a un concierto de rock o a un bar de motociclistas? —dijo, levantando la camisa de la cama y mirándola como si quisiera usarla como trapo de limpieza.

—No... No lo creo.

—¡Entonces tiene mucho de malo! —exclamó antes de irse a mi closet— Fernanda, ¿te gusta John?

—Está... guapo —dije.

Nunca había sido una chica que saliera mucho con chicos. En la prepa siempre fui una niña bien portada. Pedro fue mi único novio y terminé casándome con él.

Pero no estaba hecha de piedra. Claro que veía a otros chavos y pensaba “está lindo”, pero así como me sentía cuando sabía que Pedro iba a hacerme el amor o que me volteara a ver con deseo... No, ningún otro hombre más que mi ex.

¡Y cómo quería que eso cambiara!

—¿Guapo? —gritó Claudia desde las profundidades de mi clóset— Cariño, John está mucho más ardiente que Pedro alguna vez lo fue. Okey, tenía buen cuerpo el tipo, pero ¿esa nariz en forma de pelota de golf? ¡Yack! ¡No sé qué le viste!

—Le vi algo —dije mirando el suelo del cuarto—. Duré cinco años casada con él, después de todo.

—¡Y qué bueno que lo mandaste al carajo!

—Sabes, no todo fue malo con él —dije, sacudiendo la cabeza y sobándome las manos—. Nunca me golpeó ni me maltrató ni nada.

—¡Uy! Qué consuelo —dijo Claudia, asomándose y girando sus ojos hacia arriba—. Hay muchas maneras de maltratar, cariño. ¿Cuándo te dejó salir conmigo?

Negué con la cabeza.

—¿Cuándo te dejó salir con tus compañeras y compañeros de trabajo?

Volví a negar.

—¿Cuándo te dejó siquiera tener cuenta de redes sociales?

Resoplé. El único celular que tuve durante mi matrimonio fue de esos que sólo servían para llamar y recibir llamadas.

—Y ni empecemos con la ropa que te dejaba usar —dijo estremeciéndose antes de entrar de nuevo a mi clóset.

Claudia tenía razón. No me apetecía regresar a una relación que sólo me había hecho daño.

—¡Necesitamos ir de compras! —exclamó Claudia saliendo de mi clóset. Me tomó de la mano y me llevó a jalones a su cuarto. Ahí abrió su armario y sacó un vestido azul cielo de cuello circular.

—¡Vamos a ver! —dijo Claudia poniéndolo frente a mí— Oh sí, esto servirá.

—¡No me voy a poner esto!

—¿Por qué no? Somos de la misma talla.

Me levanté y tomé el vestido. —No lo sé...

—Mídetelo.

—¡Estás loca! Vamos a ir a tomar un café, no a bailar.

—¿Y tú cómo sabes? Quizá después del cafecito John quiera llevarte a otro lado... Y no necesariamente a bailar —dijo alzando las cejas y con una mueca burlona.

Llevé el vestido de vuelta al armario. —Es mi primera cita en *mucho* tiempo, Clau. Dudo que lleguemos tan lejos.

—¡Ay, Fer! —exclamó— ¿Tienes idea de lo deprimente que es verte encuevada aquí todos los días después de trabajar?

Claudia suspiró y se quedó paseando su vista por todo su armario.

Me senté en la orilla de la cama. ¡Cómo admiraba a Claudia! Me había cansado de todas las veces que me preguntaban en el trabajo por “la negrita guapa” que me iba a recoger.

¿Y cómo no iban a querer con ella? Tenía un cuerpazo digno de concursos de belleza, igual de alta que yo, una mirada de esas que pueden hablar por sí mismas, y el alma de cualquier fiesta a la que asistía. Para mí era un milagro que siguiéramos siendo amigas antes, durante, y después de mi divorcio.

Pedro nunca la quiso. Siempre pensó que era una mala influencia para mí con su vida fiestera y sus “ideas feministas”, según él les decía. Claro que Claudia tampoco quiso a Pedro.

—¡Ponte esto! —gritó, lanzándome unos jeans.

—Espera —me quité mi pantalonera y puse el pantalón.

Claudia se asomó. —¡Demonios! Chica, tienes mejor culo que yo.

Me atacué de la risa al mirarme al espejo con el comentario de mi amiga. Estaba algo justo pero no estaba mal.

No, no estaba nada mal.

—Ahora ponte esto —dijo Claudia, dándome una blusa negra de tirantes.

Me quedaba holgada de la panza y cintura, pero mis pechos quedaban justos y parecían que cualquier brinquito los haría saltar de mi escote.

—¡Ándale! —dijo Claudia, abrazándome por atrás y mirándome a los ojos en el espejo— Te voy a decir una cosa: Si John puede seguirte viendo a los ojos durante su cita o es maricón o es un caballero.

Me quedé mirándome al espejo. No se veía de mal gusto mi escote, pero no me sentía cómoda revelando tanto de mí. —Con Pedro jamás me hubiera podido vestir así.

—Fernanda, ¿qué dijimos? —dijo Claudia al darme la vuelta y mirarme a los ojos. —Que ya no hablaríamos de ese imbécil.

—¿Qué quieres que haga? Me miro cómo estoy vestida y escucho su voz en mi cabeza.

—Déjame adivinar —dijo Claudia con el ceño fruncido—: ¿Por qué chingados te arreglaste?

¿Quieres que se te queden viendo en la calle? ¿Para qué quieres que otros güeyes te vean las tetas y el culo? —dijo con voz grave y exagerada.

Sonreí y miré mi perfil en el espejo. —También me diría que me quitara esta mugre de la cara — pasé mi mano abierta frente a mi rostro—, que parezco payaso —el imaginarme a mi ex esposo diciéndome esas cosas, y muchas otras peores, hizo que se humedecieran mis ojos—. Más bien me diría que parezco puta.

—¡No no! —exclamó Claudia, acercándose y dándome un abrazo— ¡Que lo metieran a la cárcel es lo mejor que pudo haberte pasado! ¡Ya estás *di-vor-cia-da*! ¡Ya no le respondes al baboso ese!

—No puedo hacer esto, Clau —me escapé de su abrazo y fui hacia la ventana abrazándome de los brazos—. Todavía... todavía lo veo en los rostros de otros hombres.

—Amiga, no todos son así.

—¿Pero y sí John es como Pedro?

—Ay, amiga, ¿por qué crees que te lo presenté? ¡Porque es todo lo opuesto a tu ex!

—No estoy lista, Clau... Háblale y dile que...

—No, ni madres —Claudia tomó mi celular y me lo estampó en la mano—. Si vas a cancelarle, hazlo tú.

Sólo me tomó unos segundos teclear un mensaje y enviarlo.

—Listo —dije.

Claudia gruñó. — ¿Cómo esperas conocer a alguien si nunca sales de la casa?

—No lo sé... Pero... No, todavía no...

Bajé la cabeza y regresé a mi habitación.

Me senté en el escritorio y miré mis libros. “¿*Qué estabas pensando, Fer?*” pensé, abriendo el libro. “*Ahorita con mi certificación no tengo tiempo de andar saliendo con nadie.*”

Sonó la campanita de mensajes de mi cel. Lo abrí y vi el mensaje de John:

—Al menos déjame llevarte esta flor que te compré.

Qué tierno. Debí contestarle, pero cuando traté de imaginarlo en mi puerta regalándome una rosa me asaltó el recuerdo de la mirada imponente de Pedro sobre mí.

Dejé el cel en la mesa y de reojo vi que mi bote de basura ya estaba lleno de papeles.

Tomé mi cesto y recorrí toda la casa para juntar las basuras de todos los botes. Un viejo hábito de cuando estaba casada. Siempre que estaba a punto de explotar por algo juntaba toda la basura de la casa y la llevaba afuera.

Y esa noche no era distinto. Ansiaba continuar con mi vida. Había sido toda una odisea divorciarme con Pedro en la cárcel. Y luego de escucharlo decirme todas las cosas que me dijo la única vez que se me ocurrió irlo a visitar pensé que me sentiría libre cuando ya terminara todo.

Suspiré cuando llegué al tambo y levanté la tapa. Recordé cuando Pedro y yo éramos novios. Me regalaba rosas siempre que nos veíamos, hubiera jurado que conocimos todos los parques de la ciudad, y todo el tiempo me decía lo hermosa que era.

Cerré el tambo luego de echar la basura, y me abracé los brazos. El aire estaba fresco, y parpadéé más rápido para no llorar.

Tallé mis ojos y sobé mis párpados mientras lo hacía. Me prometí que ya no lloraría por mi matrimonio fracasado.

—Estás mejor que antes, estás mejor que antes —me repetí una y otra vez teniendo los ojos cerrados hasta tranquilizarme.

Volví a la casa y Claudia estaba encerrada en su habitación hablando con algún muchacho. No sabía lo que estaba diciendo, pero identifiqué el tono que estaba usando. Había visto a más de un hombre doblarse a la voluntad de mi amiga cuando les hablaba así.

La envidié en ese momento. Fui a la cocina y me serví un vaso con agua mientras miraba fuera de mi ventana en completa oscuridad.

Estaba viendo el vaso en mi mano cuando escuché un motor apagarse seguido de una puerta de coche azotarse. Levanté la mirada y vi un auto negro con los vidrios polarizados estacionado a uno metros debajo el farol de una de las casas frente a las nuestra... Creo que el único farol que funcionaba en toda mi calle. El que estaba junto a la mía llevaba meses fundido.

El tipo que bajó del coche se quedó parado junto al vehículo.

Levantó la mirada y un escalofrío pasó por mi espalda al verle. Claudia no vivía en el vecindario más seguro, pero aquel tipo daba miedo. Tenía la cabeza rasurada y una barba de candado bastante gruesa. No se miraba muy alto, pero sí muy corpulento. Traía una camisa negra ajustada, y sus manos se veían también negras. Debía estar usando guantes o algo, lo que se me hizo raro pues no estaba tan frío como para usar guantes.

Miró hacia todos lados, incluso hacia la ventana abierta de mi cocina. Me quedé congelada. “¿Me

habrá visto?” pensé alarmada. Pude respirar aliviada cuando miró hacia otro lado y caminó hacia una casa cruzando la calle.

—Ay no —me dije a mí misma al verlo entrar. Di la vuelta y salí de mi cocina. Lo que sí no le podía criticar a Pedro fue que vivimos en un vecindario bastante tranquilo.

Ya estaba en el pasillo cuando escuché un tronido que me detuvo el corazón. Volteé a la cocina y me asomé por la ventana. El coche que se había estacionado patinaba sus llantas traseras y luego arrancó a toda velocidad.

Fui lo más pronto que pude a mi habitación. Tomé mi celular, y marqué a Emergencias.

Capítulo 2.

LUCIO

—¿Ya te dije cuánto te amo el día de hoy? —dije al deslizar una taza de café en dirección de Renata, mi compañera.

Ella hizo una mueca con esos labios delgados color rosa que han hecho a más de un patrullero de nuestra estación perder la cabeza imaginándolos, y luego me miró con esos ojotes avellana capaces de rendir a cualquier hombre a sus pies.

O a cualquier mujer.

—Ya acabaste tus reportes, ¿verdad? —me dijo con esa vocecilla ronca que tenía.

Sonreí con tanta exageración como pude antes de alejarme despacio hacia mi escritorio a un lado del de ella.

Renata sacudió su cabeza y regresó su atención a su pantalla. —¿Cómo carajos le haces? Se supone que somos compañeros y nos repartimos nuestro papeleo a mitades.

—¿No puede ser que sea así de bueno? —dije subiendo mis pies al escritorio antes de dar un sorbo a la taza junto a mi teclado.

—Haz el mío —dijo, lanzándome una miradita de ternura que cuando la recién conocí funcionaba a la perfección para que hiciera lo que ella quisiera.

Pero ya dos años de ser compañeros ya conocía todas sus artimañas.

—Ándale —dijo, aleteando sus pestañas.

—Ya conoces mi precio —dije alzando las cejas.

—Come cola pues —dijo haciendo puchero—. No te voy a presentar a Susy.

—¿Por qué no?

—¿Para librarme de quedarme hasta tarde para completar mi papeleo? —dijo entre risas— No, señor. Voy a guardarme ese favor para cuando lo necesite.

—Puede que pronto sea un favor que vayas a perder —dije con una mueca confiada— ¿Ya te conté cómo me fue anoche? —tomé una pelotita de estrés con el escudo del departamento y la lancé para arriba un par de veces.

—¿Contarme qué? —dijo sin despegar la mirada del monitor ni sus dedos del teclado.

—¡Pues cómo me fue anoche con Inés!

—¿Quién? —preguntó frunciendo el ceño.

—¡Inés! Te platicué de ella.

Renata se recargó en el respaldo de su silla y luego miró hacia arriba unos momentos antes de agarrarse su melena pelirroja en una cola mientras negaba con la cabeza.

—¡Inés! —exclamé, dibujando unas curvas femeninas con mis manos abiertas frente a mí— Alta, cuerpo de modelo, hostess de ese restaurant italiano que tanto te gusta.

—¡Ah! ¡La hostess! —exclamó asintiendo y dibujando una muequita.

—Sigues sin saber de quién hablo, ¿verdad?

—Ni puta idea.

—En fin —dije antes de levantarme de mi silla, sentarme encima de mi escritorio, y acomodarme las mangas enrolladas de mi camisa de vestir—. La recojo en su depa. Vive allá en los condominios Newton —estiré mi brazo apuntando hacia la pared—. Allá donde el aire da vuelta.

—Lejecitos.

—Me bajo del coche para irle a tocar... Ya sabes que soy todo un caballero.

Renata rodó sus ojos. —Por supuesto —dijo con una sonrisa.

—Aunque te burles, cabrona. Sabes que es verdad.

—¡Yo no dije nada!

—¡En fin! —exclamé estirando mis manos abiertas a los lados— Le toco, ella sale...

—¿Qué traía puesto? —volteó. Ahora sí tenía su atención.

Suspiré y entrecerré los ojos mientras me mordía el labio. —Un vestidito de esos que lucían sus piernas... ¡Uff! Una blusita escotada que nomás le cubría lo obligatorio para que no la arrestaran por faltas a la moral, y unos tacones que no sé cómo no le dieron calambres al caminar.

—Iba en plan de puta.

—Iba en plan de puta —miré hacia enfrente—. Le ofrezco mi codo para que me lo tome y nos vayamos caminando juntos al carro. Ella lo hace. Y cuando llegamos al carro...

—Se tiró un pedo —me interrumpió, apuntando su dedo hacia mí.

—¿Qué? —exclamé, mirando a Renata— ¡No!

—La viste picándose la nariz.

—¡No! Ella estira la mano e intercepta la mía cuando estoy por abrirle la puerta —dije con toda seriedad.

Rana se me quedó viendo con una expresión en blanco. —¿Y... luego?

—Le dije que yo le iba a abrir la puerta, y ella me sale con: *¿De qué siglo eres?*

Renata se quedó callada unos momentos mirándome a los ojos, luego sacudió la cabeza despacio, giró sus ojos hacia arriba, y regresó su atención a la computadora.

—Lo dejé pasar, pero cuando llegamos al restaurante me adelanto para abrirle la puerta. Es un lugar fino y hay que mostrar cierta clase.

—Claro.

—¡Y me la vuelve a hacer de tos!

—Déjame adivinar —dijo Renata luego de dar un par de clics en su computadora—. La llevaste a su casa y el plan de puta se vino abajo.

Asentí, me puse de pie, y me dejé caer en mi silla. —Rana, ¿cómo voy a siquiera acostarme con una mujer que no le da importancia a la buena educación? Capaz que ni las gracias me da.

Renata rio. —Tarado.

—Por algo se fue en taxi a su casa la babosa.

Ella volteó, me lanzó su mirada de “no te creo ni madres”, y regresó su atención a la computadora.

—Okey, me aguanté la cita y hasta la llevé a su puerta, ¡pero no me despedí de beso ni nada de...!

—¡Detective Royce! —gritaron desde la entrada a nuestra división. Renata se levantó y fue con el oficial a recoger el sobre con los resultados del laboratorio que venían a entregar.

—¿Nada para Castilla? —grité desde mi escritorio.

—¿Grité su nombre, detective? —contestó el grandulón ese.

—¡Diles en el laboratorio que dejen de jalársela y se apuren con mis muestras de ADN!

—¿Ve ese aparato con auricular color negro y botones con números? ¡Puede usarlo para llamar al laboratorio y decirles usted! No soy su mensajero.

—¡Esa es la actitud de servicio que lo llevará lejos, oficial! —él sólo me mostró su dedo más

educado en contestación.

Aunque el sonso cometió el error de, al hacerlo, verle su delicioso y bien ejercitado trasero a mi compañera, la cual lo sorprendió en el acto.

—¿Todo en su lugar, *oficial* Durán? —preguntó con ese tonito de “te parto tu madre si lo vuelves a hacer”.

Pobrecito casi se le sale el corazón del susto. Claro que cuando volteó Renata le noté riéndose. Bien que le gustaba hacerse la digna y luego ponernos contra la pared.

—Un día de éstos le vas a provocar a alguien un infarto si sigues poniéndote esos pantalones tan ajustados —le dije.

—En primera —dijo, apoyándose en mi escritorio. Resistí la tentación de verle el escote de la blusa guinda que traía puesta porque sabía que terminaría con una grapa en el ojo si se me ocurría ver en esa dirección—: Estoy orgullosa de mi cuerpo y me encanta vestirme para lucir lo que me cuesta dos horas de gimnasio todas las mañanas todos los días de la semana.

—¡Dicho como toda una feminista!

—Y segundo: Tú no eres nadie para criticarme mientras sigas presumiendo pectorales y abdominales usando camisas demasiado chicas —Renata hizo una pose flexionando sus dos brazos—. Mírenme, nenas, estoy bien buenote y soy bien facilote —me arremedó, y yo sólo pude reírme de su fantástica imitación.

Luego se sentó en su silla e hizo un ademán como si estuviera echándose su cabello hacia atrás. — ¡Envídienme, nenas! Que tengo mejor cabello que todas ustedes —siguió arremedándome, y yo seguí riéndome— ¡Mírate! ¿Y dices que sólo usas champú?

—Es genético, Rana —dije con una sonrisa al pasar mi mano por mi greñero.

Renata abrió el sobre con los resultados del laboratorio, los miró, y luego volvió su angelical carita hacia mí. —Ya en serio, Lucio... Con lo quisquilloso que eres no es ningún misterio por qué rara vez tienes una segunda cita.

—¿Vas a decirme que le dé otra oportunidad a doña Ningún–Hombre–Me–Abre–La–Puerta?

—No, tarado —dijo mientras se acomodaba en la orilla de su silla y recargaba sus codos en sus rodillas— ¿Qué pasó con Laila?

—¿La de los ojos saltones? ¡Te imaginas despertar y ver esas cosas...! —dije haciendo como si quisiera sacarme un ojo.

Rana se sobó los ojos con su mano abierta. —Okey, ¿y Rosalia?

—Se lava sólo dos veces al día los dientes. ¡Son tres! ¿Que no le enseñaron en el kínder la cancioncita de Lavarse los Dientes?

—¿Y Phoebe?

—¿La mandona esa? Oye, si una chava ni siquiera sabe decir por favor...

—Lucio —Renata hizo como que quería ahorcarme, luego se levantó y puso sus manos en mis hombros—. Lucio, ¿neta nunca has pensado que quizá eres *demasiado exigente*?

—No, la verdad no.

—¡Pues empieza a pensarlo! —gritó agitándome en mi lugar.

—¿Entonces me conformo con la primer araña que me tope?

Renata regresó a su escritorio y de un brinquito se sentó en él.

—¡Más bien deja de buscar arañas! —exclamó— En serio, ¿qué te traes teniendo una cita cada dos o tres días? Si lo bueno que los restaurantes de tus papás te dejan bastante...

Me le quedé viendo unos momentos mientras un punzón me atravesó el pecho. El recuerdo de mi padre y mi madre vino a mi mente con su mención y de pronto se me agotaron las palabras.

—Ay mierda, lo siento —dijo Renata, cubriéndose la boca—. Yo y mi bocota.

Me recargué en mi asiento y miré la foto que tenía de ellos en mi escritorio. Era de cuando se fueron de viaje a celebrar sus treinta años de casados. Estaban en Nueva York, y mi papá estaba cargando a mi mamá como si fueran recién casados encima de un barco con la Estatua de Libertad en el fondo.

—No te preocupes —dije con una sonrisa. Ya me había acostumbrado a sonreír hasta que se me pasaran las ganas de llorar—. Es sólo que pensé que sería fácil, ¿sabes? Como dices, no tengo problemas para encontrar chicas con quien pasar el rato... Pero encontrar una con la que quiera encadenarme el resto de mi vida...

—Yo evitaría usar el verbo “encadenar” como sinónimo de matrimonio —dijo entre risas Rana.

—Disculpen, ¿detective Royce? —preguntó un patrullero desde la entrada a la división.

Volteé y le indiqué que pasara con la mano.

—¡Pásale! —grité. Cuando se acercó a mí le dirigí a mi compañera.

—¿Detective Royce? —preguntó el patrullero a Renata. Ella asintió—. ¿Conoce usted a Daniel Gómez? Usa por alias...

—¿El Pato? —pregunté.

El patrullero asintió.

—Sí, fue uno de mis informantes cuando estuve en Narcóticos —dijo Renata, poniéndose de pie.

—Alguien reportó balazos en la calle Atlas, y cuando llegaron los patrulleros a investigar encontraron su cuerpo en su casa.

Renata se sentó despacio, y de a poco su rostro cambió a uno lleno de ira.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—Herida de bala al pecho y a la cabeza —dijo, bajando la cabeza—. Parece que fue una ejecución.

—Tenía una llamada perdida suya y olvidé regresarle la llamada —dijo, sobándose la boca—. Puta madre, fui a su graduación de la prepa abierta el mes pasado. Quería estudiar para ser veterinario.

—Lo siento, detective —dijo el oficial.

—¿Tienes la dirección? —pregunté.

El oficial le entregó una hoja a Renata. —¡Claro! Aquí está el reporte de la central. La llamada fue hecha del teléfono celular de una mujer llamada Fernanda Ontiveros.

Me levanté y miré la hoja con el ceño fruncido. —¿Llamaron a la policía con un celular en esa colonia? A ver si no la encontramos baleada para cuando lleguemos.

Rana volteó a verme y supe que debíamos irnos de inmediato. Tomé las llaves del coche y salimos tan pronto como pudimos de la estación.

Capítulo 3.

FERNANDA

“Bueno, si antes batallaba para dormirme ahora menos podré descansar esta noche,” pensé al mirar desde el pórtico a los policías acordonando el frente de la casa cruzando la calle.

Era una casa abandonada, usada casi siempre por drogadictos o pequeños narcotraficantes. Supongo que no debería haberme sorprendido cuando Claudia regresó con noticias de que habían encontrado un cadáver ahí adentro.

—Cómo hacen *show* —dijo Claudia luego de aspirarle a su cigarro—. Como si realmente fueran a hacer algo. Bola de inútiles. Lo único que están haciendo es no dejar a la gente dormir.

—Sólo hacen su trabajo, Clau —dije.

No le había dicho que había visto alguien bajarse de un coche y entrado a aquella casa. Tenía demasiado miedo de decir algo, incluso a mi amiga. Apreté el agarre de mis manos sobre mis brazos al ver a los policías haciendo guardia al otro lado del cordón que ellos pusieron.

Ella resopló y se rio mientras me miraba. —Ay, cariño, ¿llevas un año viviendo aquí y todavía piensas que a la policía les importamos?

—Pues...

Escuché el estruendoso rugir de un motor potentísimo. Miré hacia la calle y vi un coche deportivo azul metálico estacionarse detrás de una patrulla. Sabía que era policía por las luces rojas y azules que destellaban de su parrilla.

—¡Mira nada más! Andan a pie estos polis —dijo Claudia— Ese modelo de Camaro salió apenas el año pasado. Nuestros impuestos trabajando para nosotros, Fer.

Dejé mi mirada fija en la pareja que bajó del coche. La pelirroja salió corriendo hacia la casa mientras el hombre fue hacia uno de los patrulleros al otro lado del cordón.

Miré de reojo a Claudia y ella también lo estaba viendo. —¿También son policías? —pregunté, admirando aquella belleza de hombre. Su pantalón de vestir le quedaba perfecto. Casi nunca me fijaba en el trasero de un hombre pero ¿cómo no iba a fijarme en él? Lucía como un modelo de revista luciendo un traje luego de un largo día de trabajo. De no ser por la placa dorada colgada a su cinturón no me lo hubiera imaginado como un policía.

Y la forma en que tenía las mangas de su camisa enrolladas hasta sus codos y cómo tenía la corbata

un tanto aflojada me daba la impresión de estar viendo un hombre que sabía vestirse bien y sabía trabajar con sus manos.

—Mmmm—hmmm —dijo mi amiga asintiendo y sonriendo—. ¡Nálgame Dios, dejaría que ese hombre me esposara y me metiera al bote o a donde él quisiera!

Sonreí y sacudí mi cabeza. No le iba a negar a Claudia que estaba guapo aquel hombre. Tenía una confianza al andar que me intrigó. Todos los patrulleros se le acercaron a estrecharle la mano y ponían atención a lo que decía.

—¿Apoco no, Fer?

Me encogí de hombros. —Pues... está lindo.

La pelirroja que le acompañaba salió con la cabeza agachada de la casa, puso sus manos en su cadera y caminó en círculos un par de veces en el jardín al frente de la casa.

—¡Putra madre! —gritó al estampar su pie en el zacate.

El hombre caminó hacia ella, algo le dijo, y luego ambos voltearon en nuestra dirección.

—¿Vienen para acá? —pregunté al verlos cruzar la calle sin quitar su mirada de nosotras.

—Yo me encargo de esto. Tú no digas nada —me susurró Claudia al oído.

Al estar unos metros de nosotras ambos sacaron sus placas y nos las mostraron.

—Cariño, si quieres que veamos esas cosas tienes que pedirle al municipio que nos arreglen los faroles —dijo Claudia antes de aspirar de su cigarro.

—Departamento de Policía de Ciudad del Sol —dijo el hombre con una voz grave y acento deliciosamente articulado—. Soy el detective Lucio Castella, y ella es la detective Renata Royce.

—Homicidios, ¿verdad? —preguntó Claudia elevando su mentón.

—Así es, señora —dijo la detective Royce. Se le notaba un tanto irritada—. ¿Alguna de ustedes vio algo que pudiera sernos de utilidad en nuestra investigación?

Quería hablar y decirles sobre el hombre que había visto, pero Claudia se puso entre los detectives y yo y se cruzó de brazos. —Nosotras no vimos nada.

—¿Señorita? —preguntó el detective Castella, mirándome a los ojos.

Mi corazón palpité más y más rápido con cada instante que aquel hombre tenía su vista en mí. Sus ojos grandes, redondos, expresivos, parecían capaces de verme el alma. Algo en mí me decía que no podría mentirle a aquel hombre.

Luego sonrió, y me emocioné tanto que bajé mi cabeza apenada como una niña chiquita abochornada.

—Tampoco vio nada —dijo Claudia.

—¿Eso es verdad, señorita? —preguntó la pelirroja.

Ella tenía una intensidad que no podía explicar. Era una mujer de baja estatura, físico envidiable, y sus ojos parecían tener brillo propio, como los míos cuando estoy a punto de explotar en llanto.

—No vi nada —dije casi como un susurro mientras decía que “no” moviendo la cabeza.

—Ahí lo tienen —dijo Claudia—, ahora, si son tan amables de dejar mi propiedad...

—Una pregunta más, señorita, si me lo permite —dijo el detective al dar un paso hacia Claudia—: ¿Quién de ustedes es Fernanda Ontiveros?

Alcé la mirada rápido, y encontré los ojos del detective fijos en mí.

—Ella no vive...

—Yo soy... Fernanda Ontiveros —interrumpí a Claudia, y ella suspiró.

—¿Usted llamó a emergencias? —preguntó la detective Royce.

Asentí, y bajé la mirada. No podía sostenerle la vista a los ojos de aquella mujer. Era *demasiado* intensa. Parecía que en cualquier momento iba a atacarnos o a gritarnos.

Pero vi a los ojos del detective y encontré algo de calma junto con un poco de emoción. Él volvió a sonreír, y yo le contesté la sonrisa.

—¿Podríamos hablar con usted a solas? —preguntó el detective Castella.

—¿Y por qué chingados necesita hablar con ella a solas? —preguntó Claudia, poniendo su mano en el pecho de él, evitándole subir a nuestro pórtico.

—Es protocolo, señorita, para prevenir...

—¿Prevenir qué?

—Clau, no hay problema, puedo... —dije, poniendo mi mano en los hombros de mi amiga y haciéndola a un lado para yo ponerme junto a ella.

Tenía al detective a un metro de mí, y mi corazón latía tanto que pensé me daría un infarto de emoción. Nunca me gustó mirarle los ojos a la gente, pero no podía dejar de ver los suyos.

Y él tampoco dejaba de mirar los míos.

—Tú déjame hablar, Fer —dijo Claudia, luego se dirigió al detective—. Ella no tiene *nada* que

decir. Ya hizo bastante con llamarles. Ahora ustedes hagan su trabajo y déjenos en paz.

—¿Bastante? —exclamó la detective pelirroja— ¡Murió un hombre! ¡Un vecino suyo!

—Renata... —dijo el detective, poniendo su mano en el hombro de su compañera— ¿Por qué no me esperas en el coche?

—¡Como si no muriera un hombre en este vecindario por lo menos una vez a la semana! —contestó Claudia mientras la detective se alejaba— ¿Por qué tan preocupados por la muerte de un hermano? Ni que se preocuparan por todos los que matan por aquí.

La detective no había dado ni dos pasos cuando se volteó rápido y pareció estar a punto de lanzársele encima a Clau. Pero se detuvo, miró a su compañero, dio la media vuelta y se alejó estampando el piso mientras lo hacía.

El detective sobó su mentón cubierto en una corta barba desaliñada y miró a los ojos a Claudia. — Con todo respeto, señorita, ¿pero es usted su abogado? —preguntó apuntándome con su dedo índice.

—Soy su amiga.

—Y veo que se preocupa por su amiga —dijo el detective, poniendo sus manos en sus caderas abriendo su gabardina y el saco que traía debajo, dejando ver la camisa blanca de vestir que traía—. Respeto eso. La lealtad entre amigos no...

—¿Cree que va a endulzarme el oído? —exclamó Claudia.

Él respiró profundo, y la miró directo a los ojos.

—¿Es usted abogada o representante legal de su amiga, señorita?

—No, pero...

—Entonces, *señorita* —interrumpió—. Usted *no tiene* parte en este asunto. Si ella desea declarar...

—Ella *no desea* declarar —dijo Claudia al mismo tiempo que negaba con la cabeza y le acercaba el dedo índice al rostro.

Él no se movió. No parecía estar intimidado por Claudia, lo cual era bastante impresionante. El otro día la vi casi hacer llorar a un agente de cobranza de alguna tienda departamental que tuvo la mala fortuna de agarrarla de malas. Ella estaba mostrando la misma actitud intimidatoria con el detective.

Pero él no se movió. Es más, sonrió y luego me miró. Fue como si un relámpago me sacudiera por dentro. Mi estómago se retorció de la forma más deliciosa posible, y mis mejillas se pusieron todas calientes. ¿Por qué me ponía así cada que me miraba?

Le sonreí. —¿No desea declarar? —preguntó.

—Ya le dije que no —dijo Claudia.

Pero el detective no le contestó. Sólo esperó mi respuesta con su vista fija en mí.

Agaché la mirada. ¡No pude resistir más! —No... —dije.

Me quedé mirando el suelo, y de pronto vi su mano ofreciéndome una tarjeta con su número telefónico.

—Si cambia de opinión, señorita Ontiveros —dijo el detective. La tomé tratando de que mis manos no temblaran. Cuando sentí el calor de su mano cuando mi dedo rozó el suyo no fui capaz de siquiera voltearle a ver—. Pasen buenas noches, señoritas.

Alcé la mirada y le vi alejarse con ese andar relajado y confiado que me llamó tanto la atención al principio.

Claudia me tomó del brazo y nos metimos a la casa.

—¿Puedes creer a estos tipos? Nunca vienen cuando realmente se les necesita y cuando lo hacen piensan que debemos darles todo lo que quieran.

—¿Qué tienes en contra de la policía? —pregunté mientras me asomaba por la ventana y veía el coche de los detectives arrancar e irse. —Sólo están haciendo su trabajo.

Cuando volteé y vi a Claudia ella se quedó sonriendo. —¿Apoco el detective niño bonito te movió el tapete?

—¡Claro que no! —exclamé de inmediato, abrazándome el abdomen y caminando hacia la cocina.

—Tiene los huevos bien puestos, se lo reconozco —dijo Claudia, mirando hacia la puerta—. ¿Viste cómo se cuadró cuando me le puse en la cara? No cualquiera, cariño. ¡Uff! Ya quisiera que alguno de mis pretendientes tuvieran esos pantalones.

—Quizá deberías salir con él —le dije.

Claudia se soltó riendo. —Ay, cariño, si se hubiera fijado en mí como se fijó en ti, puede que sí.

—¿Fijarse en mí?

—¿No viste cómo te miraba? —dijo Claudia siguiéndome a la cocina.

Me serví un vaso con agua. —Estás loca, sólo estaba siendo amable.

Claudia se soltó riendo. —Ay, amiga.

—¿Qué?

—¿Y apoco te miró de reajo las tetas porque es tan buena gente?

Casi me ahogo con mi trago de agua. Miré hacia abajo y caí en cuenta que aún traía esa blusa escotada que iba a usar para la cita con John.

—¿Apoco volteó a...?

—Ajá —dijo Claudia dando la media vuelta y luego salió de la cocina—. A mí no me dio su tarjeta, amiga.

Me quedé ahí parada, sosteniendo en una mano el vaso de agua, y en la otra su tarjeta.

La sostuve frente a mi rostro y la leí: —Lucio Castella —dije, incapaz de no sonreír.

Capítulo 4.

LUCIO

Ya de vuelta en la comisaría me senté en mi lugar con toda la intención de hacer una búsqueda en nuestras bases de datos por conocidos de Daniel Gómez.

Pero terminé escribiendo “Fernanda Ontiveros” en el motor de búsqueda.

Iba a borrarlo, pero me quedé mirando el nombre. Tenía la impresión que ya la conocía, que nos habíamos visto en algún lugar o algo así.

“¿*Me habré acostado con ella?*” me pregunté entrecerrando mis ojos y sobándome las manos, recordando sin problema alguno su rostro de niña buena y esa sonrisita tierna que me calentó el corazón. “*No, estoy bastante seguro que recordaría unos ojos tan hermosos como esos.*”

—Estás muy callado —escuché a Rana la distancia—. Casi no dijiste nada en todo el camino.

Volteé y Rana me miraba desde su lugar.

—No te veía ganas de platicar —dije—. Entiendo que te haya dolido la muerte de tu amigo.

Ella movió su cabeza de lado a lado. —No era mi amigo, pero le tenía respeto —dijo—. No cualquiera sale de una pandilla para luego ofrecerse con la policía para regresar a ser informante.

—Hay quienes dirían que era un traidor.

—No, Lucio. Traidores esos animales que no dejan a su propia gente salir del hoyo en el que están. Daniel acababa de terminar la prepa abierta, y la última vez que supe de él lo habían aceptado en una escuela de oficios. Buscaba hacer algo con su vida. No merecía terminar así.

—¿Qué hacía en esa casa en primer lugar?

—Estaba haciendo una entrega, viéndose con alguien, a lo mejor un amigo suyo frecuentaba ese lugar para drogarse. Pueden ser muchas razones.

Asentí al escuchar a Rana, pero la verdad era que no podía dejar de pensar en Fernanda. ¿Cómo podía una chica tan hermosa vivir en un barrio tan feo? ¿Cuál era su historia? ¿Cómo llegó ahí? ¿Qué *carajos* la orilló a tener una amiga como esa hocicona?

—¿Qué crees que quería tu informante? —le pregunté a Renata.

Ella encogió los hombros y disintió. —Ni idea. No dejó correo de voz —dijo—, y ahora es una

investigación de homicidio que no llevará a ningún lado.

—Vamos —dije, echándome para atrás en mi silla—. Sé más optimista.

Ella resopló. —¿En ese vecindario? Nadie hablará nunca, aún si vieron algo.

—De todos modos tenemos investigar como es debido —dije, poniéndome de pie y estirando mis brazos hacia arriba—. ¿Qué tipo de información te pasaba cuando estabas en Narcóticos?

—Ventas pequeñas de drogas —dijo Renata, mirando en su monitor—. Su información me llevó al arresto de varios vendedores callejeros, pero yo quería al pez grande, ¿sabes? al distribuidor de Los Perros Bravos.

Solté una risilla mientras me sentaba en la esquina de mi escritorio. —Ponte en fila, corazón. Todos en Narcóticos andan tras ese pez. Caray, hasta los federales andan tras él.

Renata me miró al rostro y entrecerró los ojos. —Estás de buen humor.

—Mujer —dije estirando mis brazos a los lados con las manos abiertas—, yo soy el buen humor andante.

—No, es diferente —dijo Renata, echando su brazo detrás de su asiento y poniendo el otro en el descansabrazos—. Andas con esa sonrisita desde que entrevistamos a la rubia y a la negrita geniuda esa.

—Estaba guapa, ¿verdad? —dije levantando la mirada al techo y aferrando mis manos a las orillas del escritorio.

—No te negaré eso.

—Ese rostro...

—Oh sí.

—Esos ojazos...

—Ajá...

—Sus... —puse mis manos abiertas frente a mi pecho a una distancia exagerada. Por más hermoso que fuera el rostro de Fernanda soy hombre, después de todo, y no pude suprimir mi impulso natural de verle ese escote de reajo.

“Quizá estaba toda arreglada porque vio al novio,” pensé.

—Ufff, hombre —exclamó Renata.

—Y esa piel... Se miraba tan suave y tan... ¿Apoco no?

—¿Bromeas? —dijo entre risas Renata— ¿Por qué crees que me fijé en Patricia en primer lugar?

De pronto salí de mi trance y miré a mi compañera. —Espera... ¿De cuál estamos hablando?

—¿¿Pues de cuál estás hablando tú?!

—¿De la güerita!

—¿Idiota! ¡Yo hablo de la negrita con el hocico!

Ambos explotamos a carcajadas. Me dolió el estómago de la risa. Miré a Renata y ella estaba casi llorando cuando me deslicé hacia mi silla.

—¿Te he dicho que me encanta ser tu compañero? —le dije apenas recuperando el aire. Trabajar homicidios era difícil, y tener una compañera con la que pudiera alivianarse el ambiente como mi Rana era todo un regalo de Dios.

Renata tomó un kleenex y se limpió las lágrimas mientras hacía ruiditos como chillidos de ardillita recuperando su aliento.

—¿Así que la rubia? —dijo, mirándome con una sonrisa— Es la que llamó a Emergencias, ¿verdad?

—Fernanda Ontiveros —dije. Su nombre se resbaló de mi lengua con una facilidad tremenda.

—Nunca te acuerdas de los nombres de los testigos —dijo Renata, arrojándome una pelotita de estrés que atrapé—. ¿Cómo es que éste se te grabó?

Encogí mis hombros y sonreí mientras miraba su nombre todavía escrito en el buscador de nuestra base de datos y ponía la pelotita a girar frente a mi teclado.

—Pinche Lucio.

Volteé y vi el rostro amenazante de Renata. —¿Qué?

—¿Ni se te ocurra!

—¿Ni se me ocurra qué?

—¿Pues jugar béisbol con ella! ¿De qué crees que te estoy hablando?

Me enderecé en mi asiento y deslicé mi trasero hasta la orilla de mi silla. —Dame tantito crédito, Rana. ¡Yo sé que no debo hacer nada!

—Más te vale —dijo Renata, volteando hacia los papeles en su escritorio.

—Al menos hasta que terminemos la investigación.

—Hijo de tu pinche madre —dijo cubriéndose los ojos con una mano mientras negaba con la cabeza.

—¡Es broma! ¡Es broma! —me incliné hacia ella.

—Eres un idiota sin remedio, ¿lo sabías?

—¿Y eso por qué te sorprende? —dije riéndome, luego recargué mi codo en el escritorio y regresé mi atención a mi monitor. Todavía tenía el nombre de Fernanda escrito.

—Además, te apuesto lo que quieras a que va a tener algo que no me gustará.

—¡Y acabas de pasar de idiota a patán! —exclamó Rana.

—Vamos a ver... —dije al presionar el Enter en mi teclado.

En lo que cargaban los resultados Renata se levantó de su asiento y se acercó a mí. Sonreí al oler el perfume que le había regalado en su cumpleaños.

—Chin, sí salió —dijo Renata al ver el resultado de la búsqueda.

Hice clic en el resultado y leímos el archivo. —¡Ja! —exclamé y apunté a la pantalla— Mira, tiene un esposo en la cárcel —aplaudí mis manos una vez y me recargué en mi asiento.

—Contigo *todas* tienen un detalle —dijo Renata mientras seguía leyendo el archivo.

—¡Está *casada*! —exclamé— Entre todos los detalles que puede tener una mujer que esté casada está entre los más grandes, ¿no te parece? Hasta yo tengo mis límites.

De pronto se enderezó, volteó a verme, y acomodó un certero manotazo en la parte de atrás de mi cabeza.

—¡Ora! ¿Eso por qué fue? —reclamé, sobándome el lugar del impacto.

—Lee bien, animal —dijo, apuntando a la pantalla—. Ahí dice que está di-vor-cia-da.

Me incliné en el escritorio y leí el archivo.

—Tienes razón, se divorció hace un año —dije asintiendo—. Mira, dice que duró casada con el tipo cinco años antes que lo arrestaran por... ¡Asalto a mano armada!

—Con razón se divorció —dijo Renata.

—¿Ves? —exclamé, volteando a verla— ¿Quién quiere lidiar con un bagaje así?

Renata levantó su mano preparando otro manotazo. Cuando cerró su puño entrecerré mis ojos anticipándome al trancazo que pensé me daría en el hombro.

Su celular sonó con esa cancioncilla setentera que me daba tanta risa que trajera como tono. Renata se detuvo, bajó su mano, y respiró profundo.

—No hemos terminado —amenazó antes de irse a su lugar y contestar su teléfono—. Hola, mi amor.

¡Qué rápido le cambiaba el tonito cuando le hablaba su mujer! La miré y tiré besos exagerados. Ella se limitó a extenderme su dedo medio sin dejar de sonreír.

Observé a Renata y vi qué tan iluminado tenía el rostro mientras platicaba con su esposa.

Reía ante cualquier gracia que Patricia le dijera al teléfono, y eran igual en persona. Parecían uña y mugre, a pesar de estar en distintos departamentos y que Patricia fuera promovida a capitán de la unidad de SWAT.

Rana era la mujer más ruda que conocía. No tenía la menor duda que si algún idiota la intentara secuestrar al poco tiempo nos la regresaba traumatado de por vida.

Pero toda esa bravura y dureza desaparecían cuando estaba con Patricia. Par de melosas, debía reconocer que les tenía bastante envidia de la buena.

—Sí, aquí lo tengo a mi lado —dijo Renata, volteándome a ver—. Está preguntando que cómo te fue anoche con Inés.

Le hice un recortón de brazo y centré mi atención a los papeles de mi escritorio. Renata le contó entre risas lo que había pasado con la hostess de la noche anterior.

—¡Claro que te haré pagar esa apuesta! —exclamó Renata.

—¿Están apostando en mi vida amorosa? —pregunté haciéndome el indignado.

Rana me miró con una mueca burlona. —¿Te importa? Estoy hablando con *mi esposa*.

—Están hablando de *mi vida*.

Renata activó el altavoz en su teléfono. —Dile, mi vida.

—¿Algún problema, *detective*? —dijo la voz grave y sensual de Patricia por el altavoz.

—¡Ninguno, capitán! — exclamé.

—Mmmm—hmmm, eso pensé —dijo tratando sin éxito de no reírse.

Mi compañera tomó su celular y siguió platicando con su amorcito corazón. Yo miré la foto de mis papás y dejé que la nostalgia me entrara.

—*Busca una buena mujer con quien compartir tu vida, hijo* —fueron las últimas palabras que me dijo mi padre—. *Teniendo eso, todo lo demás caerá en su lugar.*

Sonreí y de pronto caí en cuenta que ya no tendría otra conversación así con él. Ni volvería a ver a mi mamá en el restaurante gritoneándole a los cocineros y a los meseros, para luego robarse un pedazo

de pastel y regalármelo.

A los pocos días de que me dijo eso tuvieron su accidente.

Habían pasado ya cinco meses desde su funeral pero, cuando los recordaba, volvía a mí esa sensación vacía en mi pecho, como si algo me hubiese sido arrancado, y volvía a querer llorar como lo hice cuando me enteré de su muerte.

Sacudí mi cabeza y vi de reojo mi celular. Traía un mensaje de texto. Cuando desbloquéé mi móvil vi que era de Inés, la hostess.

—Me dejaste con ganas de un beso, guapo —decía el mensaje.

Reí para mis adentros. Por supuesto que no le iba a contestar. Estaba convencido que ella no sería la chica para mí.

Alcé la mirada, y vi el expediente del esposo de Fernanda, y cuando encontré su nombre pude visualizar sin ningún problema su rostro con esa sonrisa tímida.

Sonreí con ese pensamiento, y la tristeza que sentía poco a poco fue desapareciendo.

Capítulo 5.

FERNANDA

Ese estúpido sueño otra vez.

Estaba en la casa donde había vivido con Pedro. Despertaba desnuda y dentro de mi viejo cuarto. Caminaba por la casa. Las ventanas tenían barrotes de cárcel, pero no me acercaba a ellas porque las ventanas daban hacia la calle, y había muchísima gente caminando afuera. A veces una que otra persona miraba hacia el interior de la casa.

Cubría mis pechos y regresaba a mi habitación, pero la única ropa que podía encontrar era una apestosa pantalonera fea y una de las camisas favoritas de Pedro. Cuando me las puse me di cuenta que, con cada paso que daba, se volvían más pesadas.

Cuando me acerqué a una de las ventanas con barrotes, éstos desaparecieron y todas las personas en la calle voltearon a verme. Sus miradas eran como cuchillos apuñalándome una y otra y otra vez.

Pedro apareció detrás de mí, tomándome de las caderas. Yo volteé y vi su rostro todo mal-rasurado, y aspiraba un aroma asqueroso como si no se hubiera bañado en días.

Pero, aun así, me abrazaba de él, y me aferraba como si mi vida dependiera de ello.

Al menos un par de veces al mes tenía ese sueño.

Pero aquella noche pasó algo diferente.

Me separé de Pedro, y cuando miré afuera el detective Castilla se abrió paso entre la gente. Veía esa sonrisa tan encantadora y se me hicieron nudos en el estómago. Cuando sus ojos llenos de alegría se enfocaron en los míos no me dolía como las miradas de las demás personas. Es más... sentí mariposas dentro de mí.

De pronto la gente en la calle se desvanecía, y mi casa vieja desaparecía con cada paso que el detective daba hacia mí. Sentía cosquillas por todo mi cuerpo: mi cuello, mis brazos, mis piernas... mis pechos... mi entrepierna...

Cuando él ya estaba al alcance de mis manos, estiró la suya hacia mí. Y justo cuando estiraba la mía para tomársela el rostro del detective se transformó en el de Pedro.

Desperté agitada y acalorada. Lancé mis cobijas a un lado y me quedé viendo el abanico encendido de mi techo.

—Dios, Fernanda, andas mal —me dije a mí misma cubriéndome los ojos.

Me levanté con algo más energía de lo normal. A pesar del mal sueño había dormido bastante bien. Me bañé y me puse mi uniforme de enfermera color vino que usaban en el departamento de Fisioterapia en el hospital.

Estaba amarrándome mi cabello en una cola de caballo cuando entré a la cocina.

Me serví un plato con cereal y vi pegado en el refrigerador con un imán la tarjeta del detective.

La tomé y me quedé viéndola mientras sacaba la leche del refri. Torcí mi boca en una mueca al sentarme. Puse la tarjeta frente a mi plato y la observé.

Suspiré y giré la tarjeta con mi dedo índice. “*Un hombre así de seguro tiene novia, o está casado,*” pensé.

Traté de hacer memoria la noche anterior a ver si traía un anillo en su dedo anular izquierdo, pero no podía recordar.

“*Aún si no lo está, ¿por qué habría de fijarse en mí?*” arrastré la tarjeta a un lado.

Lo imaginé trayéndome una rosa, y diciéndome con esa voz grave y sensual lo hermosa que me veía. He de haber sonreído como boba pensando eso.

Cerré mis ojos, y lo imaginé perfecto: traía un traje elegante, peinado impecable, y olía delicioso. Como si fuera una estrella de cine.

Me encantaba pasar por las secciones de lociones y perfumes en las tiendas e imaginarme si esos modelos en los afiches de verdad olían así. En mi fantasía el detective olía mejor que todos ellos.

De pronto escuché ese susurro en lo profundo de mis pensamientos, esa voz que a pesar de no haberla oído en meses todavía me regresaba a ser esa mujer temerosa en la que Pedro me convirtió.

La voz me decía: *Él también te lastimará.*

—¿Qué estás pensando, mujer? —preguntaron detrás de mí. Era Claudia.

—¡Nada! —exclamé, tomando rápido la tarjeta del detective en mi mano y luego tomé una cucharada de cereal.

—Mmmm—hmmm —dijo Claudia sentándose en la mesa junto a mí.

Parecía toda una ejecutiva con su falda estilo lápiz hasta apenas abajo de las rodillas. Traía su saco de negocios abierto y usaba esa blusa azul cielo que le había regalado para su cumpleaños. Creo que era la agente de Bienes Raíces mejor vestida que conocía... Bueno, era la única agente de Bienes Raíces que

conocía, pero mi amiga siempre se vestía para matar.

—De verdad —dije tan poco convincente que ni yo me la creí.

—Está bien, lo considero progreso si andabas fantaseando con el detective Niño Bonito.

Me le quedé viendo unos momentos y luego gruñí y me cubrí la cara con mis manos. —No me lo puedo sacar de la cabeza, Clau —me quejé.

—¡Fernanda!—dijo dejando caer su mano en la mesa— ¡¿Pues qué cochinas te estás imaginando que te hace?!

—¿Qué? ¡No! No estaba pensando eso —dije antes de tomarle otra cucharada a mi cereal y tolerando el hormigueo del aumento de temperatura repentino en mis mejillas.

—¡Pudiste haberme engañado, sabes! —dijo riéndose mientras tomaba una manzana del frutero en medio de la mesa— De por sí todas las blanquitas se les nota cuando están sonrojadas, ¡pero tú te pones como un tomate!

—Bueno, sí, quizá pensaba un poco en eso.

Claudia sonrió. —¡Y está viva después de todo, damas y caballeros! —se apoyó en sus codos y se inclinó hacia mí. Quizá debí decirle que debía abrocharse un botón más de su blusa porque se le veía mucho escote para mi gusto.

—¿Estás pensando llamarle al detective para que te inspeccione y vea que está todo bien? —preguntó alzando las cejas y sonriéndome.

—Clau, no he cambiado de opinión desde anoche —dije, descansando mis manos encima de mis muslos—. No estoy lista para una relación.

—¿Quién está hablando de relaciones? —exclamó Claudia— Mujer, no tiene nada de malo que revises la mercancía.

—¡Claudia! —grité riendo.

—Bueno, estás fantaseando. Yo llamo eso: progreso.

—Sí estaba haciendo eso, pero luego... —dije entre risas.

—¿Sí?

—No, es que...

—¿Qué?

—Vi algo anoche...

—¿Qué viste?

Tenía la boca abierta a punto de platicarle del sujeto que vi bajándose del carro y entrar a la casa donde mataron a aquel chavo. Pero ya me imaginaba lo que me diría.

—Vi... —dije, sonriendo con el recuerdo de la calidez de la piel del detective cuando tomé su tarjeta— Que tenía las manos muy grandes.

Claudia se quedó callada unos momentos antes de explotar en una de sus contagiosas carcajadas.

—Bueno, cariño —dijo cuando la risa estaba pasando—, ya sabes lo que dicen de las manos grandes.

—Ya me está afectando juntarme contigo —dije compartiendo la risa y tapándome las mejillas con mis manos abiertas.

—Mira —Claudia se puso de pie y puso su mano en mi hombro—, yo sé lo jodida que quedaste luego que ese patán de Pedro te hiciera pasar por un infierno de matrimonio.

—Tanto así un infierno no lo...

—*Pero* no todos los hombres son unos cerdos machistas y controladores —me interrumpió, luego tomó la tarjeta de mi mano y la puso en la mesa—. El detective Niño Bonito se portó educado, amable, *seguro de sí mismo*, no podía quitarte la mirada de encima. Yo diría que es más probable que sea un buen tipo a que sea un patán.

—¿Pero si no es así? —pregunté, de pronto recordando mi sueño en que él se convirtió en Pedro— ¿Y si es...?

—Nunca lo sabrás sentada aquí mirando su tarjeta —dijo Claudia, luego miró su reloj de muñeca—. Ya me tengo que ir. ¿Te llevo a la parada del autobús?

—Me iré caminando, Clau —dije, mirándola y sonriéndole—. Gracias. Eres una buena amiga.

Me quedé mirando la tarjeta mientras Claudia se iba de la casa. Torcí mi boca como siempre lo hago cuando estoy indecisa de hacer algo o no.

—Bueno... —me dije a mí misma— De todos modos tienes que hablarle y decirle lo que viste anoche. Es lo correcto.

Tomé la tarjeta y regresé a mi habitación. Me senté en mi cama y marqué el número del detective en mi celular.

Sonó una vez, y me levanté de la cama. Di unos pasos cuando escuché el tono de llamada otra vez, y

volví a sentarme en mi cama.

“¡Tranquilízate, mujer!” pensé.

—¿Sí, bueno? —contestaron.

Mi corazón se detuvo unos momento. —Buenos días, ¿detective Castella? —al fin hablé.

—A sus órdenes, ¿con quién hablo?

“¡Compórtate, Fernanda!” pensé cerrando mis ojos con todas mis fuerzas.

—Fernanda Ontiveros. No sé si me recuerde pero...

—¡Sí! Sí le recuerdo —se le oía animado, y me lo contagió un poco—. Hola, buenos días.

Exhalé y sonreí. Sus palabras eran como caramelo adictivo para mis oídos. Pasé mi mano abierta encima de mi cabello y agarré mi cola de caballo. —Hola, buenos días... Creo que ya le había dicho eso, ¿no?

Tiré de mi cabello y cerré mis ojos con todas mis fuerzas. ¡No podía creer lo nerviosa que estaba!

—Puede ser pero no se preocupe —dijo con toda tranquilidad—, a estas horas mi cerebro no funciona sin algo de café así que puede que yo también diga alguna barbaridad —Genial, eso me tranquilizó un poco— ¿En qué le puedo ayudar?

—Es... sobre anoche —me quedé callada en lo que me sentaba en la cama—. Creo que vi algo anoche.

—¿Cree que vio algo?

—Sí —sacudí mi cabeza—. Algo que pudiera estar relacionado con su investigación.

—¿Cómo qué?

—No lo sé... me pareció ver alguien... bajarse de un coche frente a la casa donde mataron a ese hombre.

—¿Lo vio?

—Así es.

—¿Podría describirlo?

Gruñí y miré al techo de mi cuarto. —Soy pésima para eso, detective... —recordé con lujo de detalle a aquel individuo— Alto, cabello corto como un soldado... Se veía corpulento... ¡Oh! Estaba cojo.

—¿Si le muestro fotos podría identificarlo?

Asentí. —Estoy bastante segura que sí.

—Deme un momento.

No alcancé a escuchar los murmullos, pero me pareció reconocer la voz comandante de su compañera en el fondo animándole.

—¿Sería posible que nos viéramos en algún lugar para mostrarle algunas fotos?

Abrí mis ojos de par en par y sacudí mi cabeza.

—¡No! Digo... Sí... Podría ir a la estación si gusta.

Escuché en mi cabeza la risa de Claudia. ¡Dios! Cuando ella habla con algún chico al teléfono o en persona siempre está tan relajada y tan en control de la situación.

—No es necesario, señorita Ontiveros —dijo el detective— Esta... sería una entrevista inicial... Sería mucha molestia hacerla venir hasta acá... Quizá en un lugar donde usted se sintiera cómoda ir.

—Bueno... —caminé hacia la entrada de mi habitación y me recargué en el marco tratando de pararme como lo hacía Claudia. Aclaré mi garganta e hice una mueca, según yo, seductora— Hay una cafetería que dicen está muy rica, cerca de mi trabajo. ¿Podría ser ahí?

Por el amor de Dios, eso no se oyó para nada sexy.

—Sería perfecto —bien, al parecer no notó mi fallido intento de sensualidad—. ¿Qué cafetería es?

—Café Castella... Igual que usted —dije entre risas. Una curiosa coincidencia.

El detective rio. —Está bien, señorita Ontiveros... —mordí mi labio y respiré profundo— ¿A qué hora gusta que nos veamos?

—Usted dígame...

—¿A la hora de la comida? Yo invito... Bueno, invita el departamento de policía.

Mi pecho se llenó de calor con su buen humor. —Me parece bien —le dije con una sonrisa—. Nos vemos ahorita.

—¿Éste es su número de celular?

—¡Sí! —exclamé con una sonrisa— Sí, lo es.

—Perfecto. Pase bonita mañana.

Asentí y colgué de inmediato.

Volteé a verme al espejo. ¡No iba a dejarle verme así de desaliñada! Me solté el cabello y lo cepillé para aplacar mis mechas rebeldes. Cuando al fin quedó algo decente, pasé mis manos por mi cabellera y la arrojé detrás de mis hombros.

Tomé el único labial que tenía, un color rosa brillante que Claudia me había regalado. Hacía siglos que no usaba labial. Me puse sólo un poco. No quise ponerme demasiado y arriesgarme a verme como un payaso.

Me miré a los ojos al espejo, y sonreí. No podía creer lo emocionada que estaba de ver al detective.

—Quizá si me plancho el cabello —dije en voz alta mirando lo poco esponjado que traía mi cabellera.

Entonces vi el reloj.

—¡Mierda! ¡Voy tarde!

Capítulo 6.

LUCIO

Rana estacionó el coche frente al café y me quedé viendo los portales de cristal con el logotipo circular de “Café Castella” pasmado en medio del vidrio. Cuando bajé, Renata ya esperaba en la acera.

Andaba más peinadita y arreglada de lo normal. ¡Traía el cabello suelto y se lo había planchado! Aquel día iba a recoger a su suegra al aeropuerto junto con Patricia cuando terminaran su turno. Sonreí al verla acomodarse las tetas en la blusa abotonada color blanco que se había puesto. Y ese pantalón gris de vestir que se puso... ¡Uff! No culpo a los tipos que voltean a verla luego de pasar junto a ella.

Reí para mis adentros. Sabía cuánto odiaba usar tacones. De seguro Patricia le insistió para verse toda guapa.

—¿Lista? —pregunté.

—Nene, yo siempre estoy lista —dijo, dando un paso hacia adelante.

Miré la entrada al café. Me traía recuerdos ver ese lugar. ¡Cuánto le había insistido mi mamá a mi papá que abrieran otro Café Castella en esa zona! No era que mi papá no le pudiera decir que no a mi madrecita, pero mi padre siempre fue cauteloso con lo que gastaban su dinero.

Ahora había Cafés Castellanos por todo el estado. Entre el sazón de mi mamá y la mentalidad emprendedora de mi papá lograron abrir ese local, el primero cuando decidieron hacer la franquicia.

Me acomodé la gabardina, desabotoné el cuello de la camisa, y aflojé un poco mi corbata antes de entrar.

La jovencita en la entrada alzó la mirada. —¡Don Lucio! ¡Qué sorpresa!

—Qué tal Nancy, buenas tardes —¡Uy! esa simpática niña llevaba desde que se graduó de la preparatoria trabajando ahí.

Según mamá siempre le gusté. Estaba guapa, pero le encantaba pasar sus fines de semana en fiestas, bares, y en discos. No es que a mí no me gustara ese ambiente *de vez en cuando*, pero ¿Todos los fines de semana? No, gracias.

—¿Necesita que le hable a Jimmy?

—¡No! —exclamé— Vengo como cliente, no como el dueño del lugar. Estoy seguro que Jimmy tiene mucho que hacer y no quiero molestarlo.

—¡Oh! —exclamó Nancy antes de tomar un par de menús— ¿Quiere la mesa de sus papás?

Forcé una sonrisa. Por supuesto que no quería sentarme en la mesa de mis papás. Volteé y vi la mesa vacía junto a la caja y lo suficientemente cerca a la entrada de la cocina para no estorbar, pero también para entrar ahí rápido si era necesario.

Había algo de gente, como siempre había alrededor de la hora de la comida. Miré al fondo de las ventanas que daban hacia la avenida y una de ellas estaba desocupada.

—Allá al fondo junto a la ventana está bien.

Nancy nos encaminó a la mesa, y cuando nos sentamos dejó los menús en nuestras manos.

—¿Cómo te ha ido en la escuela? —pregunté. Sabía que estudiaba contabilidad y que pronto se graduaría.

Mi papá le prometió que cuando se graduara tenía empleo seguro, y tengo todas las intenciones de mantener la palabra de mi padre.

—Ya pasaron los exámenes. Creo que me fue bien —dijo con esa sonrisita juguetona que siempre tenía. Luego puso su mano encima de mi brazo. —¿Y usted cómo está?

Puse mi otra mano encima de la suya. —Ahí la llevo.

—¿Le traigo algo a usted y a su novia?

—¡Yo no soy su novia! —exclamó Rana.

—¡Tranquilízate! Ni que fuera lo peor que te pudiera pasar —le reclamé riendo —Un café con vainilla, corazón.

Nancy dio la media vuelta y nos dejó en paz.

—¿Qué le hizo pensar que soy tu novia? —preguntó Rana.

—¡Mujer, vienes vestida para matar!

—¡Pero no a ti!

—Ella no... —dije.

Sonó el celular de Renata. Se sobresaltó cuando miró el identificador de llamadas antes de contestar.

—¡Shonda, hola! —exclamó con alegría forzada.

Era la suegra. Puse mis dedos índices apuntando hacia abajo frente a mis dientes para hacer mi mejor imitación de un vampiro, y Renata me arrojó una servilleta que hizo bolita.

—¡Ah! Patricia tuvo que supervisar una operación esta mañana. Supongo que por eso no contesta el teléfono. ¿Están en el avión o...? ¿En el aeropuerto? ¿Apenas van a...? ¡¿Cómo que ya están aquí?!

Creo que todos los clientes cercanos a nosotros voltearon a vernos.

—¡No! Está bien... ¡Nononono! ¡No tome un taxi! Deme un minuto, ¿sí? —Renata apagó el micrófono del celular al ponerlo en la mesa— Pinche Patricia, la voy a matar.

—¿Qué pasó?

—¡Ya está mi suegra en el aeropuerto!

—¿Qué no iban a...?

—¡Llegar más tarde! —Renata miró hacia la calle, y luego a mí— Necesito un favor...

—Nunca me diste las llaves —dije con una sonrisa apuntándole a su saco—. Llévate mi coche y tómate el día. Yo te cubro.

—Lucio, eres un santo —dijo al ponerse de pie y alejarse caminando tan pronto como pude.

Tomé su celular en la mesa y encendí el micrófono. —¡Doña Shonda! Habla Lucio.

—¡Hola, mijito! —dijo con una voz capaz de oírse hasta Marte. Aquella mujer no sabía bajarle el volumen al megáfono que traía integrado a su garganta— ¿Y Renata?

—Salió disparada al auto y va hacia el aeropuerto pero dejó su celular aquí en la mesa.

—¡Ay, pobrecita! ¡Si no pierde la cabeza porque la trae puesta!

—Sí, ya sabe cómo...

Renata ya estaba a mi lado arrebatándome el celular. La muy jija ni se dignó en despedirse en lo que se iba.

—¡Manejas con cuidado, cariño! —grité riendo, a lo que Renata sólo me contestó con su dedo más educado.

La miré hasta que salió del restaurant, y en la entrada acababa de entrar la enfermera más hermosa que había visto en mi vida.

Levanté la mano y Fernanda me regaló esa divina sonrisa que no podía sacarme de la cabeza. Caminaba casi sin bracear, y con una mano se aferraba a su bolso que colgaba de su hombro como si temiera que se lo robaran.

En esta ciudad, ¿quién la puede culpar?

Me puse de pie y estreché su mano. —Buenas tardes, señorita Ontiveros.

—Detective —me saludó con una timidez que encontré fascinante.

—¡Por favor! Tome asiento —apunté con mi mano abierta al lugar que había dejado Renata.

Ella dejó su bolso en la silla a su lado, se sentó derecha, y pasó rápido su mano sobre su frente, quitando algunos mechones de cabello.

Volteé y ya venía hacia mí un mesero con mi café.

—Su café de vainilla, Don Lucio —dijo el mesero, un muchacho muy simpático llamado Gerardo, poniéndolo frente a mí.

—¿Toma café? —pregunté a Fernanda.

Fernanda miró mi taza como un náufrago mira un vaso de agua dulce. —Soy enfermera —dijo sonriendo—. Si pudiera inyectarme esto directo a mi torrente sanguíneo lo haría.

—¿Qué le traigo, señorita?

Ella miró mi taza con unos ojos de cachorrito que me derritieron el corazón. Empujé mi taza hacia ella.

—¡Ay no! ¿Cómo cree...? —exclamó sacudiendo la cabeza... Eso sí, sin regresarme el café.

—Otro café de vainilla para mí, Gera.

—Enseguida, Don Lucio.

El mesero se alejó y miré a Fernanda darle un sorbo a mi café. Cuando puso la taza en la mesa me sonrió y mostró unos dientes que parecían perlas, y una risilla tierna que entró a mis oídos con la suavidad de una caricia llena de ternura.

—¿Puedo... preguntarle algo? —preguntó.

—Lo que guste.

—¿Usted es el hijo de Dante y Esmeralda Castilla?

Alcé mi ceja izquierda y sonreí al escuchar los nombres de mis padres. —Se supone que el detective soy yo.

—Puede que... haya buscado su nombre en el internet mientras venía en el camión.

—¿De verdad? —exclamé, recargando mis codos en la mesa y apoyando mi mentón en mis puños entrelazados.

—Lamento su pérdida, detective —dijo con una tristeza en su voz que me llegó al alma.

—Muchas gracias —dije, pasando mi mirada por su rostro—. Bueno, no soy quién para quejarme que haya hecho eso.

—¿Ah no?

—También la investigué un poco.

Ella subió sus codos en la mesa y se apoyó en la palma de su mano abierta. —¿Y qué descubrió? —dijo sin dejar de sonreír.

Gera llegó y dejó mi café junto a mi brazo. —Gracias, hermano —dije volteándolo a ver de reojo.

Tomé un sorbo de mi café. No podía quitar mi vista de sus labios. Delgados, apetecibles, de un rosa chicle que daba la impresión que su boca era un caramelo de esos que me encantaba comer de pequeño. Todo pensamiento en mi cabeza se frenaba para poder apreciar su sonrisa.

—Fernanda Ontiveros —dije, forzando mi mirada hacia sus ojos—. Recién graduada como técnica de fisioterapia, trabaja en el Hospital Regional en el ala de fisioterapia. También sé que está recién divorciada... —noté que bajó la mirada con la mención de su separación— ¿Debería felicitarla o darle mi pésame por su divorcio?

Ella regresó su atención a mis ojos, y volvió esa sonrisa que me tenía como pendejo. —Un poco de ambas, supongo.

—Perdone que mi compañera no nos acompañe. Tuvo un asunto personal que debía atender.

—Sí la vi salir corriendo del restaurant cuando entré —dijo.

—Si gusta podemos tener esta conversación cuando ella esté disponible.

—Descuide... Estoy a salvo con sólo usted aquí, ¿no es así?

Reí y asentí. —Prometo que nada le pasará conmigo aquí... ¿Qué le gustaría comer?

Fernanda bajó sus brazos a la mesa y rodeó cada uno de sus codos con sus manos mientras miraba el menú frente a ella.

—Honestamente no traigo mucha hambre.

—¿Se siente bien?

—¡Sí! —exclamó dando un brinquito en su asiento— Sólo no traigo hambre... Espero no se moleste.

—¿Por qué habría de molestarme? —dije.

Ella sacudió la cabeza. —Pedro jamás me trajo a un lugar así —dijo en voz baja.

—¿Pedro es su ex esposo?

Fernanda levantó la cabeza y la noté más roja que un tomate. —Dios mío, ¿lo dije en voz alta? —dijo cubriéndose la boca.

—Sí lo hizo —dije entre risas— Ahora necesito saber a qué lugares la llevo a comer su ex.

Fernanda se encogió de hombros y bajó sus manos a sus muslos. —Casi siempre mandaba pedir comida china, o pizza, o lo que nos entregaran a la casa. No le gustaba salir.

Moví mi cabeza en reprobación de aquello.

Ella no despegaba su mirada de mí. Ya no estaba tan colorada pero se le notaba un poco sonrojada. Sus ojos parecían brillar, y me daba la impresión que me ponía toda la atención del mundo teniendo la cabeza un tanto inclinada hacia un lado.

Me reí de nervios. ¡Nervios! ¿De qué tenía que estar nervioso? No lo sé, pero así me sentí con ella.

—¿Está todo bien? —Pinche Jerry, me sacó un susto.

—Todo bien —le dije sin siquiera voltearlo a ver.

Nomás no podía dejar de verla.

—¿Podría decirme dónde está el tocador? —preguntó Fernanda.

—Desde luego, señorita —dijo Gera, apuntando hacia el lado opuesto del restaurant—. Siga al fondo, y junto a las cajas.

—¿Me disculpa? —preguntó al ponerse de pie.

Le asentí, y le seguí con la mirada hasta que la perdí de vista detrás de la caja.

Respiré profundo, y todavía alcancé a percibir un poco de su perfume dulce. Le di otro sorbo a mi café, y noté lo acelerado que tenía mi corazón.

Capítulo 7.

FERNANDA

Regresé tan rápido como pude a la mesa con el detective. Había pensado que sería una experiencia aburrida y sin eventos pero estaba disfrutando mucho el tiempo con él.

Maldita Claudia, siempre tenía buenos instintos para los hombres.

—Disculpe —dije al sentarme al otro lado de la mesa del detective.

—No hay por qué, señorita —dijo con una sonrisa—. Bueno, deje le tomo su declaración entonces —el detective sacó una libreta de su gabardina.

Aproveché que me quitó la mirada para darle un largo sorbo a mi café. Quizá no era la mejor bebida para el momento pues mi corazón no paraba de golpetear dentro de mi pecho.

“¡Por el amor de Dios, Fernanda!” pensé alarmada para mis adentros. *“¡Ya ni cuando te casaste te sentiste así!”*

—Está bien —le dije al dejar mi taza en la mesa.

Observé las hojas de su libreta mientras las pasaba. Había el ocasional rayón y manchón de tinta, y se veía un tanto maltratada la libreta.

Pero cuando se detuvo a leer algo en ella pude notar su hermosa caligrafía.

—¡Qué hermosa letra! —solté sin pensar.

Entrecerró sus ojos y sonrió mientras veía sus escritos.

Tomé su cuadernillo sin siquiera pedírselo, y él no me lo impidió. Pasé las páginas despacio sin en realidad leer nada.

Sólo observé las fluidas curvaturas, el espacio pequeño entre las letras, y las líneas que fusionaban a la perfección cada palabra en un solo trazo.

—Está preciosa —dije, evocando una escena de una película romántica donde el héroe le escribe a su amada con pluma y pergamino—. Ya nadie escribe así.

—Mi madre me enseñó cuando estaba en la preparatoria —me contó entre sonrisas—. Yo quería impresionar a una chica y se me ocurrió escribirle una carta... Pero tenía una letra más ilegible que un doctor así que...

Cerré el cuadernillo y lo deslicé en la mesa. Él estiró su mano para tomarlo, y sus dedos rozaron el dorso de la mía. Por ese instante mi corazón se detuvo para contemplar el torrente de emoción que explotó por mi ser.

—¿Su nombre completo? —preguntó.

—Fernanda Ontiveros —escribió mientras contestaba.

—¿Ocupación?

—Fisioterapeuta en el Hospital Regional.

—¿Y está divorciada, verdad?

—Así es —creo que fue la primera vez que lo dije sin sentirme mal al respecto.

—¿Sigue en contacto con su ex?

—No... —volteó a verme, y recordé el sueño en que su rostro se convirtió en el de Pedro— El... ya no... Dah —balbuceé entre risas.

—Veamos... —dijo con una sonrisa y fingió escribir—: “El... ya no...” —Tuve que cubrirme la cara. ¡Qué pena!

—Lo siento... —dije al dejar caer mis manos sobre la mesa— No, él y yo ya no tenemos contacto. Ni siquiera sabe que me mudé.

—¿A qué hora llamó a Emergencias? —preguntó.

Saqué mi celular de mi bolso y busqué la hora en que hice la llamada.

—Eran las ocho con tres —dije, tomando en cuenta los quince minutos de adelanto que tenía en mi celular.

—¿Qué hacía a esa hora?

—Estaba tomando un vaso de agua en mi cocina.

Levantó la mirada de su cuadernillo con los ojos entrecerrados. —¿Esperando a su cita para irse a bailar a una disco?

—¿Por qué piensa eso?

—Bueno —dijo, mirándome a los ojos—. Estaba muy arreglada como para una noche a solas en casa.

“Ay, no es cierto,” pensé al reírme. Claudia tenía razón: Sí se fijó en mi vestimenta. —Iba a tener una

cita pero...

—Si él canceló, fue un tonto —me interrumpió.

Agaché la cabeza y mis mejillas me ardieron tan delicioso. No estaba acostumbrada a que me dijeran esas cosas, y menos viniendo de un hombre que me atraía tanto que me costaba tanto trabajo comportarme.

—¿Y por qué llamó a Emergencias?

Sacudí mi cabeza y salí de mi trance. Miré hacia arriba y recordé la noche anterior. —Porque escuché un balazo —dije.

—¿Vio algo sospechoso o fuera de lugar antes de escuchar el balazo?

—Sí —dije con toda seguridad. Le miré a los ojos y comprobé que tenía toda su atención. Respiré profundo. —Mientras tomaba agua vi un coche negro estacionarse en la cera al otro lado de la calle. Alcancé a ver al hombre que bajó del coche y él fue hacia la casa donde mataron a ese hombre.

—Ya veo —dijo el detective. —¿Conocía al difunto?

—No.

—¿Y a la persona del coche?

—Tampoco.

—¿Podría describir al hombre que vio? —preguntó.

—Ummm —dije mirando hacia arriba—. Alto, como de su estatura —dije apuntando hacia su cabeza—. Cabello corto, rasurado, como un militar. Corpulento, tenía una barba de candado...

—¿Algún rasgo característico? —interrumpió. Creo que le estaba describiendo a miles de hombres.

Apreté mis labios y recordé los pocos pasos que le vi dar luego de cerrar la puerta del coche. —Caminaba algo... raro... —dije, recordando la manera en que casi arrastraba uno de sus pies— Como si hubiera tenido una lesión en sus piernas desde hace rato y nunca la había tratado.

Él dejó de escribir y apoyó sus brazos en la mesa al verme. Estaba fascinada con la atención que me ponía. Cada que sus ojos se posaban en mí me volvía el centro de su mundo. Jamás me sentía así con nadie. —¿Cómo podría saber eso? —preguntó.

—Lo veo en mi trabajo todo el tiempo —dije sintiéndome toda una autoridad—. Cuando alguien lleva mucho tiempo con una lesión muscular o una tendinitis crónica se acostumbra al dolor, pero adapta sus movimientos para tener la menor molestia posible.

Me puse de pie y di un par de pasos imitando la cojera que vi en aquel hombre—. Esa persona caminaba así. Si hubiera tenido una lesión nueva su rostro aún reflejaría algo de dolor —apreté los músculos de mi rostro tratando de imitar la expresión de dolor.

Alzó sus cejas y se me quedó viendo. —Es usted muy observadora.

—Sólo soy buena en mi trabajo —dije sonriendo.

—¡Y modesta, aparte!

No me había dado cuenta lo cerca que estaba de él. ¡Mi pierna prácticamente le estaba rozando la rodilla! Estaba sonriendo como boba cuando le miré a los ojos, y vi de reojo sus labios. Quería arrojarme a ellos y saborearlos. Algo en mí me pegaba a gritos que lo besara, que le mostrara cómo me hacía sentir, cómo deseaba...

Sacudí mi cabeza y regresé a mi asiento, más apenada y roja de lo que ya estaba. Él, mientras tanto, sacó su celular y, luego de toquetear en la pantalla un par de veces, lo puso en la mesa y lo deslizó hacia mí.

—Voy a mostrarle algunas fotos —dijo. Bajé la vista de inmediato y pegué la vista en la horrenda foto en la pantalla—. Deténgame si reconoce a alguien —No podía sacarme de la cabeza lo cerca que estuve de él. Sólo hubiera bastado inclinarme hacia él y rozarle con mis labios los suyos.

“*Eres una tonta, Fernanda,*” pensé, viendo cara tras cara de criminal en su celular. “*¿Cómo se te ocurre? Has de verte como una tonta portándote así con...*”

De pronto lo vi. El mismo rostro de facciones angulares, la misma nariz abultada, los mismos ojos pequeños pero amenazantes...

—Él —dije, apuntando a la pantalla.

Tomó su celular y, al mirar la foto, me dio la impresión que se le abrieron un poco los ojos de un susto. Me mostró la imagen de nuevo. —¿Él?

—Sí, él —contesté con toda seguridad.

—¿Está segura?

Me incliné hacia enfrente para verlo con mayor atención. No lo necesitaba, pero por si las dudas—. Totalmente —le aseguré.

Esforzó una sonrisa... Era la primera sonrisa poco genuina que me daba en todo el rato. “*Oh Dios,*” pensé. Un escalofrío me atravesó el cuerpo. Los vellos de mi nuca y espalda se erizaron y tuve la enorme necesidad de tragar saliva.

Guardó su celular y su libreta en la gabardina. —Es todo lo que necesito de usted, señorita Ontiveros —dijo.

—Fernanda —dije de pronto.

—¿Disculpe? —preguntó con una sonrisa.

—Llámemme Fernanda... O Fer, si quiere.

“¿O Fer, si quiere?” me repetí en mi cabeza. “¡Eres una tarada! ¡Qué estás pensando!” pensé.

—Con una condición... Fer —dijo inclinándose hacia enfrente y sonriéndome.

—¿Sí? —dejé de respirar mientras esperaba su condición.

—Que me llames Lucio —dijo.

He de haber sonreído como una niña con un enamoramiento de secundaria, pero él me acompañó con su propia sonrisa grande y cálida.

Se recargó en su asiento. —Quizá necesitemos hablar más adelante según vaya avanzando la investigación.

—Estoy a tus órdenes... Lucio —dije.

—¿Viniste en camión o tienes coche?

—El Hospital General está aquí a la vuelta —dije riendo.

Él resopló y rio. —Sí es cierto —dijo— ¡Vaya detective que resulté ser! Bueno, ¿segura que no quieres comer algo?

Asentí. —De hecho necesito regresar al hospital lo más pronto posible —dije mirando mi reloj de pulsera.

—Te acompaño —dijo—. Después de todo, ésta puede ser una ciudad peligrosa y es mi deber cuidarte.

Reí. —Está bien —bajé la mirada mientras tomaba mi bolso y lo echaba a mi hombro.

Lucio sacó un billete de veinte, lo dejó en la mesa, y se quedó quieto. Pasé frente a él y aspiré su loción. Si no estaba vuelta loca antes en ese instante me perdí por completo. Quedé fumigada. Me mordí el labio ante la cascada de delicias que despertaron en mi cuerpo cuando su olor entró por mi nariz y llenó mis pulmones.

Vi de reojo a mi lado y ahí estaba detrás de mí. Me pareció verle fijar la vista en mis pompis. Esas delicias que hacían fiesta dentro de mí se alborotaron aún más. Aceleré mi respiración, succioné mis

labios y los lamí mientras salíamos del café.

Volteé y le esperé a que saliera. Extendió su mano hacia mi espalda baja y me dejé dirigir hacia el lado pegado a los edificios mientras él caminaba del lado de la acera que daba hacia la calle.

Cuando quitó su mano alcanzó a rozarme el brazo. Volteé a verle la mano y luego a sus ojos.

Nos sonreímos, y dirigimos la mirada al suelo mientras caminamos en dirección del Hospital Regional a un par de cuadras de ahí.

Íbamos callados, volteándonos a ver una y otra vez. ¡Me sentí de vuelta en la secu con el primer muchacho que me gustaba! En aquella ocasión me hubiera muerto si me hubiese tomado de la mano. Habría sido la chiquilla más feliz del mundo.

Pero ahora era una mujer adulta, y estaba en la misma situación que en aquel entonces... Sólo que esta vez no me di cuenta que con cada paso que dábamos nos estábamos acercando uno al otro más y más.

Cuando nuestros brazos se rozaron nos dimos cuenta. Una corriente eléctrica se paseó por toda mi piel e hice mi mejor esfuerzo por voltear en su dirección pero sin verle a los ojos.

Porque si veía esos ojos expresivos, hermosos, me hubiera lanzado en sus brazos sin dudar.

Ambos nos reímos, y en mi risa levanté la cabeza y crucé mi mirada con la suya. Era tarde, ya estaba bajo su hechizo. Seguí sonriendo, sin decir una palabra con mi boca pero rogándole con la mirada que me tomara, que me besara, que me llevara de ese lugar a donde él quisiera y me hiciera la mujer más feliz del mundo.

—Fue un placer, Fernanda —dijo, extendiendo su mano para que la estrechara. En ningún momento despegó su atención de mis ojos.

Tomé su mano, y la estreché. —Un placer... Lucio —le dije en tono bajo, seductor, llena de anhelo.

No supe si yo no podía soltarlo o él a mí. O quizá ambos. Nos quedamos viendo, tomándonos la mano, sin darnos cuenta que estábamos acercándonos más y más.

Bajé la mirada y observé su boca entreabierta por sólo un milímetro. Sus labios ejercieron una fuerza imposible de negar sobre mi ser, y dejé que esa energía misteriosa y deliciosa nos juntara.

De pronto saqué fuerzas de mi flaqueza, y bajé la mirada. Reí como boba, y pegué mi frente a su mentón.

Entonces él tomó mi mejilla, deslizó su rostro hacia el lado del mío, y plantó un largo y tierno beso en mi mejilla. Cerré mis ojos, y gemí cuando un relámpago de placer explotó por todo mi interior, y casi

hace que mis rodillas pierdan toda fuerza y me desplomara en sus brazos.

—Debo... —susurré, moviendo su cabeza de lado a lado—. Debo irme.

Caminé rápido, casi huyendo. Luchando al mismo tiempo con mi deseo de darme la vuelta y plantarle ese beso que anhelaba, como contra mi sentido de responsabilidad hacia mi trabajo.

Sabía que si le hubiera hecho caso a mi primer impulso no regresaría a mi trabajo por el resto del día.

Por lo que no volteé. No sé de dónde saqué fuerzas para no voltear en todo el eterno camino desde esa esquina hasta las puertas del hospital.

Capítulo 8.

LUCIO

Ella caminó rápido, y en todo el camino la observé con la esperanza que volteara a verme y regresara. Mi estómago estaba hecho un nudo, y mis pies inquietos querían llevarme a toda prisa hacia ella y darle ese beso que me moría por darle. No sé cómo tuve fuerzas para resistir ese impulso.

Ella nunca volteó.

Me di la vuelta y pasé mis manos por mi cabello. Gruñí y sacudí mi cabeza.

—Putísima madre —dije al sacar mi teléfono y luego le marqué a Renata—. ¿Por qué hice eso?

Recordé el beso que le di en el cachete, y mi ser se tensó por un instante cuando caí en cuenta cuánto quería saborear esos labios suyos. En unos minutos estaba volviéndome loco. Imaginé que sabrían a las fresas más jugosas del mundo, igualando el delicioso aroma que despedía. Vaya que me encantaban las fresas.

Cerré mi puño, y vino a mí el recuerdo de su mano en la mía. Embonaban perfecto, como si su mano hubiera sido hecha a la medida a la mía.

“*Carajo, güey, ya bájale,*” pensé mirando hacia el cielo despejado.

El tono de la llamada me recordó que estaba al teléfono esperando a que me contestara Renata. Sonó varias veces. Debí suponer que no me contestaría. Rana estaría demasiado ocupada con su adorada suegra.

—¡Hola! Deja tu mensaje —dijo su vocecita ronca indicando que había contestado su correo de voz.

Esperé a oír el bip. —Hey, soy Lucio. Voy a buscarte a tu casa. No vas a creer a quién vio Fernanda.

Colgué, pero no podía irme.

Sí la persona que había visto se entera que hubo un testigo de seguro ya la estarían siguiendo.

Me pegué al edificio más cercano y observé el cruce. Puse especial atención a todos los autos estacionados a ver si no encontraba nadie sospechoso.

Luego busqué alguien que estuviera ahí sin hacer nada, tratando de no llamar la atención. Nada, gracias a Dios.

Una patrulla estaba estacionada en un puesto de revistas cruzando la calle del hospital. Troté hacia

allá y mostré mi placa a los policías parados junto a ella.

—Detective Castella, Homicidios —me identifiqué—. Necesito un favor, muchachos.

—¿Castella? ¿Como el restaurant? —preguntó el más chaparro de los dos, un curioso enano de bigote y unas entradas de cabello que apostaría a que se quedaba calvo en los siguientes años.

—¿Quieren comer gratis, chicos? —dije con una sonrisa.

El enano volteó a ver a su compañero, un toro de hombre con cabeza rasurada y cara de pocos amigos. Éste le lanzó una mirada de reproche antes de poner sus manos junto a la hebilla de su cinturón. —¿Qué necesita, detective?

—Hay un testigo de una investigación trabajando en ese hospital —dije mientras sacaba mi celular y abría la foto de licencia de conducir de Fernanda para mostrársela—. Mujer, en sus veintes, rubia, ojos azules, viste uniforme de enfermera color vino.

—¿Necesita que la vigilemos? —preguntó el enano convenenciero.

—Sólo en lo que regreso con mi compañera y vehículo propio —dije, guardando mi celular.

—¿Y sobre la comida? —insistió el enano.

El grandulón resopló y movió la cabeza de lado a lado. —Disculpe a mi compañero, detective. ¿Cuál es su identificación por la radio?

—Tres–David–Cinco.

—Delo por hecho, detective. No se preocupe por la comida. Nuestra identificación es Veinte–Veinte–Adam.

El enano gruñó y dio la media vuelta, y yo pedí un taxi para ir a la casa de Renata.

En todo el camino estuve intentando a su celular una y otra vez, sin ningún éxito.

Miré mi registro de llamadas y vi el número de Fernanda. Respiré profundo y toqué la pantalla. Se desplegaron las opciones para ese número: Llamar, mandar mensaje de texto, guardar contacto, etc.

Detuve mi pulgar encima de la opción de llamada, y mi corazón dio una vuelta en mi pecho. “*No, pendejo, ¿cómo le vas a llamar tan pronto? Está trabajando,*” pensé, y opté por pulsar la opción de mensaje de texto.

“*¿Qué le piensas escribir, Romeo?*” pensé. No tenía idea. Escribí un “hola”, un “hola qué tal”, incluso uno “hola nena”. Gruñí y me quedé viendo la pantalla, y esa línea parpadeante casi podía jurar que estaba burlándose de mí.

Gracias a Dios en ese momento llegamos al edificio de condominios donde vivían Renata y Patricia.

Tomé el elevador hasta su piso y fui hasta su depa. Luego que nadie abriera tras tocar varias veces supuse que quizá aún no regresaban del aeropuerto.

Me senté contra el muro frente a la puerta de Rana, y cerré mis ojos. Recordé el dulce aroma a fresas que tenía Fernanda. Aún no podía identificar si había sido su champú o su perfume pero se había quedado atorado en mi nariz.

Estampé la bola de mi palma contra mi frente un par de veces. —¡Ya, Lucio! —exclamé.

Pero por más que intentaba *no* pensar en Fernanda, más vívidas se volvieron las imágenes en mi cabeza. Jamás me había pasado que en un rato tan corto quedara tan idiotizado por una chica.

Carajo, ni siquiera con mi novia de la prepa me había sentido así.

—¿Lucio? —escuché una voz llamarme desde el extremo del pasillo.

Me incorporé y vi a Renata caminar hacia mí acompañada de doña Shonda. Era una mujer alta, elegante, esbelta, y bastante bien conservada a pesar de sus muchos años. La única evidencia de los estragos de la edad eran sus canas.

—¡Hey! —exclamé, poniéndome de pie y dándole un abrazo a doña Shonda— ¿Cómo está la mujer más guapa y rompecorazones de todo Philadelphia?

—¡Ay, mijo! ¡Erase una vez! —exclamó con palmadas en mi espalda.

—¿Qué carajos haces aquí? —exclamó Renata, ganándose una mirada de su suegra.

—Necesitamos hablar.

—¿Y no puede esperar a mañana?

—No —dije, luego miré a doña Shonda—. ¿Me la presta un momentito?

—Nomás que me deje entrar a la casa, mijo —dijo inclinando su cabeza hacia la puerta.

Renata se apuró a abrirle a su suegra y ella pasó luego de tomar la manija de la maleta que traía Rana jalando con las rueditas.

—¡Gusto en verla, doña...!

Renata cerró la puerta y me lanzó esa mirada suya que me hacía sentirme un metro más pequeño.

—¿Qué quieres, Lucio? —preguntó como si estuviera por sacarme el corazón de un zarpazo— ¡Pensé que me ibas a...!

—Espera —saqué mi celular y le mostré la foto que Fernanda identificó. —¿Sabes quién es?

—Es Santos Almeida. Por supuesto que iba a saber...

Renata se me quedó mirando un momento. Entonces sus ojos se abrieron y se cubrió la boca. —¡No mames!

—Fernanda lo identificó.

—¡¿Y dónde carajos dejaste a Fernanda?! —exclamó dándome un puñetazo en el pecho— ¡Ella debe estar en custodia protectora!

—Está en su trabajo —dije sobándome el lugar del impacto— ¿Ves cómo no pude esperar a mañana?

Renata gruñó mientras abría la puerta de su depa. Doña Shonda estaba ahí parada. Me reí cuando caí en cuenta que de seguro estaba oyendo nuestra conversación.

—Shonda, yo... —dijo Renata.

—Cariño, fui esposa y madre de policías —dijo con una sonrisa cálida—. Vete a hacer tu trabajo. Yo aquí me quedo a hacerles la cena a mis muchachas.

Renata pasó y esperé en la entrada mientras se cambiaba a algo más cómodo. Salió amarrándose su funda de hombro y vestida con jeans y una camiseta blanca que casi estoy seguro me robó en una borrachera.

—Si viene Patricia...

—Yo le digo —dijo Shonda, apurándola a ella y a mí fuera del depa—. ¡Gusto en verte, Lucio!

Caminamos a paso veloz por el pasillo hacia el elevador. —De todas las personas que pudo haber visto —dijo Renata al entrar al elevador de su edificio y al fin amarrándose su funda.

—Primero se casa con un asaltante y ahora ve a Santos Almeida minutos antes de asesinar a un informante —dije, sacando mi arma de su funda y revisando que estuviera cargada—. Yo no llamaría eso suerte.

—Vamos a ser la envidia del departamento si agarramos a ese infeliz por asesinato —dijo Renata dando brinquitos—. Si supieras las cosas que oí de ese animal durante mis años en Narcóticos.

—Leí su archivo —dije. La puerta del elevador se abrió y caminamos rápido hasta nuestro coche—. Persona de interés en al menos veinte asesinatos en los últimos cinco años, vinculado a la pandilla Los Perros Bravos, y según los informes trabajó para los Zetas en México y estuvo un tiempo con los Maras allá en el Salvador.

Nos subimos al auto y tomé la radio mientras encendía el motor. —Veinte—Veinte—Adam, aquí Tres—David—Cinco, adelante.

—¿Veinte—Veinte—Adam? —preguntó Renata.

—Los patrulleros que vigilan el hospital.

—Tres—David—Cinco, adelante —llamaron en la radio.

—¿Tienen al sujeto a la vista?

—Negativo, Tres—David—Cinco.

Se me hundió el corazón. —¿Cómo carajos que negativo?! —Rana se sobresaltó y me miró con ojos entrecerrados.

—Central llamó por un Dos Cuatro Cinco y nosotros éramos la unidad más cercana. El sujeto estaba esperando el autobús antes de que nos fuéramos.

—Putra suerte la que me... —dije apretando mi agarre del micrófono.

Renata me quitó el radio. —Gracias, Veinte—Veinte—Adam. Nosotros nos encargamos.

Pisé el acelerador y salimos disparados del estacionamiento subterráneo de los condominios.

—Tu novia es la mujer más afortunada del mundo si Santos Almeida no la ha buscado.

—¿Afortunada? Yo no llamaría... —frené el coche en un chingado semáforo en rojo y volteé a ver a Rana—. Espera... ¿Novia?

Ella rio. —Esta vieja de veras que se metió en la cabeza, ¿verdad?

Fue como un baldazo de agua helada. Miré hacia enfrente, al semáforo en rojo, y moví mi cabeza de lado a lado. —Si antes no podría haber nada con ella ahora menos —dije—. Con su testimonio podemos poner a Almeida en la escena.

Renata sacó su celular. —Oye, tengo un email del laboratorio... Hallaron rastros de sangre en los puños de Daniel.

—¿A lo mejor se peleó con alguien antes de que lo mataran?

—Según el forense las cortadas en sus nudillos fueron hechas alrededor del mismo tiempo que recibió el balazo que lo mató.

Alcé mi mano con mi dedo índice estirado mientras me trepaba a la autopista. —O sea que dio pelea antes que lo mataran.

—Con tu novia ubicándolo en la escena y esta evidencia tenemos lo suficiente para sacar una orden de arresto.

—¡Deja de decir que es mi novia! —exclamé con una sonrisa— Te digo, siempre hay un detalle con todas.

—De todas las que me has contado es *la primera* que sí te creo eso.

Luego de unos minutos en la autopista bajé en la rampa que desembocaba en la colonia donde vivía Fernanda. Pasé entre las calles chicas hasta dar con su calle.

Acababa de oscurecer, y todavía había mucha gente afuera caminando a sus casas o chavalos platicando en la acera.

Detuve el coche frente a la casa de Fernanda. Renata bajó del auto y fue trotando hacia su casa mientras yo bajaba y buscaba su número en mi celular.

“*Por favor contesta,*” pensé, presionando el ícono de llamada.

Cada tono me pareció eterno, pero al menos no me mandaba a correo de voz. Miré en dirección de Renata y ya estaba hablando con la negrita que vivía con Fernanda. Dio la media vuelta y negó con la cabeza.

—¿Hola hola? —contestó la llamada.

Pude respirar. —¿Fernanda?

—¿Detective Castella... Lucio? —preguntó con tono alegre— No esperaba su...

—¡¿Dónde estás?!

—Estoy llegando a mi casa.

Miré hacia ambos lados de la calle una y otra vez, hasta que pude ver su figura dar vuelta caminando en la esquina a unos veinte metros de mí. Venía abrazándose a sí misma con una mano y la otra pegada a su oído sosteniendo el teléfono.

—Creo que ya te vi —dije alzando la mano.

Ella levantó la vista, y desde allí pude ver esa enorme sonrisa suya.

Y también vi al tipo que venía detrás de ella, y el arma que traía en la mano.

Solté mi celular y corrí en su dirección. Desenfundé mi arma y apunté, lo que hizo que ella se congelara en su lugar.

—¡Quítate, Fernanda! —grité con todas mis fuerzas.

Apunté con tanto cuidado como pude. El tipo ya había estirado su mano hacia ella, dirigiendo el cañón de su arma a su cabeza.

Fernanda dio un paso a la izquierda dándome un tiro libre. El sujeto estiró su brazo hacia enfrente señalando que estaba tensándose para disparar su arma.

Apunté un centímetro a mi derecha, y apreté el gatillo.

Capítulo 9.

FERNANDA

Grité con todas mis fuerzas al escuchar el trueno del disparo. Me dejé ir de espaldas y terminé recargada contra una maya ciclónica. Vi hacia la esquina y un tipo se retorció de dolor y aferraba a su hombro.

Lucio llegó corriendo sin dejar de apuntarle su arma y pateó la pistola que el sujeto había dejado caer hacia un lado.

—No te muevas —ordenó.

Me quedé mirándolo, y cuando volteó vi una intensidad en su mirada que me aceleró el corazón. Sonrió por un breve instante, y regresó su atención al sujeto. Me dio la impresión que estaba aliviado que estaba bien.

—¡Aquí Tres–David–Cinco, necesitamos una ambulancia en la calle Atlas! —gritó la compañera de Lucio hacia su radio de mano al mismo tiempo que apuntaba su arma al sujeto tirado— ¡No te muevas, pendejo! —le gritó.

—¿Lo tienes, Renata?

—Lo tengo, Lucio.

Lucio dejó de apuntar su arma y se apuró hacia mí. Tomó mi brazo y me ayudó a levantarme como si no pesara ni una libra. En cuanto recuperé mi equilibrio me lancé en sus brazos y estallé en lágrimas.

—Estás bien —susurró a mi oído—, estás bien.

—¡Fernanda! —gritaron desde la calle. Miré y ahí venía Claudia corriendo.

Sentí a Lucio empujarme un poco, tratando de hacerme soltarlo. Pero no quería dejarlo ir. Estaba segura en sus brazos. En ellos nada iba a pasarme. Estaba paralizada del miedo. “¿Qué acaba de pasar?” pensé.

—Fer... —me llamó Lucio con un susurro. Alcé la mirada, mis ojos llenos de lágrimas, y vi su expresión tranquila y sonrisa encantadora que hicieron desaparecer el miedo que me paralizaba. —Ve con tu amiga.

Asentí, y me solté por un instante para luego ser apresada por el fuerte abrazo de Claudia.

Lucio caminó hacia el sujeto que baleó y le miró. —Tienes el derecho a guardar silencio —le dijo

con una temeridad que me impactó—. Lo que digas podrá y será usado en tu contra durante tu juicio. Tienes derecho a un abogado. Si no puedes pagar uno el estado te asignará uno. ¿Entiendes estos derechos?

El sujeto dejó de aferrarse a su hombro herido, y sacó con su mano sana una tarjeta para luego arrojarla a los pies de Lucio.

—Llama a mi abogado, cerdo—dijo.

Lucio y su compañera se miraron. —Mira nada más, sí tiene cerebro —dijo su compañera.

Claudia no me soltó en ningún momento hasta que llegaron un par de patrullas y una ambulancia. Un paramédico me revisó rápido y me dijo que estaba bien.

O eso pensé.

Todo estaba pasando tan rápido. Todo era un borrón. Lo único que podía ver bien era a Lucio dar instrucciones a los policías y hablar con su compañera.

Sólo me sentí en paz cuando volteaba a verme de reojo y me regalaba una sonrisa tranquilizadora.

Luego de un rato él y su compañera se acercaron a nosotras, que nos habíamos sentado sobre las escaleras de nuestro pórtico.

—¿Cómo están? —preguntó Lucio al bajarse en cuclillas. Me miró a los ojos, me solté de Claudia y me arrojé en sus brazos.

—¡Cagados de miedo es como estamos! ¿Qué chingados fue eso? —exclamó Claudia— ¿Por qué venía ese tipo por mi amiga?

—Será mejor que pasemos —dijo su compañera... creo que se llamaba Renata.

Cuando entramos a la casa volteé hacia Lucio y Renata. —¿Les ofrezco un vaso con agua? —pregunté con tanta calma como podía, que no fue mucha.

—¡No les vamos a dar ni una chingada hasta que nos digan por qué ese cholo intentó meterte un plomazo! —gritó Claudia.

—Señorita, por favor tranquilícese —dijo Renata levantando sus manos abiertas hacia Claudia.

—Asumo que no le dijiste —me dijo Lucio. Claudia me lanzó una mirada desconcertada.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Renata.

—Claudia Elliot.

—Claudia —Lucio dio un paso hacia Claudia con las manos abiertas frente a él—, Fernanda vio a un

hombre muy peligroso ayer en la noche entrar a la casa donde sucedió el asesinato.

¡Uy! La mirada desconcertada de Claudia pasó a fúrica. —¡Te dije que no hablaras con la policía!

—¿Sabes a quién vi? —pregunté a Lucio.

Él respiró profundo. “*Oh Dios, esto es malo,*” pensé.

—Se llama Santos Almeida.

Creo que aquella fue la primera vez que vi a Claudia pálida. Dio unos pasos hacia atrás y se sentó en el descansabrazos de su sofá.

—No acabas de decir ese nombre —dijo sacudiendo la cabeza—. ¿Santos Almeida?

—Sí —dijo Lucio con completa confianza.

—¡Vete al cuerno! —exclamó Claudia estampando su pie en el suelo— ¿Ese loco que le dicen La Santa Muerte?

—No tengo idea quién es —dije sacudiendo la cabeza.

—Es un tipo muy malo —dijo Renata—. Y el que lo hayas visto entrar a esa casa lo pone en la escena de crimen, y podemos arrestarlo.

—¿Y qué carajos están haciendo aquí y no con él? —exclamó Claudia.

—Asegurándonos que estén bien —dijo Renata, inclinando su cabeza hacia la puerta—. Y qué bueno que lo hicimos.

—No es seguro que se queden aquí —dijo Lucio, mirando a Claudia—, ¿tiene familia en otro lado o algún lugar al que pueda irse un par de días en lo que se calman las aguas?

—Tengo una prima al norte con quien me puedo ir a quedar —dijo Claudia, desabotonándose el collar de su blusa y luego quitándose su saco.

—Llamaré a una patrulla para que le lleve y organizaré protección las veinticuatro horas —dijo Renata con las manos en la cadera, luego miró a Fernanda—. Y a ti tenemos que llevarte a una casa segura en lo que el fiscal convoca a un Gran Jurado y podamos registrar tu testimonio.

—¡Claro que no va a testificar! —exclamó Claudia, tomándome del brazo— ¿Tienen idea del peligro en el que estará?

—Estamos conscientes de lo que estamos pidiendo —le dijo Lucio a Claudia.

—¿De verdad? —mi amiga se le puso en su cara a Lucio y puso su dedo índice contra su pecho— ¡Le dicen La Santa Muerte por algo! ¿Cómo van a proteger a mi amiga de alguien así?

—Igual que como lo acabamos de hacer —dijo Lucio mirándole a los ojos a Claudia— ¿O ya olvidó que Fernanda está viva gracias a que vinimos?

—¿Y deberíamos estar agradecidos por ello?

—Oigan —dije en voz baja, pero al parecer nadie me escuchó.

Di un paso hacia atrás, y los tres se gritonearon tanto que pensé en cualquier momento alguien iba a soltar un golpe. Cubrí mis oídos, y volví a ese lugar dentro de mí cuando Pedro me gritaba.

Levanté la vista. Renata y Claudia se estaban gritoneando, mientras Lucio estaba con los brazos cruzados viéndolas. Luego nos miramos, y quité las manos de mis oídos.

—Clau —llamé, pero ella seguía discutiendo con Renata.

—¡Clau! —grité, mirando a mi amiga.

Ella y Renata se callaron, y voltearon a verme. Sus miradas no me afectaron, pero la de Lucio me dio confianza, o al menos el valor de decir lo que quería decir.

— Yo... yo quiero hacer esto —dije—. Quiero testificar en contra de ese tipo.

—Amiga, no sabes lo que...

Me solté riendo, y vi a Lucio sonriendo. Su mirada en mí me llenó de valor. —Clau... Sí sé... Y lo quiero hacer... —me abracé con todas mis fuerzas mientras miraba a los ojos de mi querida amiga—. Pedro lastimó a mucha gente, y quizá pude haber hecho algo para que lo detuvieran pero no lo hice...

—Esto no se trata de Pedro, Fer —dijo Claudia—. Lo que hizo el orate de tu ex no es culpa tuya y no tiene nada que ver con esto.

Di de brinquitos en mi lugar de los nervios. —Olvidé cuántas veces llegó a la casa oliendo a pólvora y con dinero extra que nunca pregunté de dónde lo consiguió —dije. Era la primera vez que reconocía eso, y fue como si me quitaran una lápida enorme de encima de mi espalda—. Ni siquiera hablé en su contra durante su juicio, ¿sabes? —sentí lágrimas amontonarse en mis ojos— Tampoco me necesitaron porque lo agarraron con las manos en la maza, pero todo este tiempo he pensado que quizá pude haber hecho algo.

Miré a Lucio. —Quizá pude haberlo convencido de conseguir un trabajo, o que se entregara, ¿yo que sé? Pero no hice nada.

—Tu amiga tiene razón —dijo Lucio cuando dio un paso hacia mí—. Tú no tuviste la culpa, y en esta ocasión ciertamente no tienes que...

—No —dije mientras negaba con la cabeza—. Pero si no digo nada ahorita *entonces* sí tendré la culpa. ¿Qué clase de persona sería?

—Fernanda... —Claudia gruñó.

—Entiendes que Santos Almeida no es un asaltante de poca monta como tu ex, ¿cierto? —dijo Lucio, tomando mis codos con sus manos— Es un asesino a sangre fría. Tu vida correrá peligro de aquí a que esté tras las rejas, y eso puede tomar algo de tiempo, no sólo después de tomar tu testimonio.

—¿Entiendes el riesgo? —preguntó Renata.

Asentí, encogí mis hombros, y luego vi a los ojos a Lucio. —Estarás ahí para protegerme, ¿cierto? —pregunté con una sonrisa forzada.

Antes de que Lucio respondiera Claudia se cruzó de brazos y resopló. —Más le vale, porque si no lo castro al infeliz.

Él rio, y su risa me tranquilizó. —Ve a hacer una maleta. Te llevaré a un lugar seguro.

Di un paso hacia mi recámara pero me detuve al recordar dónde tenía mis maletas.

—¿Todo bien? —preguntó Renata.

—Es sólo que... —dije, luego vi a Lucio— No alcanzo mis maletas en el clóset.

Él sonrió. —Vamos.

Caminé hacia mi habitación con Lucio detrás de mí. Cada paso que dábamos aumentaba mis nervios. “¡Maldición!” pensé “¡Tengo un desastre!”

Abrí la puerta y pasé a mi cuarto. —Disculpa el tiradero —dije, dirigiéndome a mi clóset.

Vi en el reflejo del espejo a Lucio pasando la vista por mi cuarto. Caminó hacia mi escritorio y puso su mano encima de mis libros.

—¿Estudias para ser pediatra? —preguntó al tomar el libro de anatomía y abrirlo.

—No —dije, recargándome en el marco de mi clóset—. Quiero certificarme en terapia infantil.

Él alzó la vista, y respiré profundo cuando otra vez no podíamos dejar de vernos a los ojos. —Quiero... ayudarle a los niños a volver a caminar, o a recuperar el uso de sus brazos, y manos...

Lucio alzó las cejas, sonrió, y puso el libro en mi cama. —Bueno, entonces tendrás que llevarte tus libros para que no dejes de estudiar.

—Sí, ¿verdad? —dije entre risas.

—Creo que lo que quieres hacer es algo bastante genial, Fernanda —dijo mientras rodeaba mi cama hacia mí—. Testificar, ayudar a niños...—. Lo tenía a un metro de mí. Estiré mi mano dentro de mi clóset sin dejarle de ver y me agarré de la orilla del panel superior.

Reí nerviosa mientras miraba a sus ojos. Estaba a centímetros de mí. —No es nada.

Nos miramos uno al otro, y de nuevo apareció esa fuerza que nos tiró hace rato saliendo del restaurant. Resistí tanto como pude, pero en cuanto mis ojos bajaron de los suyos y se enfocaron en sus labios mi quijada se alzó por sí sola y mis ojos se cerraron al mismo tiempo que me pegaba a él.

Cuando su mano tocó mi cadera me dejé ir hacia enfrente, y restregué mi cuerpo contra el suyo mientras pegaba mis labios a los suyos.

Un relámpago me atravesó, un terremoto me sacudió, y mi corazón estuvo cerca de salir disparado de mi pecho de lo fuerte que retumbaba.

Presionamos nuestros labios con mayor fuerza, y gemí cuando abrimos nuestras bocas un poco para dejar salir nuestras lenguas. Cuando se tocaron arrojé mis brazos alrededor de su cuello y él puso su otra mano en mi cadera.

Tuve que forzarme a respirar por la nariz pues ese beso estaba robándome cada onza de aliento que había en mi ser. No quería que terminara. No quería dejar de sentirlo en mi boca. No quería que quitara sus manos de mis caderas. Quería que me devorara con sus labios, y que sus manos tocaran mi piel y no sólo mis curvas por encima de mi uniforme de enfermera.

Nos separamos por un instante, y pude al fin respirar. Sonreí al mismo tiempo que recargaba mi frente en su pecho, y él me abrazó.

—Lo siento —susurré, subiendo mi puño cerrado y descansándolo contra su pecho y contra mi mentón—. No debí...

—Yo no lo siento —susurró.

Reí como una niña chiquita que acababa de hacer una travesura. —Yo tampoco.

—¿Aquella es tu maleta? —dijo. Asentí. Asumí que desde ahí alcanzaba a ver el panel superior de mi clóset.

Me separé de él y caminé hacia mi cama. Puse mis manos detrás de mi cabeza y enterré mis dedos debajo de mi cola de caballo mientras le miraba bajar mi maleta y ponerla sobre el colchón.

—¿Te espero en la sala? —preguntó. Yo asentí.

Dio unos pasos hacia mi puerta, y mi corazón se detuvo un momento. —Lucio —le llamé.

Él volteó, y yo me acerqué a él para darle un rápido beso de piquito. —Gracias.

Lucio pasó el dorso de su mano encima de mi mejilla, luego salió de mi habitación.

Capítulo 10.

LUCIO

Tuve un hormigueo en mis labios durante un muy largo rato después de besar a Fernanda. Salí de su habitación e hice lo que pude para caminar y ocultar el hecho que mis rodillas estaban débiles y mi interior estaba en llamas.

Salí de la casa y caminé con una mano en mi boca. El aire de la noche golpeó mi rostro y me imaginé que eran los dedos de Fer sobre mis mejillas.

Fui hasta la banqueta donde Renata daba instrucciones a la patrulla que llevaría a Claudia con sus familiares.

No tardaron mucho en salir las dos. Fernanda hasta se había cambiado. Traía un suéter arena algo holgado pero incapaz de ocultar su voluptuosa figura en su totalidad. Las curvas de su cadera y muslos lucían de maravilla en esos jeans que se había puesto.

Y su cabello rubio suelto se miraba muchísimo mejor que agarrado. Parecía una fuente de oro que adornaba su rostro, cuello, y hombros.

Tomé su maleta, y acompañamos con una sonrisa una mirada de complicidad. Sus ojos verdes despedían una luz distinta, o quizá siempre la habían despedido pero hasta ese momento me daba cuenta.

Creo que tanto ella como yo estábamos conscientes que no debimos habernos besado pero ninguno de los dos nos importó.

Renata se subió en el asiento de pasajero mientras que Fernanda iba en el asiento trasero. Me subí a la autopista y manejé rumbo al centro de la ciudad.

Siempre que miraba por el retrovisor notaba a Fernanda viéndome. Sus ojos siempre brillando, sus labios siempre sonriendo.

Entonces noté que se mordió el lado izquierdo de su labio inferior, un gesto que encontré tan sensual que me costó tanto trabajo reenfocar mi atención al camino y no en la hermosa mujer en su asiento trasero.

—¿Cómo que hasta mañana?! —gritó Renata por el celular. Había olvidado que estaba llamando a la estación para pedir una casa segura para Fernanda— ¡Tenemos una...! —ella dio un manotazo al tablero— ¡Sí, entiendo que ya es tarde pero...! ¡Gracias por nada! —Renata colgó— Pinches huevones de escritorio.

—¿Asumo que no tenemos una casa segura? —pregunté sabiendo bien la respuesta.

—”Necesita la firma de fulanito—de—tal y esa persona ya se fue a su casa a rascarse los huevos” —arremedó Renata apretando la quijada—. También que hasta mañana pueden revisar cuáles están ocupadas porque el que tiene las llaves del archivero se fue desde las cinco.

Solté una carcajada. —Bendita burocracia —dije. No era la primera vez que la hora de salida nos dificultaba el trabajo.

Fernanda se inclinó hacia enfrente y apoyó sus brazos en el asiento de enfrente. —Y... ¿a dónde iremos?

Miré de reojo a Renata, alzando mis cejas y sonriéndole. —¿Qué? —preguntó Rana.

—Tu edificio tiene guardia, cámaras de seguridad en todos los pisos, y tienes todo ese espacio en tu...

—¡Lucio, no mames! —exclamó— ¡Está mi suegra de visita!

—¡Córrela! No te creas, era broma —dije, aunque podía sentir en mi cuello la mirada asesina de Renata. Alcé la mirada hacia el retrovisor y vi a Fernanda—. ¿Tienes algún problema con el Hotel Renacimiento?

Fernanda se enderezó en su asiento con los ojos abiertos en sorpresa. —¿No está un poquito caro?

Me encogí de hombros. —Considéralo la manera que tiene el departamento de policía en agradecerte tu valor cívico.

Fernanda sonrió y volvió a recargarse en el asiento. —Bueno.

Llegamos al edificio de Renata. Estacioné el coche en la calle frente a la entrada.

Rana bajó del coche. —Dame un segundo, Fer —dije al mirar por el retrovisor a mi hermosa pasajera.

Acompañé a Renata a la puerta, y ahí ella se volvió hacia mí. —Ni se te ocurra hacer nada —amenazó, picándome el pecho con su dedo índice como si quiera atravesarme el corazón.

—¡Por todos los cielos, mujer! —exclamé— ¿Crees que arriesgaría nuestro caso por una tontería?

Ella miró de reojo a Fernanda. —Normalmente no —dijo—. Pero algo tienes cuando la estás viendo. Me inquieta que vayas a hacer una pendejada.

—Rana, por favor... Además, ni que ella fuera a querer.

—Ay, Lucio —se quejó, dando palmadas en mi pecho antes de darme una ligera cachetada— ¿Por

qué crees que te estoy diciendo eso? Un hombre en Marte podría ver que la traes loca.

—¿De veras? —pregunté incapaz de ocultar mi emoción.

Renata gruñó y me tomó del collar de mi camisa. —Lucio es en serio. Te capo si...

—Lo sé —dije, dándole un beso en la mejilla seguido de un golpe juguetón a su hombro mientras se alejaba de mí—. Confía en mí. Prometo ser un caballero con ella.

Caminé al carro y vi a Fernanda mirando hacia abajo a su celular. Abrí la puerta de atrás y me asomé adentro.

Ahí tenía su rostro perfecto a centímetros de mí. ¡Cómo quería repetir ese beso de hace rato!

—¿Quieres pasarte para enfrente o te gustaría que fuera tu chofer esta noche? —pregunté con una sonrisa.

Ella rio antes de darme una cachetada juguetona. Dejó su mano en mi rostro, y pasó su pulgar tan cerca de mi boca que empleé toda mi fuerza de voluntad para no lanzarme a ella y robarle otro beso prohibido. —No, cómo crees —dijo entre risas.

Le tomé la mano para ayudarle a bajar, y le abrí la puerta de pasajero. Volví a tomarle la mano para que ella entrara. En todo momento ella me miró y sonrió, y yo me emocionaba con cada segundo que pasaba.

Cerré la puerta, y al pasar frente al carro rumbo al lado del conductor mi celular sonó. Lo saqué y leí un texto de Renata.

—¡¡¡TE ESTOY VIENDO!!! —decía el mensaje. Volteé y ahí estaba detrás de la puerta de cristal de su edificio, imitando con sus dedos índices y medio el movimiento de unas tijeras al cortar.

Me recargué un momento encima del techo del coche, respiré profundo, y entré al vehículo.

El Hotel Renacimiento estaba al otro lado del centro de la ciudad, en el área lujosa cerca de la alcaldía. Había poco tráfico y el viaje fue bastante rápido. Volteé de repente a ver a Fernanda pero ella estaba ocupada mirando hacia afuera con las manos entrelazadas encima de sus muslos.

Entramos al estacionamiento y bajé la maleta de Fernanda de la cajuela. Ella estaba mirando hacia la cima del hotel.

Era uno de los más viejos de la ciudad, pero uno de los más lujosos. Según decían el presidente llegó a hospedarse ahí en alguna ocasión. Tenía luces debajo de cada ventana, y adornos de estatuas de ángeles cada tantos pisos en las esquinas.

El lobby frente a nosotros estaba pasando una gigantesca puerta abierta de madera tallada. Detrás del

umbral y tras los escalones de piedra tallada y pisos de mármol estaba la recepción debajo de una gigantesca réplica de algún cuadro renacentista.

—Buenas noches —saludó la jovencita detrás del mostrador.

De pronto el encargado, un hombre alto, muy bien vestido, con traje a la medida y una barba impecable, le susurró algo al oído y ella se alejó.

Extendí mi mano y él estrechó la mía con tanta energía que pensé me arrancaría el brazo de mi hombro.

—¡Mi muchacho Lucio! —exclamó.

—Dante, hermano, ¿cómo andamos?

—Es temporada baja, pero ya sabes que aquí siempre tenemos trabajo —dijo con una mueca.

—¿Vienes como policía, como amigo? —preguntó, luego miró de reojo a Fernanda— ¿O como cliente?

—Necesitamos una habitación —le susurré.

—¡Oh! —exclamó, luego me guiñó el ojo— Ya entendí.

Procedí a acomodarle un manotazo en la cabeza. —Tú siempre malpensando, con razón Charlotte te dejó.

—¡Fue una separación mutua! —dijo sacudiéndose el traje.

“*Mutua mis huevos,*” pensé. —Como sea, necesito una habitación y que no haya registro de su estancia —le dije.

—Sabes, tengo una empleada que le remolcaron el coche por no pagar un par de infracciones por exceso de velocidad —dijo antes de darme la llave de la habitación.

Me recargué en el mostrador y le miré a los ojos. —¿Sólo una empleada? —le susurré.

—Bueno —dijo con una mueca.

Le di un golpe amigable con mi mano abierta en su brazo. —Mándala conmigo y le echo la mano.

Volteé y vi a Fernanda contemplando una fuente frente a la entrada al restaurant. Era de querubines jugando con cántaros de agua, y la corriente pasaba desde el pequeño hasta arriba en forma de espiral alrededor del montón de angelitos hasta caer en la tina de piedra con pisos de azulejos azules.

—Bonita —dije al detenerme junto a ella. Nuestras manos se rozaron, y ella entrelazó sus dedos con los míos.

—Me chiveas —dijo sonriendo sin levantar la mirada.

Solté una carcajada. —La fuente es bonita... Tú estás en otra categoría.

—¡Ya! —exclamó, soltándose la mano y dándome un golpe juguetón en el hombro. —¿Sólo una habitación? —preguntó, mirando la llave en mi mano.

Sonreí. —Es sólo para ti —dije, tratando de verla a los ojos pero me detuve en sus labios rosados, que parecían ella había aplicado otro tanto de labial—. Yo vendré en la mañana a buscarte.

Habría jurado que vi un poco de la luz en sus ojos desvanecerse.

Fuimos al elevador y, en lo que esperamos, nos pegamos hombro contra hombro. Mi mano cobró mente propia y se adueñó de la de Fernanda, quien apretó su agarre de inmediato. Su mano estaba cálida, húmeda, creo que estaba tan nerviosa como yo.

El elevador abrió sus puertas, y ambos pasamos. Cuando se cerraron, fuimos los únicos adentro. Solté su mano y nos dimos vuelta para quedar de frente a la puerta.

Escuché a Fer reírse. Miré en el reflejo del acero bien pulido de las puertas y la vi con la mirada baja pero con una sonrisa de oreja a oreja que me contagió.

—¿Qué pasa? —pregunté con una sonrisa. Ella me miró de reojo, y negó con la cabeza. —Anda, dime.

—No... No es nada.

Tenía los brazos estirados hacia abajo sosteniendo la manija de su maletín, y ello empujó sus pechos uno contra el otro, y no pude evitar verlos y apreciar su tamaño perfecto. Imaginé cómo se sentiría tenerlos en mis manos, la textura de la tela contra mis dedos al pasarlos encima de ellos, y cómo se sentirían al apretarlos.

—¿Olvidaste algo? —pregunté. Cielos, necesitaba distraer mi pensamiento. El silencio estaba volviendo demasiado difícil estar en su presencia y no hacer nada.

—No —contestó.

Sacudí mi cabeza, y entonces dejé de ver el reflejo de ella y volteé a verla.

Fernanda hizo lo mismo, y nos quedamos viendo a los ojos. Mi corazón brincaba tanto que pensé subiría por mi garganta y saldría por mi boca.

—¿Qué sucede? —preguntó inclinando su cabeza un poco. Noté que su mirada se desvió de nuevo hacia mis labios.

—Luces radiante, Fer. —dije sin pensar. Ella se sonrojó y bajó la mirada—. Digo, considerando las circunstancias.

Ella alzó la vista, y sus ojos parecieron brillar aún más de lo que ya lo hacían. Abrió su boca, pero no dijo nada. En lugar de eso me sonrió, y me presumió los dientes más perfectos que he visto en toda mi vida.

Solté una carcajada, y meforcé a mí mismo a desviar la mirada.

Las puertas del elevador se abrieron al fin, volteé y le ofrecí el paso a mi hermosa acompañante.

Capítulo 11.

FERNANDA

Las puertas del elevador se abrieron. Tomé la manija de mi maletín mientras Lucio esperaba a que pasara.

Salí con la mirada en el suelo. La alfombra se veía como nueva, de color caqui excepto por las franjas color vino pegadas a los muros. Al caminar noté lo acolchonada que estaba la alfombra, como si estuviera caminando encima de un tapete de lana fina y esponjosa.

El pasillo era amplio, tanto que quizá podíamos caminar lado a lado y estirar nuestros brazos para poder alcanzar los muros si caminásemos por en medio.

No lo hicimos. Yo caminé enfrente, y confié que Lucio estuviera detrás de mí cuando escuché el arrastrar de las puertas al cerrarse.

—¿Qué número es la habitación? —pregunté, mirando los números de la puerta más cercana a nosotros.

—Seiscientos cinco —contestó.

“*Dios mío, estaba justo atrás de mí,*” pensé. Succioné mis labios y pasé la punta de mi lengua encima de ellos mientras caminábamos.

Cada vello de mi piel estaba erguido. La forma en que me miró dentro del elevador despertó algo en mí que creía haber perdido: Deseo.

Quería que me mirara, que me desnudara, que me hiciera suya.

Le veía nervioso. ¿Quizá tanto como yo? ¿O quizá estaba incómodo con mis comportamientos? No creía posible sentirme arrepentida y complacida al mismo tiempo, pero así me había sentido desde que le besé un rato atrás.

“*Yo lo besé,*” pensé, pero *él* me correspondió. ¡Y vaya que me correspondió! Si estos sentimientos en mí estaban despiertos era tanto culpa mía como de él.

Pasamos junto a un espejo, y me lancé una mirada rápida. Si hubiera estado más colorada no me hubiera sorprendido. Tenía calor. Había sido un error ponerme ese suéter, ¿pero qué hacer? Ni modo que hubiera salido desnuda de mi casa.

Vi el reflejo de Lucio, y caminaba con la cabeza en alto... Pero su vista en mis nalgas.

Abrí mi boca y me aguanté mi sorpresa. Sonreí con la cabeza abajo y apreté mi agarre de la manija de mi maletín.

“*Debí ver mal,*” pensé. Volteé rápido y comprobé que de verdad estaba mirándome allá abajo.

Claro que levantó la vista en cuando volteé, pero no a tiempo.

Regresé la mirada enfrente. Hasta entonces me había incomodado tanto que me vieran así. Varios de mis compañeros del trabajo y escuela lo habían hecho. No por pervertidos, sino porque eran hombres. No los culpaba por ello, pero no por eso tenía que agradarme.

Pero que Lucio lo hiciera... Me imaginé deteniéndome ahí mismo en el pasillo y bajarme el pantalón para que me viera mejor.

Sacudí mi cabeza y respiré profundo. “*¡Fernanda! ¡Qué cosas piensas!*”

¡Qué cosas pensaba! En la boca de Lucio, en el sabor dulce de su lengua, ese hombre quizá comía demasiados dulces o masticaba mucho chicle. Sus manos... ¡Uff! Sus manos me dieron cosita cuando tomó las mías. El sólo sentir sus dedos encima de mi ropa... Detonaba escalofríos concentrados por toda mi piel con sólo un rozón.

—Aquí es —dijo. Me detuve y miré el número de la puerta que, en efecto, decía seiscientos cinco.

Lo sentí casi pegado a mí. Sólo un centímetro, más o menos, nos separaba. Podía aspirar el embriagante aroma de su colonia. Una fragancia sutil. Fresca, cítrica, envolvente. Y el calor de su ser estando tan cerca de mí.

Me quedé inmóvil. Fue lo único que pude hacer porque mi siguiente movimiento habría sido arrojarme a sus brazos y entregarme en cuerpo y alma a él.

Lucio abrió la puerta, y me volteó a ver. Estiró su mano y tomó el maletín de mis manos, me sonrió, y entró dentro de la habitación.

Casi exploto cuando sus dedos rozaron los míos.

Me quedé ahí parada en el pasillo como una boba mientras él dejaba mi equipaje junto al mueblecito de la tele. Examinó la habitación y luego se quedó de pie mirando por la ventana.

“*Sólo un par de pasos, Fer,*” me dije a mí misma, forzándome a caminar y no a correr como una tipa loca hacia él.

Entré a la habitación, cerré la puerta, y él volteó a verme.

Me recargué en la puerta, y nos miramos uno al otro por lo que debieron ser los instantes más largos, deliciosos, y agonizantes de toda mi vida.

La vista era increíble. Caminé hacia la ventana pasando junto a Lucio, rozándole su hombro con el mío. Volví a aspirar su aroma de hombre, y eso añadió a mi ya notable excitación. No quería que me mirara a los ojos, que no me viera la boca, que no se me acercara.

Traté de distraerme con la vista. Era una noche perfecta afuera. Sin una nube a la vista, la brisa que entraba por la ventana poco abierta estaba fresca, supongo por la altura. Vi en el vidrio de la ventana el mueblecito donde descansaba una lamparita, el control de la televisión, y una libreta.

Pero en el reflejo también vi a Lucio mirándome, y luego acercándose a mí.

“*Que no me toque, que no me toque,*” le rogué a Dios.

—Bueno, todo parece estar en orden —dijo a un metro detrás de mí. Vi en el reflejo de la ventana que estaba viéndome la espalda, y bajaba la vista hacia mi trasero de nuevo.

Me sorprendí a mí misma arqueando un poco mi espalda, respingando mis pompis hacia él. Mordí el interior de mi labio inferior, lo hice fuerte, tratando de socavar con un poco de dolor el vívido deseo en mi cabeza que él estirara sus manos hacia mí y tocara mis atributos.

El último hombre que me tocó de esa manera había sido Pedro. Pero con él nunca me sentí así. Con él nunca deseé con tanta urgencia desnudarme y desnudarlo. Con él jamás experimente una lujuria como la que estaba experimentando en ese momento.

—Tienes todo lo que necesitas —dijo.

“*No, no todo,*” pensé, viendo en el reflejo su entrepierna.

¡Caramba, Fernanda!

—Si necesitas algo puedes pedir lo que quieras del servicio a cuarto —dijo.

—Sí, está bien —dije casi sin aliento.

Se me quedó viendo unos momentos. Pasó su mano encima de su boca y luego se rascó la cabeza antes de darse la vuelta y caminar hacia la puerta.

—Tienes mi celular por sí se te ofrece algo de mí —dijo—. Pasaré a verte mañana a primera hora.

Asentí sin quitar la mirada de su reflejo. Se detuvo en la puerta, volteó a verme, y luego giró la perilla.

—¡Espera! —exclamé.

Él se congeló.

Giré y apreté mis puños. Di un par de brinquitos en mi lugar a ver si con eso liberaba un poco de mi

ansiedad. Por supuesto que no funcionó.

Y claro que no ayudó que él cerrara la puerta y acortara la distancia entre nosotros con un par de largos y decididos pasos que casi me provocan un infarto.

—¿Estás bien? —preguntó, pasando su mano abierta encima de mis mejillas.

Cerré mis ojos, y sonreí.

—Gracias —susurré. Su toque liberó algo de la presión que sentía.

—Es mi trabajo, cariño —dijo, su aliento estrellándose contra mi rostro y agregando aún más calor al que ya sentía.

Sacudí la cabeza antes de levantar la mirada. Iba a ver sus ojos, pero no aguanté más.

Estrellé mi boca en la suya, y él me recibió con la misma intensidad. Me tomó de la cintura, y yo me agarré de sus grandes y fuertísimos brazos.

Nos jalamos uno al otro, queriendo fusionar nuestros cuerpos empezando por nuestras lenguas y nuestros labios.

Deslicé mis manos bajo su gabardina, empujándola hacia atrás hasta dejarla caer de sus hombros. Él latigueó sus brazos, liberándolos de las mangas de su abrigo y dejándolo caer.

Puse mis manos en su pecho, y la firmeza de sus pectorales debajo de la tela lisa de su camisa me elevó la temperatura aún más, lo que me hizo cerrar mis puños, tomando un poco de la tela entre mis dedos, y jalar con las intenciones de arrancarle la camisa de su cuerpo.

Pero me contuve. ¡No sé cómo me contuve! Abrí mis manos y le empujé despacio. Rompimos nuestro beso, pero fuimos incapaces de separarnos.

Él tocó su frente con la mía, y nuestros jadeos fueron clara secuela de la intensidad de nuestra pasión.

—No debería —dijo Lucio, tratando de recuperar su aliento igual que yo. Él tampoco podía controlarse. Tenía sus manos agarrando con firmeza la tela de mi suéter. Sus nudillos acariciaban la piel de mi cintura y yo elevé mis pechos por instinto, rogándole con mi cuerpo que me desnudara.

“No,” pensé. *“Realmente no debería. Soy tu testigo, él es un detective... Pero no puedo controlarme.”*

Y él tampoco parecía poderse controlar. Tiró de mi suéter hacia mi cabeza y me liberó de él. Suspiré cuando me tomó de la cadera y deslizó sus manos hacia mi espalda. Todos los vellos de mi cuerpo se erizaron y no resistí al impulso de alzar mi mentón y besarle el cuello.

Él gruñó, y frotó mi espalda baja con tanta intensidad. La totalidad de sus ardientes palmas envió olas de calor irresistible por encima de mi piel y por todo mi ser.

Alcé mi torso y restregué mis pechos contra el suyo, y tiré de su corbata hasta que pude deshacerme de ella.

Saqué mi lengua y saboreé su cuello mientras sus manos subían por mi espalda despacio, esparciendo placer y calor a su paso. Solté una risilla cuando sus dedos alcanzaron el seguro de mi brasier.

Abrí los botones de su camisa tan rápido como pude, y cuando llegué hasta la hebilla de su pantalón él dejó de acariciarme.

Mi corazón se detuvo por menos de un instante. Él desabrochó mi brasier, me lo quitó de un tirón, y lo arrojó al suelo.

Cubrí mis pechos como primer impulso. Él se desfajó la camisa y la dejó caer. Después de un instante de admirar su torso perfecto deslicé mis manos hacia el botón que mantenía cerrado mi pantalón en lo que observaba con toda mi atención.

No tenía ni una pizca de grasa. Sus abdominales parecían tallados a mano. Los definidos músculos de su cadera parecían guiar la vista hacia su entrepierna que...

¡Uff! ¡Parecía que habían levantado una carpa de circo en su entrepierna! Tomé la hebilla de su pantalón y le volví a besar. Desabroché su cinto y pantalón, y bajé su bragueta despacio. Dejé de respirar cuando pasé encima de su dureza.

—Ven aquí —dijo Lucio con tono juguetón. Me tomó de los hombros y me guio hasta la orilla de la cama.

Pasé mi mano encima de sus pectorales. Estaban como rocas, su cabello corporal provocaba exquisitas cosquillas sobre las yemas de mis dedos cuando bajé mis manos por el centro de su ser.

Metió sus manos dentro de mi melena cuando las mías llegaron a su cadera. Tiré de su bóxer y pantalón al mismo tiempo, y quedé boquiabierta al ver lo bien dotado y endurecido que estaba.

Tragué saliva al mismo tiempo que experimentaba un torrente de emociones imposible de describir. No había estado con un hombre desde mucho antes que Pedro fuera a la cárcel, y él no tenía los dones de Lucio.

Terminó de quitarse el pantalón, y yo me deslicé hacia atrás en la cama.

Deslizó sus manos encima de mis muslos hacia el botón de mis jeans. Respiré cada vez más agitada conforme él desabrochaba mi botón, agarraba la orilla de mi pantalón y panty, y me terminaba de

desnudar.

No ofrecí resistencia. No quería resistirme. No podía resistirme. Estaba desnuda en cuerpo y alma ante él en ese momento, y le miré a los ojos mientras se trepaba a la cama.

Abrí mis piernas, invitándolo a tomarme. Tocó su frente con la mía, y nos besamos mientras él me llenaba con su cálida virilidad.

—¡Ah! —grité, y me abracé con mis piernas de sus caderas, y moví mi cintura al ritmo de su vaivén.

Dejé escapar de mi boca quejidos, gemidos, y en un par de ocasiones gritos ahogados acompañados de mis uñas enterrándose en su espalda.

Por un momento dudé de si él estaba en las mismas condiciones de éxtasis que yo, pero al escuchar sus quejidos, sus gruñidos de hombre, y la expresión en su rostro cuando aceleró el ritmo y me llevó al clímax, quedé convencida que él era tan mío como yo de él.

Me volteó y quedé boca abajo. Levanté mis nalgas hacia él, poniéndome a gatas, y él supo muy bien cómo satisfacerme. Me embistió y yo estrellé mi frente en la almohada, ahogando mis gritos de dicha en la cama.

Estiró su mano hacia mi cuello y lo rodeó. Estaba a su merced, y sabía que sólo me pasarían cosas deliciosas en su poder. Aceleró sus embestidas, y ambos soltamos alaridos de placer cada vez más intensos hasta que empujó una última vez con todas sus fuerzas, llenó mi interior de su ardiente esencia, y yo exploté en éxtasis como nunca lo había hecho.

Él se desplomó a mi lado, y yo me giré sobre mi costado y quedé recargada encima de su hombro.

—Lucio... —le llamé con apenas suficiente aliento para hacerlo, dibujando círculos alrededor de su pezón con mi índice.

—¿Qué tienes, cariño?

“¿*Qué tenía?*” pensé con una sonrisa. “¿*Que qué tenía?*”

—Me siento... bien.

—¿Sólo bien? —preguntó entre risas— Entonces no hice bien mi trabajo.

Me solté riendo, y alcé la mirada. Sus ojos destellaban cariño.

—Lo hiciste mejor que cualquier otro hombre en mi vida —dije, luego le di un beso cariñoso y lleno de amor.

—Quiero quedarme aquí contigo, Fernanda.

—Y yo no quiero que me abandones nunca.

Él acarició mi rostro, y miró a mis ojos.

No necesitó decirme nada. Estaba convencida que él estaría ahí para protegerme, para cuidarme.

Y quizá... Para amarme.

Capítulo 12.

LUCIO

Desperté con el reflejo del sol sobre un pedazo de metal en el marco de la ventana dándome en el rostro.

Respiré profundo, y llené mis pulmones del delicioso aroma del cabello de Fernanda. Metí mi nariz en su greñero dorado y aspiré de nuevo.

“Sí, es su champú”, pensé, al fin encontrando la fuente de aquel aroma que me volvió loco el día antes.

¡Ella dormía como piedra! Quité mi mano de abajo de su cabeza con tanto cuidado como pude y ella sólo soltó un ronquidito divino, se volteó con la sábana aferrada a su desnudo cuerpo, y regresó a su sueño.

Vi toda su gloriosa espalda y parte de sus nalgas asomándose por la sábana. Con sólo verlas reaccioné de inmediato. Pensé en darle besitos para despertarla, quizá seguir su espina dorsal desde su nuca hasta su coxis, y luego volverme loco entre sus muslos y saborearla por completo antes de darle un buen uso a mi férrea erección matutina.

Lo de anoche había sido un torbellino de lujuria que no acababa de entender.

Moví mi cabeza de lado a lado, tratando de desechar aquel pensamiento cachondo de mi cabeza. Me levanté de la cama y mejor me metí a dar una ducha helada. No sirvió de mucho. Cuando salí todo fresco y la vi una vez más reaccioné de la misma manera.

Regresé al lavabo en el baño y me miré a mí mismo al espejo. Me recargué y suspiré.

—Carajo —dije sonriendo.

Yo sabía lo que había hecho. Sabía el riesgo que había tomado. Suspiré y salí del baño. Vi la cafetera en la mesita junto a la televisión y la encendí... O al menos eso intenté. Maldita porquería no quería encender.

Escuché un quejido detrás de mí. Volteé y Fernanda estaba estirándose. Quién sabe a dónde había ido a parar su sábana porque estaba expuesta completita ante mí.

Me acerqué al borde de la cama y me incliné a besarle. —Buenos días, cariño —le dije al rodearle la cintura con mi mano mientras le daba otro par de besitos en su adictiva trompita.

Ella gimió con los ojos entrecerrados. —¿Qué hora es?

—Las seis de la mañana —dije, mirando el reloj digital debajo de la televisión.

—¿Y qué haces levantado? —preguntó con un quejido, tirando de mi brazo mientras reía como una consentida— Vuelve a la cama.

Respiré profundo. No podía creer que iba a decirle “no” a semejante mujer. Pero debía hacerlo.

—Renata espera que la recoja temprano, cariño —dije sentándome en la orilla de la cama frente a mi ropa tirada—. Necesito irme a cambiar. Ya sabes que debo luchar contra el crimen con estilo.

Fernanda rio. ¡Dios! Su risa me fascinaba. Sentí cómo gateó desde su lugar hasta mí. Rodeó mi cuello con sus divinos brazos, y no pude resistir voltear a darle un largo beso.

—Lo de anoche... —dijo.

Descansé mi mano en su muslo, y abrí y cerré mi puño acariciándole con las puntas de mis dedos, haciéndola retorcerse y sacándole una sonrisa a boca abierta.

—Fue increíble —le dije.

—¿De verdad? —preguntó pegando su frente a la mía—. Hacía tanto que yo no...

Me separé de ella y la miré a los ojos. —Fue exquisito.

—Y sin embargo... —dijo, la luz en su mirada atenuándose un poco— Ibas a irte sin despedirte.

Un cubetazo de agua helada hubiera tenido el mismo efecto que esa frase tuvo en mí.

—¿Qué? —exclamé alarmado— ¡No, claro que no! —apunté hacia la cafetera que apenas estaba gorgoteando—. Quería despertarte con un cafecito recién hecho.

—Mi amor —dijo, jalando mi rostro hacia el de ella para darme otro besito—. Estoy bromeando —acarició mi rostro con sus dedos suaves y amorosos—. No quiero meterte en problemas. Debí decirte que te fueras desde anoche, pero...

—No me hubiera ido —le dije con una sonrisa—. Sabes, no tengo arrepentimientos por lo de anoche.

—Yo tampoco.

Me levanté y vestí sin prisa. No podía quitarle los ojos de encima a esa mujer, y menos cuando estaba sentada en la orilla de la cama y recargada hacia atrás con sus brazos estirados.

El reflejo de la luz de la mañana que entraba por la ventana iluminaba sus pechos, y su cabello rubio despeinado caía por su espalda como una cascada dorada hacia la cama, excepto por un mechón de oro que se paseó alrededor de su cuello y desembocó en el valle antes de llegar a sus senos.

—Volveré más tarde —dije al terminarme de abrochar la camisa hasta mi pecho. Enrollé mis mangas hasta antes de mis codos y recogí mi corbata—. Cuando llames a tu trabajo no les digas por qué no puedes ir a trabajar, y tampoco dónde estás.

Fernanda sonrió. —Sólo les diré que necesito tomarme mis vacaciones.

Recogí mi gabardina del suelo, luego me apoyé junto a Fernanda para darle un largo, húmedo, e incitante beso de despedida. Ella estiró su mano y me tomó de la nuca, exigiéndome más.

No sé cómo logré separarme de ese beso. Quemé en mi memoria esa pícara sonrisa y mirada traviesa antes de darme la vuelta e irme.

Camino al coche noté la calidez que emanaba mi interior, y la gigantesca satisfacción con la que cargaba. Luego vino a mi mente esa imagen de Fernanda acostada a mi lado, dormida, desnuda, luego de una noche de pasión.

Subí al auto y me quedé mirando al frente unos momentos. Tomó todas mis fuerzas no salir del vehículo, subir de nuevo a la habitación, y hacerle el amor una vez más. Uno pensaría que me habría sacado la espina de ello la noche anterior, pero estaba tan equivocado.

Quería estar con ella de nuevo. Y no sólo una vez más. Sino muchas veces más, durante mucho mucho tiempo.

“Quizá... *por toda la vida,*” pensé rumbo a mi casa.

Cuando di vuelta hacia la entrada del auto, vi recargada contra la puerta de mi casa a Renata.

Tragué saliva cuando vi esa expresión en su rostro.

—¿Dónde andabas? —preguntó alzando el mentón.

—¿No iba ir a recogerte a tu casa? —pregunté.

—Me levanté temprano y ya no me pude dormir —dijo sin quitarme la mirada de encima.

Salí del coche e intenté de respirar. Pasé mi mano encima de mi boca mientras caminaba hacia ella. Traté de mirarla a los ojos, pero no pude.

Renata gruñó y dio la media vuelta. Me conocía demasiado bien.

—¿En serio, Lucio? —exclamó, poniendo sus manos en su cadera.

—Aquí vamos... —dije en voz baja mientras abría mi puerta. Fue claro que no lo dije lo bastante bajo.

—¡Claro que aquí vamos, grandísimo idiota! —gritó al seguirme adentro— ¡Dime por favor que no

fuiste tan idiota!

Me detuve en el umbral hacia mi sala y arrojé mi abrigo y corbata en el sillón.

—Por favor, Lucio —dijo Renata, sacudiendo la cabeza—. Dime *por favor* que estoy equivocada. Dime que vienes con la misma ropa porque te largaste con una tipa cualquiera y que *nuestra testigo principal* está en el hotel.

Alcé mis manos a mis lados y apreté mis labios. —Está bien —dije—. Me largué con la primer zorra que me topé en un bar y hasta ahorita...

Rana acertó la distancia entre nosotros y acomodó una fortísima cachetada en mi rostro.

—Merezco eso —dije, asintiendo, aguantándome las ganas de sobarme la mejilla.

—¡Putísima madre, claro que te lo mereces! —gritó.

—¿Qué querías que hiciera?

—¡No cogértela, Lucio! —gritó, luego dio la media vuelta y pasó su mano encima de su cabeza— ¿Tienes idea del lío en que nos metiste? *Corrupción de Testigos*, Lucio. Su testimonio acaba de pasar de ser evidencia sólida a cuestionable. ¡Almeida puede librarse de esto si el detective en jefe estuvo bailando el mambo horizontal con la testigo principal!

Reí un poco. —Mambo horizontal, esa me gustó.

No debí reírme. El puñetazo que me metió Rana en el hombro fue prueba de ello.

—Primero que nada —caminé hacia mi habitación, seguido de cerca por ella— no estoy influyendo en su testimonio de ninguna manera.

—Un jurado no lo verá así —dijo, siguiéndome dentro del cuarto y sentándose en la cama—. No soy abogado, ¡y se me ocurren al menos cinco formas de asegurarme que no lo vean así!

—¡Okey! —dije, quitándome mi camisa y luego me bajé el pantalón—. Lo siento, Rana.

Renata refunfuñó un poco antes de sentarse en la cama mientras yo buscaba entre mis cajones un cambio de ropa interior limpia.

—¿Al menos fue bueno? —preguntó Renata como si no acabara de meterme semejante regañada.

Solté una carcajada. —Estuvo... bien.

—¿Bien? —preguntó enderezándose— ¿No vas a presumirme cómo se sentían sus tetas en sus manos o sus nalgas cuando...?

Volteé a verla y sólo sonreí. Cielos, de veras que le contaba *todo* a esa mujer.

—¡No! —exclamó.

—¿Ahora qué, Rana? —pregunté entrando al baño con un cambio nuevo de bóxer. Cuando volteé ahí estaba bajo el umbral de la puerta con una sonrisota de esas que pone cuando acaba de hacer una vagancia.

—¿Te importa? —reclamé— ¡Voy a cambiarme el calzón!

—Ni que se me fuera a antojarse —dijo, recargándose en el marco, todavía sonriendo. Me di la media vuelta y bajé el calzón— Neta qué buen culo tienes.

Me subí el par limpio todavía riéndome. Cuando iba de salida del baño Rana no se quitó.

—¿Qué? —pregunté mirándole a los ojos.

—Esto no fue un acostón de una noche —dijo, apuntándome con su índice a mi cara—. Te gusta esta chica —dijo.

Sonreí y la empujé un poco para poder escapar de mi propio baño. —Puede que sí.

—¡Y lo reconoces!

No me digné a contestarle. Toleré su mirada en mí mientras me ponía unos jeans y una camisa lisa color gris rata.

—¿Por qué ella, Lucio? —al fin rompió el silencio.

Resoplé con una sonrisa. —¿Yo qué sé? —dije, fajándome la camisa— Pero... no sé, Rana. Con ella me siento...

—¿Completo?

Asentí. —Ajá, justo esa palabra.

Renata bajó la cabeza sonriendo mientras salía del cuarto. Antes de salir, volteó a verme. —¿Cómo crees que me siento con Paty?

Tomé mi arma enfundada de mi otro cinturón y lo pasé al que me había puesto. Agarré mi placa y seguí a Renata hasta afuera de la casa.

Cerré la puerta, volteé, y le tomé el brazo a Renata antes que se fuera caminando al coche.

—Rana, yo sé que no debí meterme con ella —dije subiendo y bajando mis manos abiertas frente a mi pecho— ¡Pero no pude resistirlo! Estaba dejándola en el cuarto...

—Okey, Lucio... —dijo, levantando su mano abierta.

—Me despedí de ella, y de pronto... ¡Pum! Terminamos desnudos y abrazados en la cama.

Seguí a Renata al coche. Ella me extendió su mano abierta pidiéndome las llaves. Se las di, y me subí del lado de pasajero.

—Van a tener que ponerle una pausita a su historia de amor, sabes —dijo al arrancar el carro.

Lo sacó de reversa a toda velocidad, y patinó llanta antes de arrancar hacia la avenida.

—Lo sé... Pero no sé si pueda.

Renata suspiró. —Conozco el sentimiento... Pero quizá no tengas elección.

—Bueno, necesitamos ir con el fiscal para que pueda convocar a un Gran Jurado y podamos tener su testimonio en papel.

—Y llevarla a una casa segura adecuada —agregó Renata—. El departamento no va a pagarle una habitación en el Renacimiento, ¿eh? Ni siquiera pienso que vayan a reembolsarte el costo de su estancia.

Hice un recortón de mangas. Eso no me importaba.

—Podría quedarse conmigo —dije con una mueca burlona.

Renata se soltó riendo. —¿Una noche con esta chica y ya estás listo para vivir juntos?

Capítulo 13.

FERNANDA

Tenía mi maleta abierta encima de la cama. Estaba desnuda y recién salida de bañarme. Luego que Lucio se había ido ya no pude volverme a dormir. Pedí un desayuno a servicio a cuarto, vi algo de televisión, y cerca del medio día marqué a mi trabajo para avisar que no iría en un par de días.

Me di un baño rápido, y mi intención inicial fue ponerme las bragas de algodón que siempre me ponía... Pero luego Lucio vino a mi mente y me entró el deseo de verme sexy para él.

Reí. —¿Yo? ¿Sexy? —me dije a mí misma. No era una palabra que yo habría usado para describirme.

Pero así me sentí con Lucio la noche anterior. La forma en que me miró, cómo me tocó, cómo me hizo el amor.

Me sentí la mujer más sensual y hermosa del mundo.

Era la primera vez que me sentía cómoda con mi cuerpo. Metí mi dedo índice a mi boca y mordisqueé mi uña mientras veía el contenido de mi maleta.

En específico, miré el único par de lencería que tenía: una tanga negra con detalles transparentes, que hacía juego con un brasier con los mismos detalles.

Me probé el brasier, y me miré al espejo. Se me notaba el pezón, y juntaba mis tetas un poco para que se me notara todavía más escote.

—¿Le gustará? —dije, poniendo mis manos abiertas encima de mis pechos, e imaginé a Lucio enterrando su rostro entre mis montes, y desabrochándome el brasier con sus dientes.

Reí. “¿Se podrá hacer eso?” pensé.

Cuando estaba subiéndome la tanga tocaron a la puerta. Corrí hacia ella y me asomé por la mirilla.

El calor y pasión de la noche anterior regresaron a mi cuerpo pues vi que era Lucio quien tocaba. Mordí mi labio inferior y me mojé al instante.

Abrí la puerta de golpe y me recargué en el marco. Le alcé las cejas y sonreí cuando noté su expresión anonadada. —Hola, mi amor —le dije con el tono más seductor que pude usar.

Entonces alguien tosió desde el pasillo. Volteé y ahí estaba Renata recargada contra el muro del pasillo, saludándome con la mano.

—¡Ay no! —exclamé. Entré rápido al cuarto y azoté la puerta detrás de mí.

Cubrí mi rostro y luego enterré mis manos en mi cabello. —¡Estúpida! ¡Estúpida! —dije para mí, tirando de mi cabello.

Volvieron a tocar la puerta, y pegué un gritillo al mismo tiempo que salí de mi estado de alarma de un brinco.

—¿Fer? —llamó Lucio.

—¡Un minuto! —contesté, indecisa si pasarme una mano por mi cabello, o tocarme la cara, o poner una mano en la cintura.

—Toma tu tiempo, cariño —dijo con un tono calmado.

“Quizá no lo metí en problemas,” pensé.

Me puse lo primero que vi encima de mi maleta: una falda en A color blanca que alcanzaba a cubrirme las rodillas, y una blusa de tirantes color menta. Corrí descalza hacia la puerta y les abrí al mismo tiempo que echaba una parte de mi cabello hacia atrás.

—Lucio lo siento —dije apenada mientras le abrazaba—. Yo...

—Tranquila —dijo Renata al pasar junto a nosotros. Miró alrededor de la habitación y pareció estremecerse al ver la cama—. Ya sé de su “pequeño desliz” de anoche.

Abrí mi boca al mismo tiempo que sentí como si un puñal me atravesara el corazón. Volteé a ver a Lucio y le he de haber lanzado una mirada amenazante pues me pareció verle hacerse para atrás un poco.

—¿Le dijiste? —le reclamé, a punto de darle una cachetada.

—¿Qué? —exclamó— ¡No! ¡Claro que no!

—¿Entonces cómo...?

Renata tosió. Volteé a verla y tenía levantada su placa. —Aquí dice *detective*, corazón —dijo con una mueca—. Además Lucio no tiene la culpa de su incapacidad de ocultar lo feliz y satisfecho que estaba —rio mientras guardaba su placa dentro del abrigo de piel que traía, y luego rio—. Hubieras visto la cara de idiota que traía cuando llegó a su casa. Supe así —chasqueó sus dedos— que había cometido una estupidez.

Respiré aliviada, y luego sonreí cuando volteé a verlo. —¿Qué cara traías? —pregunté con una sonrisa.

—¡La misma que siempre traigo! —reclamó, luego apuntó a Renata y a mí con sus índices— Ustedes

dos me van a mandar al psiquiátrico.

—Tranquilos, niños —dijo Renata—. Su secretito está a salvo conmigo —ella miró a Lucio—. ¿Le dices tú o le digo yo?

—¿Decirme qué?

—El fiscal convocó un Gran Jurado para el viernes.

—¿Qué es eso?

—Es un grupo de personas que determinan si las pruebas que tenemos son suficientes para presentar cargos ante alguien —dijo Renata.

—¿Y después?

—Y después arrestamos a Almeida —dijo Lucio—. Derechito a la cárcel, y derechito a juicio.

Miré hacia abajo y sonreí. —Bueno, un par de días más aquí no se oye mal.

—Sobre eso... —dijo Lucio.

—No puedes quedarte aquí —dijo Renata cruzándose de brazos—. Lucio está forrado en dinero, pero aquí no es tan seguro como parece. Necesitamos llevarte a una casa segura que esté vigilada las veinticuatro horas por gente de nuestra confianza.

Me encogí de hombros. —Está bien —dije, luego miré a Lucio.

—Por el amor de Dios —suspiró Renata, caminando hacia la puerta—. Los dejo solos, tortolitos. Nomás no se tarden.

Brinqué hacia Lucio y él me atrapó, sosteniendo mis nalgas mientras abrazaba con mis piernas su cadera. Nos besamos y gemí al hacerlo. ¡Dios! ¡No tenía idea cuánta falta me hacían sus besos! ¡Y eso que sólo llevábamos un par de horas sin vernos!

—¡Por lo menos espérense a que salga del cuarto! —reclamó Renata antes de salir del cuarto y azotar la puerta.

Lucio y yo nos reímos. No podía creer lo fuerte que era. Me tenía cargada y no parecía afectarle mi peso. Se sentó en la cama y yo moví mis caderas para enfrente y para atrás mientras le veía a los ojos.

—Lucías increíble hace unos momentos, por cierto —dijo con una mueca traviesa, subiendo su mano hacia las curvas de mi cintura, y subiéndome mi falda lo suficiente para deslizar sus manos debajo de ella y pasear sus dedos encima de la textura de mi tanga.

Alcé mis cejas y pegué mi nariz a la suya. —Todavía lo traigo puesto, fíjate —susurré, estirando mis

manos hacia su pantalón, sobándole su virilidad y comprobando que estaba tan excitado como yo.

—Cariño —susurró antes de pasear su lengua encima de mis labios—. Nos están esperando.

Estaba vuelta otra persona. —Que nos esperen —le dije antes de morderle el labio.

Desabroché su cinturón, solté el botón de su jeans, y me estremecí cuando bajé su bragueta. Me levanté lo suficiente para que él empujara su pelvis hacia arriba y se bajara sus pantalones hasta las rodillas.

Cuando volví a sentarme encima de él su largo acariciaba mi monte de venus. Él enterró su rostro entre mis senos y su aliento estrellándose contra mi piel me sacó un escalofrío y un largo gemido.

Me bajé de él, y mi cuerpo me rogaba que volviera a sus brazos, cada célula de mi ser me apuró a que me bajara las bragas tan rápido como pudiera, y mi corazón me imploraba que volviera a besar esos labios suyos que me tenían poseída de deseo.

Cuando me senté en él lo tomé por completo en mi interior. Me abracé de él con todas mis fuerzas y dejé que mis caderas se movieran por instinto hacia enfrente y hacia atrás.

Él se aferró de mis pompis tan fuerte que pensé que sus dedos me arrancarían la piel de mis nalgas. Había perdido la inhibición que tenía anoche. Estaba poseída por mi lujuria por él, y dejé que mi cuerpo se comportara como tal.

Le miré a los ojos, y estaban brillando con la misma pasión que la mía. Ambos sonreímos en complicidad de nuestra travesura improvisada. Entreabrí mi boca y dejé salir gemido tras gemido, y él no dejaba de morderse los labios y verme con un hambre masculina que añadía a mi excitación.

Cuando al fin exploté, él lo hizo junto conmigo, y ambos nos retorcimos en un orgasmo fortísimo que nos hizo colapsar encima de mi maleta abierta.

—¡Ay ay ay! —exclamó, sentándose de nuevo conmigo todavía en sus piernas.

—¿Estás bien? —pregunté riendo.

—Me encajé uno de tus zapatos en la espalda —dijo con una sonrisa, luego soltó algo entre un suspiro y un gruñido—. Cómo quería arrancarte la ropa y hacerte el amor en desde que me desperté.

—Mmmm —le tomé el cuello por los lados—. ¿Sólo desde entonces?

—Desde entonces... —dijo, besándome la nariz, luego besó mi labio superior— Y, de ahora en adelante, en todos los momentos que se pueda.

Reí como niña chiquita y me abracé de Lucio tan fuerte como pude. —¿De verdad esto está pasando? —dije cerrando mis ojos.

Lucio me abrazó con la misma intensidad que yo a él. Sentí que él no quería dejarme ir nunca y haría todo lo que fuera necesario para que estuviera bien. Nunca en mi vida me había sentido tan a salvo como en sus brazos. A salvo de peligro, y a salvo para ser la persona que siempre quise ser.

—No sé si te lo he dicho —dijo, descansando su barbilla encima de mi hombro—. Pero pienso que lo que estás haciendo es increíblemente valiente.

Sonreí y me separé un poco para verle a los ojos. —¿De verdad piensas eso?

Él asintió, y luego dio un tierno beso. Uno lento, uno que saboreé la textura de sus labios rozando con los míos, uno que el sabor de su lengua fresca penetró por completo mi boca. No quería que aquel beso terminara.

Era... como si nuestras almas se estuvieran acariciando.

Entonces terminó, como todo beso debe terminar. Tocamos nuestras frentes, y yo tenía mis ojos cerrados. Mi corazón estaba bailando de alegría dentro de mi pecho, y cada centímetro de mi piel se estremecía de emoción.

—Pienso que eres una mujer extraordinaria.

De nuevo reí como si hubiese regresado a la edad de cinco años. —Claro que no —dije toda apenada.

Sus manos empezaron de traviesas de nuevo. Las bajó hasta mis nalgas, y las agarró con firmeza pero sin apretarme mucho. Abrí los ojos y vi cómo se lamía el labio y miraba hacia abajo, a mi escote pronunciado y el brasier de encaje que traía puesto.

—No sé si pueda portarme bien contigo, Fer.

Esas palabras... Las había escuchado antes. Mi corazón dejó de bailar pues un puñal emocional le había atravesado. Vino a mi mente como una estampida aquella vez que Pedro me dijo esa misma frase, palabra por palabra, cuando todavía éramos novios, cuando todavía tenía ilusiones de una vida con él.

Cuando todavía no me lastimaba.

Me bajé de encima de Lucio. Tomé mi sien con una mano y puse la otra en mi cadera. —Quizá deba preparar mi maleta para irme —dije—. Renata nos está esperando, ¿no?

Lucio se puso de pie, y me tomó de la cintura. —¿Estás bien?

Le miré a los ojos. Unos ojos distintos a los de Pedro. Unas manos distintas a las de Pedro. Una boca muy distinta a la de Pedro. Me provocaba sentimientos mucho más intensos de los que Pedro me causó cuando me trataba bien.

“¿Pero eso significaba que me dolerá más cuando me lastime?” pensé.

—Tengo miedo —dije.

Lucio sonrió, y me abrazó. —Tranquila —dijo—. Todo estará bien.

Me aferré a él. No me pareció que entendiera a lo que temía. Pero en sus brazos toda inseguridad y miedo desapareció. Quería quedarme en ellos todo el día, toda la vida, para siempre.

Pero, como todo beso, todo abrazo también debe terminar.

Capítulo 14.

LUCIO

Estaba del otro lado del espejo en el cuarto de interrogación viendo cómo Renata trataba de hablar con el tipo que había intentado asesinar a Fernanda.

Su nombre era Jeremy Pérez. Un rufián común y corriente. El típico pandillero con tatuajes en los brazos, bravucón y mal hablado. No era un muchacho recién salido de la preparatoria, era un criminal de carrera.

Ya había visto su historial y los nexos que tenía con Los Perros Bravos. Asalto a mano armada dos veces, robo de automóviles, entre otras. Ese tipo conocía el sistema, y sabía que iba de por vida a la penitenciaría por intento de asesinato.

Renata había quebrantado tipos duros así antes. Y le hubiera sacado la verdad en dos horas, máximo, si su abogado no fuera Rodrigo Riquelme.

Ahí estaba ese pedante hijo de perra, mirando su reloj de miles de dólares y su traje de seda hecho a la medida, con su peinado perfecto como si hubiera contratado a un estilista profesional para peinarle el copete para atrás.

—¿Qué más, detective? —insistió a Renata con el tono típico de alguien que considera su tiempo muchísimo más valioso que el de los demás.

Ese arrogante hijo de puta cómo nos dificultaba casos contra Los Perros Bravos y su gente. Claro, habíamos arrestados algunos miembros, pero todos ellos soldados sacrificables a favor de los que estaban al mando.

Y por supuesto que Jeremy Pérez no iba a echar de cabeza a Santos Almeida.

—No perdamos el tiempo, Jeremy —dijo Renata, sacando del folder las fotos del arma antes de ser recolectada por los forenses—. Vas a la cárcel de por vida. Intento de Asesinato es igual de grave que...

Riquelme extendió su mano hacia ella. —¿En serio? ¿Detective Royce? ¿Va a perder el tiempo de mi cliente dándole una lección de derecho que no necesita? —preguntó con esa actitud pedante que se cargaba— Ya le expliqué a mi cliente los cargos en su contra, no es necesario que se los repita.

Era un pedazo de estiércol bien vestido, debía reconocérselo, y su aspecto pulcro no daba a pensar que aquel licenciado estuviera en la nómina de una pandilla.

—Entonces debería explicarle a su cliente sus... —contestó Renata con una mueca juguetona.

—Lo que le explique a mi cliente queda entre él y yo, detective. No necesitamos sus sugerencias —dijo Riquelme, poniendo su mano encima del hombro del atacante de Fernanda—. Se me hace algo tarde para una junta. ¿Ya terminó de procesar a mi cliente?

—Por supuesto que sí —dijo Renata, abriendo el folder y sacando algunas hojas—. Aunque, aquí tengo un trato por parte del fiscal pasa su cliente que...

—Ahórreselo, detective —dijo Riquelme tomando la hoja sin leerla, arrugándola en una bola, y rodándola hacia Renata—. Mi cliente no está interesado en tratos de ningún tipo.

—¡Intentó matar a una mujer! —exclamó Renata. Me crucé de brazos al mismo tiempo que un escalofrío recorrió mi espalda— ¡Una testigo en una investigación en curso! Es su obligación para su cliente que...

—Entonces hemos terminado aquí —dijo el abogado a su cliente.

—Ya oyó a mi abogado, cerdita —dijo Jeremy Pérez con una mueca confiada.

Fue buena idea que Rana me obligara a quedarme fuera del interrogatorio. Le hubiera roto el hocico a ese infeliz.

—Quizá debería conseguirse otro abogado, señor Pérez —dijo Renata mientras se ponía de pie—. Porque éste sólo quiere verlo tras las rejas.

—Confío en el criterio del abogado —dijo el tipo—. Además, la prisión no está tan mal.

—¿Está dispuesto a pasar el resto de su...?

—¿Es usted sorda o sólo es una incompetente igual que todo el departamento? —dijo Riquelme, apuntando a la puerta— Ya terminó con mi cliente, detective. Procéselo y llévelo a la penitenciaría.

Él se puso de pie mientras Renata abría la puerta y dejaba pasar a los guardias que lo llevarían a las celdas de la estación hasta la tarde, cuando el transporte de prisioneros lo llevará a la cárcel.

—Y si me entero que alguien de esta estación siquiera le susurra a mi cliente sin que yo esté presente... —dijo el abogado en la puerta, luego miró con todo el descaro del mundo hacia el escote de Renata— Bueno, no me he comido la placa de un policía esta semana, y la suya ha de saber divino.

No sé cómo Renata le sonrió antes de que se largara.

Salí del cuarto de interrogación y choqué “por accidente” con él.

—¡Disculpe usted, licenciado! —exclamé, extendiendo una mano para sacudirle ese traje de seda que traía puesto, y con la otra le tiré “por accidente” un refresco que estaba en el escritorio junto a él— ¡Ay, por Dios! ¡Licenciado Riquelme, mire nada más cómo le dejé el pantalón!

—¡Detective Castella! —suspiró el abogado— *Siempre* tan maduro.

—Mándeme la factura de la tintorería, licenciado —dije con una sonrisa—. ¡Es más! Si gusta puedo darle el número de mi sastre. Le hará un traje de seda nuevo. Yo invito.

Riquelme movió su cabeza de lado a lado. —Sería buena idea que ahorrara su dinero, detective Castella. Después de todo ya no tiene a mami y a papi para comprarle lo que quiere.

¡Uy! ¡Cómo quise sonármelo ahí mismo! La noche que hubiera pasado encerrado hubiera valido la pena.

Pero sabía bien qué le dolería más.

—¿Cómo está Karen, licenciado? ¿O ya no se hablan? —pregunté. Sí, aquello le borró la sonrisa del rostro. ¿Él iba a hablar mal de mis papás? Claro que yo le iba a recordar el amorío que tuve con su esposa unos años antes. Yo no la convencí de dejarlo, pero sé que él nunca dejará de pensar que sí.

—Detective —se despidió casi a punto de explotar del coraje.

Volteé y Renata estaba sonriendo. —No necesitaba que me defendieras.

—¡Yo sé! —exclamé— Pero hay que disfrutar los pequeños placeres de la vida.

Los ojos de Rana se abrieron de par en par. —¡No mames! —exclamó, sacando su celular y marcando un número— ¡¿Por qué no me recordaste?!

—¿Recordarte qué?

—¡Mi amor! —exclamó apurada Renata al teléfono— ¡Discúlpame, apenas...! No, mi vida, no lo olvidé. Sabes que me encanta pasar tiempo con... —su semblante pasó a uno de alivio— De verdad, cariño, discúlpame. Mañana en la noche nos vamos las tres al cine, te lo prometo... —giró sus ojos hacia arriba— Claro, mi amor, veremos esa comedia romántica que se estrenó. Te amo.

Colgó el teléfono, sonrió y estiró sus manos hacia arriba. —¿Quién crees que se libró de una cena con la suegra? —dijo alzando las cejas una y otra vez.

—¡Doña Shonda es rechula! —exclamé— ¿Por qué te cae mal?

—¡Intenta pasar todo un día con ella!

—¿Esto quiere decir que me acompañarás con Fernanda? —pregunté con una mueca.

—¡Y verlos a los dos echarse ojitos toda la noche! —exclamó dando brinquitos en su lugar antes de acercarse a mí y acomodarme un manotazo en la espalda— Preferiría comerme un alambre de púas.

Apreté mis labios. —*Podrías* irte a tu casa y dejarme con ella yo solito. —dije tratando de no

sonreír.

Renata me lanzó una mirada que me borró la sonrisa. Me tomó del brazo y me metió al cuarto de observación junto al de interrogación.

—Lucio...

—Fue broma, Rana —dije moviendo la cabeza de lado a lado.

—Te cubrí *hoy y sólo hoy*, Lucio —amenazó—. Me encanta una historia de amor tanto como a cualquier chava, pero lo suyo no debe... ¡No puede continuar!

—Renata, ya te dije que...

—¡Y yo ya te dije que así no lo verá un jurado! —me interrumpió— Por favor, Lucio, hazme caso en esto. Entiendo que te sientes distinto con Fernanda y qué bueno que al fin diste con una chica con la que puedas tratar algo en serio.

—Ahí viene el pero...

—¡No estoy jugando!

Guardé silencio y la miré a los ojos.

—Estás jugando con fuego, Lucio —dijo Renata—. Estás arriesgando tu carrera. Yo sé que a lo mejor te vale madres porque tienes el negocio de tus papás y todo ese dinero que te dejaron, pero eres un gran policía. Carajo, eres el segundo mejor detective que tenemos.

—Tú eres la mejor, ¿verdad?

—¡A huevo que yo soy la mejor!—dijo Renata—. Pero no eches tu carrera a la basura por una calentada.

—¿Calentada? Rana... —dije sacudiendo mi cabeza. Caminé alrededor del cuarto hacia la pared opuesta—. No sé qué me pasa con ella. De verdad, no sé. Nunca me había sentido así con una chica. No fue nomás sacarme la espina y ya. Es algo más, algo...

—Si es así entonces ahí seguirá después de todo esto —dijo Renata—. Pero si no puedes controlarte, quizá deberías considerar dejarle el caso a alguien más.

—¿A quién? —pregunté, repasando en mi cabeza los demás detectives en el departamento. Renata tenía razón: Ella y yo éramos los mejores— ¿A Kensington? ¿A Chávez?

—Son buenos detectives —dijo Renata.

—¿Realmente quieres confiarle esto a alguien más? —exclamé— ¡Es Santos Almeida! Puedo

controlarme con ella, Rana. Te lo prometo.

—No hagas promesas que no puedas cumplir, Lucio. ¡Mírate! Apenas hablas de ella y se te ilumina la cara. O sea, qué bonito para ti, pero qué pésimo momento escogiste para encontrar el amor.

—¿Amor? —pregunté sintiendo el peso de aquella palabra.

—¿Pues de qué otra manera puedes describir lo que estás sintiendo, papanatas? —dijo Renata.

Respiré profundo. —Rana... Sólo llevamos conociéndonos un par de días. Lujuria desenfrenada, de acuerdo, pero ¿cómo va a ser amor?

Renata sonrió e inclinó su cabeza. —Patricia y yo tuvimos sexo en nuestra primera cita, y nos comprometimos a las dos semanas.

—¡Eres una mentirosa! —exclamé— Duraron de novias un año antes de anunciar que se casaban.

—¡Porque queríamos ahorrar y armar un fiestón! —dijo con una sonrisa— Pero sólo nos tomó dos semanas saber que éramos una para la otra... Bueno, a ella. Yo lo supe en cuanto la vi por primera vez.

Me quedé callado unos momentos mirando la sala de interrogación vacía al otro lado del espejo de una vía. —¿Entonces esto es amor?

—Todas las pruebas apuntan a ello —dijo Renata, dándome una palmada en la espalda—. Te entiendo, Lucio. Neta que sí. Pero necesitas dejarla. Si no lo puedes hacer por ti, hazlo por ella.

—¿Por ella?

—Santos Almeida no es alguien que deje cabos sueltos —dijo Renata con toda seriedad—. Aunque lo absuelvan en un juicio él tiene que mantener una reputación.

Mi sangre se heló en ese momento. No había pensado en ello. Santos Almeida ya había mandado alguien a matarla, y no tardaría en mandar a alguien a intentar de nuevo.

Quizá él vendría en persona, y si el caso se viene abajo no tendríamos motivos legales para mantenerla en vigilancia.

Respiré profundo, pero ello no ayudó a deshacer el nudo en mi garganta. Renata tenía razón.

Debía poner un alto a mi relación con Fernanda.

—Está bien, Rana —dije cruzándome de brazos—. Sólo... dame esta noche.

Ella suspiró y puso sus manos en mis hombros. —Que no pase de esta noche.

Capítulo 15.

FERNANDA

Me estremecí con la corriente fría que salía de la cocina y daba vuelta justo donde estaba sentada. Miré a mi alrededor y suspiré luego de darle otro vistazo a la nueva casa segura.

No era un lugar feo. Caray, el cuartito que había rentado cuando el banco se adueñó de la casa que había comprado con Pedro era muchísimo más feo e incómodo. Claro, tampoco tenía los lujos del cuarto de la noche anterior. Suspiré otra vez y vi la sala vacía mientras un relámpago alumbró afuera anunciando la llegada de lluvia.

Imaginé el calor del cuerpo de Lucio mientras me envolvía en sus brazos al ver por aquella ventana el agua golpear contra la ventana. Regresé mi atención al libro de psicología infantil que tenía abierto en aquella mesa de comedor, y sonreí al ver la foto de un niño jugando con su papá. Recargué mi codo en la mesa, luego mi mentón en mi mano, e imaginé cómo luciría un hijo de Lucio y mío.

Sacudí mi cabeza y suspiré. —Fernanda, apenas se están conociendo y ya piensas en tener un hijo suyo —me dije a mí misma.

Pensé en la posibilidad. Puse mi mano encima de mi vientre y recordé que Lucio terminó dentro de mí en ambas ocasiones que tuvimos relaciones. Estaba al corriente con mis inyecciones anticonceptivas, por lo que la posibilidad de estar embarazada de Lucio era mínima.

Pero igual al imaginarlo no me preocupé. Por lo poco que conocía de él estaba convencida que no me abandonaría a mi suerte. Él parecía ser un hombre honrado, que no me permitiría cargar con la responsabilidad yo sola.

—¿Quizá hasta se casaría conmigo? —dije, y mi sonrisa se amplió.

¡Uff! Se vería increíble en un smoking. Yo en definitiva no volvería a usar uno de esos vestidos acampanados. Ya había vivido una boda con esa cosa y no volvería a pasar por ello. Son incómodos, abultados, y un lío para quitarse. No, si me volvía a casar usaría un vestido simple, elegante, blanco y liso.

—Bueno, a lo mejor blanco no —me dije— ¿Quizá azul?

Tocaron a la puerta, y pegué un grito pues me sacó de mi trance.

—Soy yo, cariño —llamaron desde la entrada. Era Lucio.

Mi corazón se aceleró como nunca, y corrí a toda velocidad hacia la puerta. Cuando la abrí ahí

estaba, con una caja de pizza en una mano y un six-pack de cervezas en la otra.

—Supuse que tendrías... —dijo.

Pero no le permití continuar. Le planté un beso urgido que él me correspondió por unos momentos.

—Me quemo —dijo tratando de alejar sin éxito sus labios de los míos—, me quemo.

—Mmmm sí, papi, estás que ardes —dije entre risas y descansando mis manos en su pecho.

Él rio y me apuró a entrar. Al pasar el umbral pasó junto a mí corriendo y dejó la pizza en la mesa. Solté una risa apenada al cerrar la puerta y verle soplar en la mano.

—Lo siento —dije agachando la mirada un momento, luego no resistí el tirón de mi atracción a él. Cuando lo tenía a la vista mi cuerpo me rogaba estar tan cerca de él como podía.

Me acerqué y me tomó de la cintura para luego besarnos con toda la calma del mundo.

—Te extrañé —le susurré, deslizando mis dedos entre los botones de su camisa.

—Y yo a ti, cariño —dijo.

Cerré mis puños tomando algo de la tela de su camisa en mis manos, y tiré de ellos mientras gruñía. —¿Qué me hiciste que me pongo así cuando estás cerca? —dije tratando de recuperar el aliento.

—Lo mismo me pregunto yo, Fer —dijo Lucio, dándome un tierno besito en mi cuello que me erizó la piel y me hizo considerar levantarme la falda otra vez.

Abrí la caja de pizza y vi aceitunas negras y pimientos entre los ingredientes. —¡Qué rico! —exclamé antes de tomar una rebanada y sentarme en la mesa.

—¿Estabas estudiando?

—No quiero atrasarme mucho —dije con la boca llena. Me puse toda roja, me cubrí el rostro y mastiqué tan rápido como pude antes de tragar—. Lo siento, pero ya tenía hambre.

Él sonrió. —No te preocupes —dijo Lucio, sentándose a mi lado—. Parecías ardillita con la boca llena hace un momento. Lucías divina.

—¡Eres horrible! —exclamé, dándole un manotazo juguetón en el brazo.

Dejé mi mano encima de su brazo, y una calidez en mi corazón explotó y abarcó todo mi ser. Le miré a los ojos y él ya estaba viéndome a los míos. Tomé otra rebanada y comí sin quitarle la mirada de encima.

Parecía algo preocupado. Estaba igual de sonriente, pero algo en mí me decía que traía algo en la cabeza que le inquietaba.

—¿Estás bien? —pregunté.

Él bajó la cabeza. —Estoy embrujado —dijo entre risas—. No puedo dejar de pensar en ti, y mira que podría meterme en serios problemas por involucrarme contigo.

Se me hizo un nudo en la garganta y mi pecho se contrajo por dentro, ahogándome el corazón. —¿Qué estamos haciendo, Lucio? —pregunté. Lucio bajó la mirada y recargó sus codos en la mesa— Tú estás arriesgando tu carrera. No quiero que por estar conmigo...

Él extendió su mano y me tomó de la mejilla con una ternura que me hizo guardar silencio para poder disfrutar su tacto en mi piel. —Estoy contigo por decisión mía, cariño.

—Pero no es correcto —dije.

—¿Quieres que nos detengamos? —preguntó.

Suspiré. —No —contesté con todo mi corazón—. No quiero.

Me levanté de un brinco y caminé al otro lado de la mesa. Metí mis manos entre mis cabellos y las deslicé detrás de mi cabeza. —Nunca me había sentido así, Lucio —dije sacudiendo mi cabeza y sonriendo—. Contigo me siento... Liberada. Como si pudiera ser quien quiero ser, hacer lo que quiero hacer —me recargué en el respaldo de una silla—. Me da miedo que esto sea una ilusión.

—No lo es, Fer —dijo Lucio, recargándose en su silla.

—¿De verdad? —insistí— Lucio, soy una mujer adulta. Lo de anoche fue increíble, y lo de la tarde también... —respiré profundo y exhalé un gemido— Te deseo tanto, Lucio. No me había sentido así nunca, y puedo soportar que esto haya sido sólo eso: Dos adultos que se gustaron y se dejaron llevar un par de veces...

—Fernanda, esto no...

—Pero no puedo evitar ilusionarme, Lucio. Sé honesto aquí, ahora. Te estoy dando una salida, ahora que todavía puedo aguantarlo.

—Fer, no quiero una...

—Pero si no tomas esa salida necesito saber que no me harás daño —dije con tanta decisión como pude—. Ya he ido por ese camino y no quiero que juegues al amor conmigo. Si vamos a...

Le noté sonriendo y bajando la cabeza. —Lucio, no estoy jugando.

—Lo sé, Fer —dijo, alzando la mirada y derritiéndome con esa sonrisa traviesa suya—. Esto no es un juego para mí.

Me quedé mirándolo unos momentos. Lo noté tenso, incómodo.

—Sabes... —dijo al fin, poniéndose de pie y mirando hacia la ventana— Mis papás siempre me criticaron que no encontrara una mujer con quien sentar cabeza —volteó a verme—. “Al rato, no tengo prisa, soy joven,” me dije todas esas cosas tantas veces que me las empecé a creer. Nadie nunca piensa que el tiempo se le acabara —bajó la mirada, y me pareció que comenzaba a rompérsele la voz—. Nunca lo piensas hasta que pierdes a alguien.

Me bamboleé de lado a lado. Quería decirle algo. ¿Pero qué podía decirle?

—¿Sabes qué fue lo último que me dijo mi papá? —dijo al alzar la mirada. Sus ojos estaban brillosos, a punto de soltar lágrimas— Encuentra a una buena chica con quien compartir tu vida, hijo. Nada importa si no tienes con quién compartirlo.

—Lucio...

Sonrió y se talló los ojos. —Pero olvidó decirme lo difícil que sería encontrar a la mujer perfecta. Él y mi madre lo hacían ver tan fácil. ¡Vieras cómo discutían! Pero siempre encontraban la forma de contentarse. Se notaba que tenían esa misma chispa que cuando se enamoraron.

Lucio caminó a mí, y me tomó la mano. —Quiero eso para mí, Fernanda.

—Y mereces eso, Lucio —dije, víctima del contagio de su emoción. Mis ojos se humedecieron, y mi garganta me dificultó hablar—. Yo también quiero encontrar felicidad en mi vida. No sé cómo pude aguantar cinco años casada con un hombre que me despreciaba, que me ignoraba, que sólo me usaba cuando necesitaba que le cocinaran, o le lavaran, o... —se me apretó la garganta. Miré a un lado y recordé aquella ocasión en que encontré en los pantalones de Pedro una billetera que no era suya.

Tomé un respiro, cerré mis ojos un instante, y luego vi a Lucio a los ojos. —Me prometí que no volvería a ponerme en una situación donde podría salir lastimada de nuevo —alcé mis manos a los lados — ¡Y mírame! Aquí estoy otra vez.

Lucio pasó su mano encima de mi mejilla. —Yo nunca te lastimaré.

—¿De verdad? —pregunté, presionando mi mejilla contra su palma— ¿Y por qué siento que estoy en una situación así contigo?

—Cariño...

—¿Por qué siento que estás a punto de romperme el corazón?

—Jamás haría eso.

Sonreí. —¿Puedes prometérmelo?

Él presionó su frente contra la mía, y yo me acurruqué en sus brazos. Me apretó fuerte, como si no quisiera soltarme nunca. Le rodeé de la espalda con mis manos y le abracé con todas mis fuerzas.

—Lo siento —le dije con mi voz quebrantada—. No quería arruinar el rato.

Le sentí reír un poco. —No tienes nada de qué disculparte, Fer —dijo, pasando una mano a mi nuca y sobándome la base del cráneo—. Tus miedos son justificados.

—Ya no quiero que hablemos de esto, Lucio —dije—. Hoy no.

Le escuché suspirar. —Como tú digas, cariño —dijo.

Me tomó la mano y nos fuimos al sillón. Me senté a su lado mientras él encendía el televisor. No puse atención a lo que había puesto. Sólo recargué mi cabeza en su hombro y me quedé viendo la lluvia en la ventana mientras él deslizaba sus dedos detrás y arriba de mi oreja entre mi cabello.

No supe en qué momento me quedé dormida.

Capítulo 16.

LUCIO

Desperté de golpe cuando escuche el timbre de mi celular dentro del bolsillo de mi pantalón. Traté de levantarme pero el peso de Fernanda en mi hombro me lo impidió.

—Cariño —le hablé, acariciándole el rostro.

—¿Qué pasa? —preguntó sin abrir los ojos. Tan bella.

Cuando levantó la cabeza me puse de pie y saqué el celular de mi pantalón. Vi el identificador de llamadas. Era un número que no reconocí.

Noté la hora. Las tres de la mañana. “¿*Quién chingados habla a esta hora?*” pensé.

—¿Sí, bueno? —contesté extrañado.

—Lucio, habla el Jefe de Detectives Pineda.

De pronto el sueño que tenía desapareció. Me paré tan derecho como pude y levanté el mentón, como si estuviera ahí mismo en la habitación juzgando mi porte.

—¡Jefe Pineda! ¡Buenas noches! —recordé la hora— Digo, buenos días, señor.

—Lucio... —su tono me indicó que estaba por darme malas noticias. Miré a Fernanda y ella estaba inclinada hacia enfrente y mirándome a la cara—. Hubo un incidente con Renata Royce.

—¿Un incidente?

El jefe exhaló fuerte al teléfono. —Alguien la atacó en su casa anoche.

El tiempo se detuvo. Mi garganta se cerró y mi mente se puso en blanco, incapaz de procesar lo que acababa de escuchar.

—Su esposa llegó junto con su madre y la encontraron ensangrentada en su sala hace unas horas.

Mis piernas perdieron fuerza, y mi estómago se retorció. Me dejé caer de sentón en el sillón, y mantuve mi boca cubierta.

—¿Qué pasa? —susurró Fernanda, poniendo su mano encima de mi muslo y apretándolo.

—¿Está... viva? —pregunté haciendo m mejor esfuerzo por que mi voz no se rompiera.

—Está en cirugía —dijo el jefe Pineda—. Está muy mal. Los doctores están haciendo lo mejor que

pueden.

Sacudí mi cabeza y pasé mi mano libre por mi cabeza. Me puse de pie y tiré de mi cabello mientras caminaba en círculos alrededor del sofá donde estaba sentado.

Algo dijo el jefe pero mi mente no procesó nada de lo que decía. Repasé en mi mente los casos que estábamos trabajando, y de todos ellos sólo un sospechoso vino a mi mente que sería capaz de algo así.

—Fue Almeida, señor —interrumpí al jefe Pineda.

—¿Disculpa?

—Renata y yo estamos investigándolo por el asesinato de Daniel Gómez —dije, mi voz llena de enojo—. De todos los sospechosos de los casos que estamos trabajando es el único con los medios, el motivo, y los huevos para hacer algo así.

—Estoy al tanto de su investigación, Lucio —dijo—. Tengo entendido que tienen un testigo en protección. Necesito que se comunique con la patrulla que la vigila y compruebe que está bien.

Miré a Fernanda y se me hundió el corazón. —Se encuentra bien, señor —dije—. Relevé a la patrulla hace unas horas. He estado aquí con ella.

—Perfecto —dijo—. Su ubicación podría estar comprometida. Necesito que la traiga a la estación y...

—Con todo respeto, señor —le interrumpí—, Renata habría muerto antes que darle su ubicación a ese hijo de puta.

—*Detective*, fue una orden.

—Señor —insistí, alzando mi puño cerrado frente a mi rostro—. Almeida puede tener gente comprada en el departamento. Si él no, sus empleadores sí. Llevarla a la estación sería un riesgo.

El jefe guardó silencio unos momentos. Me apoyé en el respaldo del sofá y sentí la mirada fija de Fernanda en mí. Veía en sus ojos su deseo de saber lo que estaba pasando.

—Entiendo tu argumento, Lucio —dijo el jefe, casi como un susurro—. De todos modos no pueden quedarse donde están. Necesitas llevarla a un lugar seguro.

Asentí, y luego quité mi mirada de Fernanda y la dirigí a la puerta. —Señor, usted tiene el rango para solicitar una nueva casa segura sin necesidad de meter papeleo.

—Solicitaré una y le mandaré por mensaje la dirección. Mandaré a hombres de confianza para que le releven. Sólo nosotros sabremos dónde está.

—Sí, señor —dije.

—Alguien aquí quiere hablar con usted —dijo el jefe.

Ni un segundo después escuché la voz profunda y quebrada de Patricia. —¿Lucio?

Mi semblante se derrumbó en cuanto escuché su voz. —Paty... yo...

—No te atrevas —me ordenó—. Renata no querría que te pusieras así.

—Pero... Paty, yo...

—Haz tu trabajo, Lucio —dijo casi sin aire, aguantándose las lágrimas, palabra por palabra—.

Asegúrate que cuando atrapemos a ese hijo de puta tengamos lo necesario para meterlo a un hoyo por el resto de su asquerosa vida.

Miré hacia el techo. Tomó todas mis fuerzas para parar el temblor de mi mentón y evitar que salieran más lágrimas de mis ojos. —Lo atraparé, Paty.

Colgué la llamada. No podía tolerar otro minuto escuchándola. El tiempo se detuvo para mí. Pasaban cientos... no, miles de pensamientos por mi cabeza, todos de Renata luchando por su vida contra ese animal de Almeida, y perdiendo.

Un roce de calor me sacó de mi trance. Fernanda me había tomado el antebrazo con ambas manos y lo apretó.

Quitó mi brazo de un suave braceo hacia enfrente, y caminé hasta la puerta de la casa segura, di la media vuelta, y recargué mi espalda contra ella.

—Debemos irnos —dije—. Junta tus cosas.

—Lucio... ¿qué pasó? —preguntó Fernanda abrazándose los brazos.

Otra vez regresaron las lágrimas. Otra vez regresó el temblor de mi mentón. —Renata... está en el hospital —me esforcé en decir.

—¡Dios mío! —exclamó. Vino hacia mí, y trató de abrazarme.

Pero la detuve poniendo mi mano abierta hacia enfrente, y luego apunté a su rostro con mi índice. —Debemos irnos —dije, mi voz entrecortándose—. Junta tus cosas.

—Lucios, lo sie... —dijo, tratando de abrazarme de nuevo.

—¡Que juntes tus chingadas cosas! —grité a todo pulmón y volteándola a ver.

Fernanda caminó hacia atrás hasta que topó su espalda con la pared, asustada.

Nos miramos unos instantes a los ojos. Ella estaba aterrada por mi reacción, pero era tanta mi rabia en ese momento que no había lugar en mí para preocuparme por sus sentimientos. Ella se alejó casi corriendo hacia la habitación.

Cuando lo hizo me asomé por la ventana. Vi dos... No, tres autos estacionados en la calle a un par de casas. La maldita lluvia golpeando la ventana no me dejaba ver con seguridad si había gente en esos coches o no.

Lo bueno era que estaban todos a la derecha de la casa, así que tendría los tres a la vista en caso que alguno de ellos trajera gente.

Saqué mi arma, jalé la corredera, y esperé mirando por la ventana mientras Fernanda terminaba de empacar.

Vinieron a mí una vez más esos pensamientos de Renata luchando por su vida, y no pude más que pensar en una sola cosa: *“Esto es culpa mía.”*

—Estoy lista —dijo Fernanda. Volteé y la vi con su maleta en la mano.

—Vámonos —le dije mientras iba a la puerta. Apunté mi arma hacia abajo y abrí la puerta despacio, cuidándome que no hubiera nadie en el acceso para el coche.

Salí despacio de la casa con mi arma lista para apuntar y disparar al menor movimiento. Cuando bajé las escaleras del pórtico y quedé convencido que no había nadie, le señalé a Fernanda que saliera.

—Súbete al coche rápido —le ordené mientras abría la puerta de conductor sin dejar de mirar hacia la calle vacía y presionaba el botón para abrir los seguros de las puertas.

Era un vecindario tranquilo, y no vi nada amenazante. Le puse el seguro a mi arma y la enfundé antes de meterme rápido al auto, encenderlo, y salir a toda velocidad de ahí.

No había un sólo coche en el camino hacia la autopista. Era de madrugada, después de todo, y luego de varios minutos disminuyó mi sentido de urgencia. Al fin pude respirar, y asimilar lo que estaba pasando.

Nos detuvimos en el semáforo antes de subir a la autopista. La lluvia caía a cántaros. Los limpiaparabrisas rechinaban al pasar encima del vidrio. Tenía el rostro empapado, y pude pasarme mi mano encima de mi rostro para quitarme el agua en exceso.

Junto con ellas me llevé las lágrimas que mi piel mojada alcanzaba a ocultar.

—No debería haber estado aquí solo —dije, apretando mi agarre del volante.

—¿Qué? —preguntó Fernanda. Casi había olvidado que estaba junto a mí, abrazándose de su

pequeña maleta.

—Yo... Yo quería estar contigo a solas —dije.

Otra vez mi quijada tembló por el esfuerzo de no soltarme en llanto, pero no sirvió de mucho pues se dejaron venir las lágrimas de nuevo—. Le pedí a Rana que no viniera conmigo para...

—Lucio —dijo Fernanda, tomando mi brazo encima de la palanca de velocidades—. Esto no fue tu culpa.

¿Por qué la gente piensa que decir “no es tu culpa” es algo que ayuda a una situación? Escuchar esas palabras sólo me hizo sentir peor.

—Ella me dijo una y otra vez que era demasiado quisquilloso con las mujeres... —dije, esforzando una sonrisa—. ¿Sabías que no quise volver a salir con una chica nomás porque sus pecas se le notaban mucho? Ella tenía razón, como siempre tiene razón —miré a Fernanda, y me llené de un coraje fulminante—. Pero ahora que ignoré el minúsculo detalle que eres una testigo importante en mi caso, ella termina en el hospital.

—¿Qué estás diciendo? —exclamó Fernanda— ¿Dices que esto es mi culpa?

—¡No! —grité, girando la cabeza hacia enfrente—. Es la mía... Si hubiera... Si... No debí involucrarme contigo... No...

—Lucio, sé que estás enojado, pero... —dijo con voz quebradiza.

—Se acabó, Fernanda —dije.

—¿Qué?

El semáforo cambió a verde, pero no avancé. Volteé a ver a Fernanda a los ojos, y casi podía jurar que vi su alma quebrándose a través de ellos. —Eres parte importante en el caso contra Almeida —dije despacio—. Si sale a la luz que tú y yo nos involucramos tu testimonio podría no servir de nada... Y Renata habría terminado en el hospital por nada.

—¿Involucrarnos? —dijo Fernanda, asintiendo— Ya veo.

—Fer... —le dije. Traté de tomarle la mano cuando vi la piel en su mentón arrugarse y sus labios apretarse, señalando que estaba esforzándose por no llorar—. Lo sien...

—Está en verde —dijo, inclinando la cabeza hacia enfrente, y luego volvió la vista hacia su ventana—. Maneje... detective Castella.

La forma en que lo dijo impactó en lo más profundo de mi ser.

—Sí... señorita Ontiveros.

Pisé el acelerador y manejamos el resto del camino en silencio. Ni la radio prendí. Volteé a ver a Fernanda varias veces en el camino, pero en ningún momento que yo me diera cuenta desvió la mirada de su ventana.

Fue la manejada más larga de mi vida.

Capítulo 17.

FERNANDA

Ni siquiera me di cuenta que había estacionado el coche. No le dirigí la palabra en todo el camino. ¿Qué podía decirle? ¿Rogarle que cambiara de opinión? Al carajo, yo tenía razón sobre él.

Pedro me lastimó, y me dolió muchísimo cuando terminamos. Pero el que Lucio me haya desechado como una cualquiera, como si fuera sólo una tipeja que podía hacer a un lado ahora que las cosas no pintaban bien, me dolió más que cualquier otra cosa en mi vida.

Él salió del auto y me abrió la puerta. Me extendió la mano para ayudarme a bajar pero le ignoré y bajé sin ayuda.

Miré la casa a la que habíamos llegado. Era un condominio de dos pisos, y seguí a Lucio hasta la puerta del de abajo. La lluvia se había calmado, pero estaba más frío. Aunque había echado casi todo mi cabello detrás de mi chamarra un par de gotas se alcanzaron a meter debajo de mi nuca y bajaron por mi espalda.

Mis piernas estaban heladas. Necesitaba quitarme esa estúpida falda.

Lucio presionó el botón del timbre, y a los pocos segundos abrió la puerta un joven oficial uniformado.

—¿Dígame? —preguntó.

Lucio sacó su placa y la mostró al oficial. —Detective Castella —dijo—. El jefe Pineda me mandó a esta dirección.

“Conque eso había sido el mensaje que recibió mientras manejaba,” pensé.

El oficial me miró, y luego se hizo a un lado para permitirnos pasar.

—¿Está al tanto de la situación, oficial?

—Sí, señor —dijo el oficial.

Lucio asintió. —¿La habitación? —el oficial apuntó hacia un pequeño pasillo pasando una mesita y una cocineta.

Caminé hacia allá sin esperar la indicación de Lucio. Claro que me siguió hasta la recámara. Entré y dejé caer mi maleta en el suelo junto a ella, luego fui hacia la ventana y me quedé viendo la sombra de las gotas de lluvia proyectadas en el material de las persianas cerradas mientras me quitaba el abrigo y

lo dejaba en la silla que había junto a la ventana.

—Estarás a salvo aquí —dijo Lucio. Era tan surreal escucharlo tan serio, tan... tajante.

Crucé mis brazos, y respiré profundo. Cada instante que estaba en su presencia era agónico. Quería rogarle que cambiara de opinión, que no termináramos así.

Pero no lo hice. Me enfoqué en una pequeña gota que se deslizó despacio en zigzag desde el extremo superior de la ventana hacia el centro del vidrio, para luego ser borrada de la existencia por una gota aún más grande que se estrelló contra ella.

—Fernanda —me llamó. Iba a voltear, pero sabía que si miraba a sus ojos me desmoronaría.

—Ya vete, ¿sí? —le dije, abrazándome los brazos con todas mis fuerzas.

Ni un perdón, ni un discúlpame, ni nada de eso. Sólo escuché la puerta cerrarse. Mis labios se contorsionaron antes que los abriera para dejar salir un sollozo.

Cubrí mi boca. No quería que me escucharan, pero vino otro sollozo que no pude contener. Hice mi mejor esfuerzo por no deshacerme en llanto pero fui incapaz de hacerlo.

Me recargué contra el muro junto a la venta y luego apoyé mi espalda en la pared antes de dejarme caer en el suelo de sentón. Me abracé las rodillas, apoyé mi cabeza en mis brazos, y dejé salir el río de lágrimas que me esforzaba por contener.

Cerré mis ojos con todas mis fuerzas, y vinieron a mi mente los besos que compartí con Lucio, en el recuerdo de nuestra noche juntos, en su mirada, en la ilusión que me hice.

“Debí saberlo,” pensé. *“¿Por qué sólo me enamoro de quienes me lastiman?”*

Un poderoso trueno retumbó las ventanas. Di un brinquito en mi lugar y me abracé con todas mis fuerzas de mis rodillas. El muro en el que estaba recargada era como una losa de hielo, pero no encontré fuerzas para ponerme de pie.

Al menos no por unos minutos.

Tocaron a la puerta, pero estaba tan sumergida en mi miseria que apenas alcancé a escuchar.

—¿Se le ofrece algo, señorita? —preguntó el oficial detrás de la puerta.

Inhalé como pude, y luego levanté la mirada. —Estoy bien, gracias —pude decir sin que se me oyera que estaba llorando, o al menos así lo pensé. Además, ¿qué podría querer a esa hora de la madrugada?

Me levanté y me dejé caer en la cama boca abajo. Tomé una de las almohadas y me abracé de ella, buscando reconfortarme en un saco de algodón en lugar de un hombre que comenzaba a amar.

O quizá ya lo amaba.

Me enrosqué en la cama, tomando una posición fetal, y cerré mis ojos. No sé en qué momento me quedé dormida, pero cuando escuché mi celular y abrí los ojos ya había algo de luz atravesando las persianas del cuarto.

Rodé sobre mi espalda y me quedé viendo el techo unos instantes antes de escuchar un segundo timbre de mi celular. Me sobé los párpados, exhausta. Si había dormido no había descansado nada.

Estiré mi mano hacia mi abrigo que se había caído al suelo del respaldo de la silla donde lo puse. Cuando vi el identificador de llamadas de mi celular sonreí aliviada.

Era Claudia.

—Clau —dije al mismo tiempo que me acostaba boca arriba en la cama y sonreía—. Sé que no deberías hablarme pero qué bueno que...

—Lo lamento, señorita Ontiveros —dijo una voz profunda y grave que me espantó el sueño y me hizo temblar—. Pero Claudia no está disponible para platicar con usted.

Me senté en la orilla de la cama. —¿Quién habla?

No contestó. Sólo escuchaba una respiración tranquila al otro lado de la línea.

—Trate de adivinar quién podría ser, señorita —al fin dijo.

Sólo un nombre vino a mi mente, y de pronto no fui capaz de respirar.

—¿San... Santos Almeida? —pregunté con voz temblorosa.

—Muy bien, señorita Ontiveros —dijo como si estuviera burlándose de mí—. Adivinó a la primera. Quizá sí sea inteligente después de todo. Tenía mis dudas, pues, ¿por qué otra razón alguien de su vecindario le diría algo de mí a la policía?

Imaginé ese rostro de mirada fría observándome mientras me hablaba. Me sentí pequeña, inofensiva, y eso que sólo lo tenía al teléfono. Lo poco que sabía de él me hizo llegar a una conclusión: él era un monstruo, y su voz era la apropiada para un monstruo.

—Espera —dije, cayendo en cuenta de algo— ¿Por qué estás llamándome del teléfono de Claudia?

Él rio. —Ande, use esa inteligencia y esa boquita chismosa con la que me delató con la policía. Trate de adivinar por qué habría de tener en mi poder el celular de su compañera de cuarto.

Me quedé callada unos momentos. Imaginé lo peor.

—Déjeme darle una pista —dijo, y entonces escuché un grito en el fondo, seguido de un llanto y

súplicas.

—¡Déjela! —exclamé, haciéndome la valiente.

—Baje la voz, Fernanda —dijo Santos— ¿Me permite llamarle Fernanda?

—Si le hace daño...

Santos explotó en una carcajada. Me senté y temblé al caer en cuenta de lo que podría hacerle a Claudia.

—¡Y la perra muestra los dientes y gruñe! —exclamó— ¿Qué hará, Fernanda? Sorpréndame con una amenaza que me haga retorcer de miedo y decida dejar ir a su amiga en lugar de arriesgarme a enfrentar su ira.

Apreté mis dientes y cerré el puño de mi otra mano.

—Eso es —dijo—. Calladita se ve más bonita... Y usted es muy bonita.

Tocaron a la puerta. Pegué un brinco y grité al mismo tiempo que miraba hacia la entrada a la habitación.

—¿Está todo bien, señorita? —preguntó el oficial.

—Deshágase del cerdo o esta llamada y la vida de su amiga termina —dijo Santos.

Respiré profundo. —¡Estoy bien! —grité.

Vi la perilla del cuarto girar. Me levanté y corrí hacia la puerta, embistiéndola con el hombro. —¡No entre! ¡Estoy desnuda!

—Lo siento, señorita —dijo el oficial. Escuché sus pisadas al alejarse de la puerta. Caminé hacia la cama de nuevo y apreté con fuerza el celular en mi mano junto a mi oído.

—Ya se fue —dije entre dientes.

—Estoy viendo una foto suya que tiene su amiga en su celular —dijo Santos—. Discúlpeme, pero no pude evitar imaginarla desnuda cuando le...

—¿Qué quieres? —le interrumpí.

—La quiero a usted, Fernanda —dijo. Una bola en mi garganta me impidió respirar, y creí que vomitaría en ese momento—. Su amiga Claudia es muy guapa pero... Bueno, me oiré muy racista, pero no me gustan las negras. Cosa curiosa siendo que soy moreno, pero ¿qué se puede hacer? A uno le gustan las cosas que a uno le gustan.

Dejó de hablar, y pude respirar. Cada palabra que salía del teléfono me helaba la piel. Escuchaba en

el fondo los sollozos de Claudia. Traté de no imaginar lo que le había hecho pero no podía evitarlo. Quizá tenía un arma apuntada a su cabeza, o un cuchillo tocándole el cuello.

—Nonono, señorita Ontiveros —dijo Santos, casi como un susurro—. A mí me gustan güeritas, de ojos azules, tímidas, y sobre todas las cosas, *calladitas y obedientes*.

Empecé a llorar. Podía imaginar a dónde iba su conversación.

—La quiero a usted, Fernanda, para mí solito —dijo, y escuché a Claudia sobresaltarse en el fondo—. Para lo que yo quiera.

Respiré profundo, pero ni así podía evitar temblar de miedo. —Si me da su palabra...

—¡No tengo que darle nada! —gritó, y yo casi suelto el celular— Ya le dije cómo quiero a mis mujeres: *Calladitas, y obedientes*. Así que cállese la chingada boca y ponga atención.

Cerré mi otro puño y lo presioné contra mi boca. Estaba temblando, tuve que sentarme de nuevo en la cama, y me mareé tanto que pensé me desmayaría. Tomó todas mis fuerzas para que eso no pasara.

—Irá al motel La Villa de Oro. Habitación quince. Y si usted es una niña calladita, obediente, y complaciente, *puede* que deje ir a su amiga. De lo contrario le *garantizo* que encontrarán a su amiga con la garganta abierta colgando de un árbol frente a la estación de policía.

Estallé en llanto. —Por favor no...

—Y si a usted se le ocurre decirle algo a la policía entonces no sólo aparecerá su cuerpo degollado —otro grito de Claudia, balbuceando algo que no alcancé a entender—. Aparecerá golpeado... —otro grito de Claudia— Violado... —un grito más— Y destripado.

Estaba a punto de desmayarme.

—Estarán buscando pedazos de su amiga por toda la ciudad.

—No diré nada —logré decir—. Pero la casa está vigilada, no puedo...

—Fernanda, usted es una mujer inteligente y una buena amiga —dijo con tono burlón—. Piense en algo.

Cuando escuché el clic de la llamada colgarse salí corriendo al baño a vomitar. Me abracé de la taza del baño y meforcé a mí misma a respirar. Me arrastré a la pared más cercana a mí y recargué mi espalda contra ella.

—No, Claudia —me dije a mí misma, llorando sin control. Miré mi celular y estuve a punto de marcarle a Lucio.

Pero las palabras de Santos resonaron en mi cabeza. Bajé mi celular e hice mi mejor esfuerzo por tranquilizarme.

Y yo que pensaba que Lucio podría protegerme a mí, a la gente que amo. Vaya que estaba equivocada. Suspiré luego de ponerme de pie. Me apoyé en el lavabo y me miré al espejo.

—Necesito salir de aquí —me dije a mi misma.

Capítulo 18.

LUCIO

“Y así de rápido terminó,” pensé.

—Es lo correcto —me dije cada que vino a mi mente el recuerdo de Fernanda, de sus besos, de su calidez, su ternura, todo aquello que me encantó de ella.

Pero tenía un deber, y aquello me exigía poner tras las rejas a monstruos como Santos Almeida.

Me había trepado a la autopista y duré un buen rato manejando alrededor de la ciudad. Manejar me tranquilizaba mucho. Me ayudaba a pensar, a poner mis pensamientos en orden.

Pero cuando clareó en el oriente miré mi medidor de gasolina y caí en cuenta que necesitaba recargar. Bajé de la autopista y vi que estaba en el centro de la ciudad, cerca del Hospital General, donde tenían internada a Renata.

También donde trabajaba Fernanda. Chingado destino y su cruel sentido del humor.

Llegué a una gasolinera y miré en dirección del hospital mientras me llenaban el tanque. Pensé en irme a cambiar y a bañar pero necesitaba saber si mi compañera estaba bien.

Me tallé los ojos. También necesitaba dormir un poco, pero temí que en mis sueños me atormentaría el arrepentimiento por haberle hablado así a Fernanda.

—Ella no merecía eso —dije para mí.

Me lavé la cara en el baño de la gasolinera y en el camino me puse un poco de loción que traía en la guantera.

Cuando entré al estacionamiento del hospital no me sorprendió para nada ver tanta patrulla en el estacionamiento, incluido el transporte del SWAT.

Al salir de mi coche vi la esquina que daba hacia el Café Castella donde había tenido mi entrevista con Fernanda, y cómo en aquella esquina estuve tan tentado en darle un beso.

Sacudí mi cabeza y regresé mi atención al hospital. Entré y fui directo a la sala de espera. Estaba lleno de viejos compañeros de Renata en Narcóticos, algunos conocidos que teníamos en común en nuestra estación, y la unidad SWAT de Paty.

Algunos me estrecharon la mano al pasar junto a ellos rumbo a la puerta que daba hacia los cuartos de Cuidados Intensivos. Cerca de aquella puerta vi la imponente figura del jefe Pineda.

Era el policía más alto de todo el departamento. Delgado, de cabeza rasurada, y un rostro adecuado para alguien que debía ladrarle órdenes a quienes se les pagaba por pensar e investigar. Había atrapado a un famoso asesino serial muchos años antes que yo entrara a la fuerza. Era el ejemplo a seguir de muchos investigadores, incluido yo.

Traía su uniforme, como casi siempre lo traía. Al verme le encargó su sombrero a un oficial junto a él y se acercó a mí.

—¿Quedó todo? —preguntó a mi oído.

—Sí, señor —contesté.

Puso su mano en mi hombro. —Renata estará bien. Ya despertó.

El jefe me quitó una tonelada de encima con aquella noticia. Mis rodillas se debilitaron, por lo que debí recargarme en el muro junto a mí para no caerme.

—Gracias a Dios —dije con una sonrisa.

—El fiscal estuvo presente cuando hablé con ella —dijo el jefe, cruzándose de brazos—. Ella identificó a Santos Almeida como su atacante. Ya tengo la orden firmada por un juez en el sistema.

—¡Eso es... excelente! —exclamé— Si no le molesta, señor, quisiera...

El jefe Pineda apretó su agarre de mi hombro. —No querría que nadie más arrestara a ese bastardo —dijo—. Pero debemos ser discretos. Como dijo, puede que Almeida tenga gente en el departamento en su bolsillo.

Hubo murmullos detrás del jefe. Cuando ambos volteamos vimos a Patricia caminando hacia nosotros.

Renata se había casado con una mujer divina. Alta, voluptuosa, con el rostro de una diosa de ébano, y unos labios que Rana a cada rato me presumía que sabían mejor que cualquier chocolate que pudiera probar. Aunque fuera obvio que había llorado y llevaba toda la noche despierta se miraba fresca como una lechuga.

Pero así como era bella también era dura y feroz. Todos en el departamento sabíamos que no había que ponernos del lado equivocado de la Capitán del SWAT.

Pero por más dura que fuera, tenía su lado sensible, y en ese momento lo mostró al darme un cálido abrazo que le correspondí.

—Ya me dijeron, Paty —le susurré al oído entre esa mata de cabello castaño que tenía—. Estará bien.

Ella rio. —Ya me está amenazando con divorciarme si la obligo a comer la mierda que sirven en este hospital.

Todos los que estaban a distancia de oído de nosotros rieron con el comentario.

Sí, sonaba como la Renata que todos conocíamos.

—Me preguntó por ti, Lucio —dijo Patricia, dando un paso para atrás—. Le dije que te llevaría a su habitación cuando llegaras.

Asentí, y la seguí por el pasillo del hospital. Me aguanté las ganas de llorar con cada paso que daba. El simple hecho de saber que estaba viva me tuvo al borde del llanto.

Patricia se detuvo frente a una puerta abierta. Me indicó que pasara y asomé la cabeza primero.

Ahí estaba Renata. Tenía la cabeza vendada, y su cabello parecía un arbusto todo desaliñado saliéndole de la cabeza. Noté en la orilla del vendaje que le rasuraron parte de su cabellera. Aquello no le gustaría para nada.

Una gasa le cubría el ojo izquierdo, y encima del otro había una cortada que había sido cocida. El resto de su precioso rostro estaba cubierto de arañazos y moretones.

Se me revolvió el estómago al entrar y verla así. Era una de las chicas más duras que conocía, pero nadie merecía recibir una paliza así. Ambas piernas y uno de sus brazos estaban en yesos, y el otro antebrazo estaba vendado desde el codo hasta la muñeca. En su mano vi los nudillos de color púrpura.

Así ha de haber dejado al idiota de Almeida.

—¿Estás viéndome las tetas, estúpido? —preguntó girando la cabeza hacia mí, su voz mucho más ronca de lo que ya era.

Me solté riendo, pues tenía la mano encima de sus pechos. —Estoy viéndote la mano, mensa.

—Ajá, claro —dijo, cerrándola en un puño y dándome un puñetazo que se sintió como un leve rozón contra mi abdomen.

—Estaré aquí afuera —dijo Patricia, dejándonos la habitación para nosotros.

Tomé la silla junto a la ventana y me dejé caer en ella, para luego tomarle la mano a Renata y pegar mi frente a ella. —Carajo, Rana... —le dije con un nudo en la garganta.

—¿Apoco sí me veo muy mal? —preguntó entre risas forzadas.

—¿Bromeas? —exclamé levantando la mirada con una sonrisa y lágrimas saliendo de mis ojos— Este tipo te ahorró el cirujano plástico. Te ves mucho más sensual que antes.

—Pendejo —dijo Renata con una sonrisa— ¿Ya te dieron la buena noticia?

—Me dieron varias —le dije.

—Intento de Asesinato en Primer Grado —dijo con una amplia sonrisa, y pude ver que también le habían tirado un par de dientes—. Y a un policía. Santos Almeida va al bote de por vida. Ni ese imbécil de Riquelme podrá sacarlo de esta.

—Tú sí que sabes verle el lado bueno a las cosas.

Ella alzó las cejas y siguió sonriendo... Bueno, supuse que alzó la otra ceja aunque la gasa se la estuviera cubriendo.

—Ahora puedes volverte loco con Fernanda todo lo que quieras —dijo—. Aunque desechen el caso de Daniel no se pelará de...

Se quedó callada, y me miró con su sonrisa desvaneciéndose. Bajé la mirada, y apreté mi agarre de su mano.

—Lucio —lamentó, alzando la mirada al techo—. La botaste, ¿verdad?

—Tenías razón, Rana —dije, negando con la cabeza—. Nunca debí involucrarme con ella en primer lugar.

—Sí —recalcó, volviendo su atención a mí— Nunca debiste hacerlo... Pero lo hiciste... ¿Y vas a echarte para atrás?

—Estoy haciendo lo correcto.

Ella quitó su mano de la mía y me acomodó un zape en la sien. —¡No, grandísimo animal, estás haciendo lo que siempre haces!

Le tomé la mano y la apreté fuerte. —Estamos aquí para hablar de ti.

—No te vas a librar tan fácil —amenazó. Carajo, hasta con un ojo esa mujer podía hacerme sentir pequeño.

—Disculpa, ¿Lucio? —dijeron desde la puerta. Ambos vimos a Patricia parada en el umbral.

—¿Qué pasó? —pregunté.

Patricia miró a su esposa unos instantes antes de verme a los ojos.

—Mujer, si un cuchillo en el pecho no me mató lo que sea que vayas a decir no lo hará —dijo Renata, alzando su mano sana.

—Fernanda Ontiveros desapareció —dijo Patricia.

Salté de mi asiento y quedé boquiabierto. Mi corazón se aceleró a mil por hora y mi garganta se cerró por unos momentos. —¿Cómo que desapareció? —exclamé.

—El oficial que se quedó cuidándola dice que lo golpearon con una maseta en la cabeza y perdió el conocimiento. Cuando volvió en sí ya no estaba.

Saqué mi celular, y busqué entre mis contactos el número de Fernanda.

—No servirá, Lucio —dijo Patricia, entrando a la habitación y deteniéndose al pie de la cama de Renata—. Según el oficial dejó su celular en la casa.

—Eso... no tiene sentido —dije, negando con la cabeza—. ¿Por qué se iría?

Di un paso atrás y alcé la vista, luego miré a Renata. —Rana, no le dijiste a Santos dónde estaba Fernanda.

—¿De veras me preguntaste eso?! —exclamó.

—No es pregunta —dije, diciéndole que no con mi dedo índice extendido—. Es un hecho. Como falló contigo necesitaría otra manera de encontrarla. No podría saber dónde está ahora porque sólo el jefe Pineda, el oficial que dejamos en la casa, y yo, sabemos dónde estaba.

—Y Pineda no se separó de mí hasta poco antes que llegaras —dijo Patricia, poniendo sus manos en las caderas y asintiendo—. Ni siquiera mandó un mensaje de texto. Él no pudo haberle avisado.

—Además si Santos la hubiera encontrado habría matado al oficial que la estaba cuidando —dijo Renata—. Y no hubiera usado una maseta. Hubiera usado algo más mortal.

—Fernanda huyó —concluyó Patricia—. ¿Pero por qué huiría?

De pronto vino a mí. Volteé a ver a Renata y ella sonrió. —Conozco esa expresión —dijo.

—Tengo una idea —dije, tomándole la mano.

—¡Ahorita te sigo corriendo, baboso! —exclamó Renata— ¡Ve por él!

Salí corriendo de la habitación hacia la sala de espera. Esquive a un par de enfermeras y cuando llegué busqué al jefe Pineda.

—¡Señor! —exclamé— Comuníqueme con el oficial en la casa.

—Necesitamos trabajar en tu decoro, Lucio —dijo moviendo la cabeza de lado a lado mientras tomaba el micrófono sujetado a su hombro. —Diez–Sesenta–Bravo, aquí Sam–Treinta–y–Cinco —dijo al aparato.

—Adelante, señor —contestó el oficial.

El jefe me pasó el micrófono. —Diez–Sesenta–Bravo, vea en el celular de la testigo la última llamada que recibió o que hizo.

Esperé unos momentos, y toda la sala de espera se quedó en silencio.

—Sam–Treinta–y–Cinco, la última llamada recibida fue de una Claudia, el número es...

—¡Putá madre! —grité, pasando mi otra mano por mi cabello. El jefe me lanzó una mirada que me hizo recobrar la postura—. Claudia es la amiga de Fernanda. Almeida pudo haberla encontrado y usado su teléfono para hablar con...

De pronto me vino a la mente. “*Si usó el teléfono de Claudia,*” pensé, dándole el radio al jefe, “*quizá todavía lo tenga.*”

—Señor, llame al Servicio Técnico y que rastreen el teléfono de Claudia —dije antes de salir corriendo hacia la puerta.

Capítulo 19.

FERNANDA

El autobús iba rumbo al extremo de la ciudad donde estaba el Motel La Villa de Oro. La siguiente parada del camión estaba cruzando la calle, frente a una vieja estación de autobuses que servía como central de transporte público.

Estaba sentada del lado que daba hacia el oriente y el sol golpeaba mi rostro mientras miraba las nubes del cielo y los edificios a lo lejos.

Cerré mis ojos. Nunca me había detenido a sentir el calor del sol. Era una de esas cosas que se daban por sentado en la vida cotidiana. Estaba convencida que sería la última vez que sentiría el sol en mi cara. Qué triste que necesitara mi muerte segura para darme cuenta de ello.

Quizá Santos Almeida no deje ir a Claudia. Estaba casi segura de ello. Pero me arrepentiría toda la vida si no le diera a mi amiga aunque sea una oportunidad. Y no tenía intenciones de vivir con un arrepentimiento más.

Ya bastantes cargaba conmigo.

Recargué mi frente en el vidrio y respiré profundo. Hasta el aire tenía un aroma especial. Escuché la risa de un niño unos asientos frente al mío. Abrí los ojos y vi a un padre y a una madre sentados con su pequeño de pie en el asiento mirando hacia atrás.

Era un niño muy lindo, muy peinado, y una sonrisa juguetona. Cuando me sorprendió mirándolo a los ojos levantó su mano y me saludó. Es casi ley contestarle el saludo a un niño.

Recordé la noche anterior, antes de que Lucio llegara, cómo imaginaba una vida con él, una familia. Me atreví a recordar de nuevo, y mi corazón se llenó de calor y alegría.

“Habría sido lindo,” pensé.

Recordé cuando platiqué con él en su restaurant. Cómo me hizo reír, cómo me dio seguridad, cómo me dio mi espacio y mi lugar. Pero sobretodo esa mirada suya, esa mirada que creo desde entonces me... me enamoró.

“Voy a morir hoy,” me recordé a mí misma, y sentí un punzón en mi pecho que me impidió respirar unos momentos.

Oí unas risas a mi lado. Era una pareja de adolescentes, que se susurraban cosas que tenían a la chica de mil tonos de rojo y al chico con una mueca traviesa y su mano demasiado cerca del final de la falda

que traía puesta la niña. Vino a mi mente la noche de pasión que pasé con Lucio. Una noche en que nos amamos como nunca habíamos amado, o al menos yo nunca había amado a un hombre como aquella noche.

Un hormigueo en mi piel me recordó el roce de sus manos sobre mi piel, su nariz cuando aspiró el aroma de mi cabello, y sus labios y lengua al saborear mi piel.

¡Cómo supo dónde tocar y cómo tocar para elevarme hasta el cielo! Recordé sus besos en mis labios, devorando mi alma y yo la suya, y me estremecí. Lo que hubiera dado por un último beso suyo.

Lloré en ese momento. “*Estábamos hechos uno para el otro,*” pensé, tallándome las lágrimas de mi mejilla.

—¿Estás bien, hija? —preguntó la señora de avanzada edad sentada al otro lado de mí.

Le sonreí. —Estoy... bien.

Ella sacó de su bolso un kleenex. Reí y lo tomé cuando me lo ofreció. —¿Problemas con tu novio? —preguntó la señora.

Reí y me tallé otra lágrima que escapó de mi ojo. —¿Es tan obvio?

—¿Quieres hablar sobre ello, querida?

Me le quedé viendo. —No quisiera molestarla con mis problemas.

Ella resopló con una sonrisa y de un brinco se pasó a mi asiento. —Tonterías.

Reí todavía más. —¡Pero si no la conozco!

—Puedo ver que es algo que necesitas sacar de tu sistema —dijo con esa sonrisa cálida de abuelita—. Además, ni modo que vaya de chismosa con tus amigas o tu suegra o con quien sea que pudiera importar en tu vida si ni siquiera nos conocemos. A veces un oído extraño puede ser una bendición.

Moví la cabeza de lado a lado. —Tuvimos una... discusión —dije, resignada a no poderme quitar a la abuelita de encima.

—¿Con tu novio?

—No somos novios —dije alzando la mirada y negando con la cabeza. Tomé mi muñeca con mi otra mano y las descansé encima de mis muslos.

—¿Quisieras que fueran?

Me quedé mirando hacia enfrente. —No lo sé —dije—. Me habló muy feo anoche.

—¿Sabes por qué?

Sacudí la cabeza. —No importa.

—¡Hija, claro que importa! —volteé a verla— Los hombres se toman muy a pecho los problemas, y a veces desahogan esa frustración con la gente cercana a ellos, casi siempre con la mujer que aman. No es lo ideal, pero así son las cosas.

—Ya tuve una relación con un hombre así —dije—. Juré no volver.

La anciana rio. —Querida, *todos* los hombres son así. Sólo que algunos son más fuertes para aguantar la carga de sus problemas. Dime, lo que le pasó anoche a tu chico, ¿fue algo terrible o fue algo que pasa todos los días?

—Supongo que no es algo que pase todos los días —dije encogiéndome de hombros. Lucio y Renata eran policías y todos los días ponían su vida en riesgo, pero no han de terminar seguido en el hospital—. Fue bastante feo.

—¿Y tu novio?

—No es mi novio.

—*Tu novio* —insistió, no pude más que sonreír— ¿Reacciona así siempre?

Me quedé pensando unos momentos. Recordé cuando me salvó la vida. Todo pasó tan rápido, pero se me quedó grabado lo calmado y decidido que estaba Lucio en todo momento. Incluso cuando le leyó sus derechos a ese tipo que intentó matarme.

Imaginé cómo hubiera reaccionado Pedro, y estoy segura que hubiera molido a golpes a ese tipo. Lo mismo hubiera hecho mi padre. Pero Lucio no.

Hasta la noche anterior había visto a Lucio siempre en control de sí mismo.

—No —dije—. Lo de anoche fue... Una situación única.

La anciana puso su mano encima de las mías. —Deja adivino —dijo ampliando su sonrisa—. Dijo cosas que te hicieron sentir mal.

—Me mostró un lado de él que no me gustó para nada.

—Bueno, querida, sólo a los masoquistas les gusta verle el lado enojado a sus parejas, y tú no pareces ser una masoquista.

Solté una risilla. —No, no lo soy.

—¿Y lo que dijo fue realmente tan terrible? —insistió— ¿No puedes atribuirlo a algo que se dio en un momento en que cualquiera hubiera tronado como él?

Sacudí mi cabeza. —No fue lo que dijo, sino lo que implicó.

La abuela soltó una risilla simplona. —Hijita, los hombres no hablan con indirectas. Más bien *tú* sacaste una conclusión que muy seguramente no era lo que él quería decir. Los hombres no son psíquicos, cariño. Son lo más distante a ello posible. Mi loro se comunicaba mejor que mi esposo, que en paz descansa.

Moví mi cabeza. —Ya es tarde para ello —dije, viendo a la distancia el panorámico del motel.

—Llámallo —dijo la abuela—. Sólo es tarde si estás muerta. Si amas a este hombre en lugar de ponerte como te pusiste deberías apoyarlo en su momento difícil. Ya después le exiges que te compense con una cena y una cita, y quizá un pedazo de joyería muy muy caro.

Miré hacia abajo. —No traigo mi celular.

—Bueno, ¿te sabes su número?

No lo sabía, pero traía en mi bolso su tarjeta. Asentí.

La anciana sacó su celular de su bolso y me lo entregó. —Te presto mi celular, cariño.

—Señora, no podría.

—¡Tonterías! —exclamó dándome una palmada en la espalda— Soy una romántica empedernida. Llama a tu muchacho y dile que lo amas.

Vi los números en la pantalla de su celular. Apreté mis labios y saqué la tarjeta de Lucio de mi bolso. Marqué su número, pero dejé mi pulgar encima del botón para llamar.

Respiré profundo, lo presioné, y pegué el auricular a mi oreja.

Sólo tenía unos segundos, minutos quizá. El panorámico estaba más grande y ya casi llegaba a mi parada.

Mi corazón estaba por salirseme del pecho, y apenas estaba a punto de respirar profundo para tratar de tranquilizarme cuando contestó.

—¿Sí, bueno? —preguntó apurado.

Me quedé callada unos momentos. Cerré mis ojos. —¿Lucio?

Escuché en la bocina el rechinar de llantas cuando un coche frena de repente. —¡Fernanda! —gritó — ¿Dónde estás? ¿Por qué no...?

Sonreí al escuchar su voz. Quizá ya sabía que me había escapado. No podía decirle dónde iba. No iba a poner en peligro la vida de Claudia, ni la de él, ni la de nadie más. Pero no iba a vivir los pocos

minutos que me quedaban con arrepentimiento.

—Te amo, Lucio —dije con la mayor sonrisa de mi vida.

—¡Fernanda! —gritó. Separé el teléfono de mi oído y colgué la llamada. Sabía que regresaría la llamada, por lo que apagué el celular antes de regresárselo a la señora.

El autobús se detuvo. Miré por la ventana la parada y luego al otro lado, cruzando la calle, vi la entrada al Motel La Villa de Oro.

—Aquí tiene —le dije a la señora al entregarle su celular—. Muchas gracias, señora.

Ella me tomó la mano y me sonrió. —Dios te bendiga, hija. Suerte.

Sonreí, y seguí sonriendo mientras bajaba del autobús. Vi el camión alejarse y a la gente irse de ahí. Yo me recargué en un poste de luz, mirando las letras encima de la entrada a los diversos garajes del motel.

Asentí, luego me erguí, alcé el mentón, y caminé hacia el motel, lista para afrontar mi destino.

Capítulo 20.

LUCIO

—¡Contesta, chingada madre! —grité con el teléfono al oído cuando la llamada entró directo al buzón de voz.

Era el segundo intento al número del que me había llamado Fernanda. Golpeé el tablero del coche y grité.

Tomé el micrófono del radio en mi coche. —¡Central, central, aquí Tres–David–Cinco, necesito un rastreo inmediato de un número!

¡Cómo se me hizo largo el segundo que tardaron en contestarme!

—Tres–David–Cinco, adelante con su número —dijo la muchacha de la central.

Miré mi registro de llamadas. —Cinco, siete, uno, cuatro, uno, dos, nueve, tres, tres, uno. ¡Repita!

—Tres–David–Cinco, confirmamos: Cinco, siete, uno, cuatro, uno, dos, nueve, tres, tres, uno.

—¡Confirmando! —grité, y colgué el micrófono de nuevo.

—Un momento, Tres–David–Cinco.

Miré el número en la pantalla de mi celular. —La tercera es la vencida —dije, tocando el ícono de llamada junto al número.

Suspire y eché mi cabeza para atrás cuando no entró directo al buzón de voz. Sonó dos, tres, cuatro veces, y luego escuché el clic que señalaba la contestación de la llamada.

—¡Fernanda! ¡Fernanda! —grité.

—Disculpe, joven —dijo la voz de una viejita asustada—, se equivocó de...

—¡No! —grité. ¡Era obvio! Usó un celular prestado y luego lo apagó— Nonono, recibí una llamada de...

—¿Una jovencita rubia?

—¡Sí! Pásemela, por favor.

—Cariño, se bajó del camión hace unos minutos.

Separé el teléfono y lo apreté tan fuerte que no me habría sorprendido si se rompiera. Gruñí y volví a

ponerme el celular al oído.

—Señora, soy el detective Lucio Castilla del departamento de policía —le dije con tanta calma como pude—. Necesito saber en qué calle se bajó y a qué altura.

—¡Dios, santo! Se bajó en la parada junto a la central de transporte público.

—¿La vieja estación de autobuses en la avenida Wilbur?

—Sí, joven.

—Gracias, señora.

Colgué la llamada y visualicé el lugar. Estaba frente a ese motel barato al que me iba cuando de joven conocía a una chica en un bar y necesitaba un lugar donde llevarla.

¡Y no estaba lejos de ahí!

Pisé el acelerador, encendí las luces y la sirena integradas a mi coche, y manejé tan rápido como pude hacia el oriente.

Mi corazón estaba por romper mis costillas y salirse del pecho. Hiperventilaba cada que me acercaba a coches que iban mucho más despacio que yo, o que estaban parados.

Golpeé el claxon cada que me acercaba a cruceros, anunciando que iba a pasar. Fue un milagro que no chocara con nadie pues en ningún momento pisé el freno al pasarlos.

Al llegar al semáforo a escasas cuadras de aquella parada de camión noté un embotellamiento de mi lado de la carretera.

Pero no del sentido contrario.

Empujé el acelerador hasta el piso, y me trepé al carril del otro sentido, y agradecí mi suerte de sólo tener que esquivar un par de coches muy espaciados entre ellos.

—Tres–David–Cinco, adelante —llamó la central por la radio.

Tomé el micrófono. —¡Aquí Tres–David–Cinco, solicito apoyo para búsqueda de testigo clave en una investigación, sujeto en probable peligro de muerte! ¡Paradero probable en las cercanías de la vieja estación de autobús en la calle Wilbur! ¡Sujeto responde al nombre de Fernanda Ontiveros, mujer, veintitantos años de edad, tez blanca, cabello largo y rubio!

Alcancé a ver la parada de mi lado de la calle, y vi de reojo la entrada al motel cruzando la calle.

—Entendido, Tres–David–Cinco. Todas las unidades cercanas, por favor respondan.

Escuché las patrullas cercanas anunciar que venían en camino. Pisé el freno y derrapé mi coche hasta

detenerme junto a la banqueta de la parada del camión.

Salí de mi auto y miré a mis alrededores en busca de alguna cabellera rubia sin éxito. Sacudí mi cabeza y miré a la gente que estaba esperando el camión y me miraban asustados.

—¡Policía! —dije, mostrándoles mi placa— ¿Han visto a una mujer rubia, delgada, de corta estatura?

Nadie contestó. Repetí mi pregunta una y otra vez mientras caminaba entre la gente.

—¡Vamos! —grité desesperado— ¡No harán cinco o diez minutos que se bajó aquí!

—¿Ojos verdes y cabello ondulado? —preguntó un muchacho sentado en la parada.

Asentí y corrí al lado de aquel muchacho. —¿A dónde fue?

—La vi cruzar la calle —apuntó hacia el motel.

—¿Cuándo?

—Unos cinco o diez minutos.

“*Cinco o diez minutos,*” me repetí en mi cabeza mientras miraba al Motel La Villa Dorada.

Corrí hacia la calle sin mirar a los lados. Si no escucho el claxon de los autos quizá me hubieran arrollado, pero alcancé a pararme entre los carriles y cuando pasaron los vehículos crucé.

Al entrar al lobby sólo vi al recepcionista detrás del mostrador leyendo una revista.

Saqué mi placa y caminé hasta él. —Policía —él bajó la revista y se puso de pie cuando me vio—. Necesito saber si entró una mujer rubia hace unos minutos.

Él rio y puso sus manos en el mostrador. —Oficial, aquí entran rubias todo el tiempo.

—Dije *en los últimos minutos* —le recalqué, también poniendo mis manos en el mostrador e inclinándome hacia él.

—Mire, amigo, si no trae una orden...

—¡Su vida podría correr peligro! —exclamé y golpeé el mostrador— ¿La ha visto o no?

—¡Lárguese de mi local y no vuelva sin una...! —gritó apuntándome a la puerta.

—¡La vieron venir en esta dirección! —le grité apuntándole con el dedo índice a su rostro.

—¿Está sordo?! ¡Le dije que sin orden...!

No tenía tiempo para eso. Rodeé el mostrador, tomé al recepcionista del hombro y lo estrellé contra

la mesa mientras le juntaba las manos detrás de la espalda. —Queda arrestado por obstrucción de justicia, conspiración para cometer un crimen, y cómplice de asesinato.

—¿Asesinato?! —gritó el recepcionista, retorciéndose de dolor.

Bajé mi cabeza a un lado de la suya. —¡Del de esa mujer si no me dices lo que necesito saber! —grité.

—¡Está bien! —lo solté— Preguntó por la habitación quince.

—¿Quién está en la habitación quince?

—No lo conozco —dijo, sentándose en la silla y sobándose la frente—. Un latino de cara de pocos amigos y de cabeza rasurada.

“Ay no”, pensé, respirando por la boca. Saqué mi celular y abrí la foto que tenía guardada de Santos Almeida.

—¡Sí! ¡Ése! —dijo cuando le mostré la foto.

Tomé el teléfono del mostrador y marqué a Emergencias.

—Emergencias, ¿en qué...?

—¡Habla el detective Lucio Castella, clave Tres–David–Cinco, solicito apoyo táctico en el Motel Villa de Oro para posible situación de rehenes! ¡Sospechoso es Santos Almeida! ¡Repito, sospechoso es Santos Almeida!

—Recibido, detecti...

Solté el teléfono y salí de ahí tan rápido como mis piernas me permitieron. Vi los números en las habitaciones mientras atravesaba el estacionamiento.

—Siete... Ocho... —conté, siguiendo con la mirada el rumbo hacia donde incrementaba la numeración.

Enfoqué mi atención en el número quince en la puerta hacia la que me terminé dirigiendo. Saqué mi arma, me detuve frente a ella, y la abrí de una patada.

Mi corazón se detuvo cuando vi a Santos Almeida apuntándole su arma a la cabeza de Fernanda. Él volteó en cuanto me vio, y yo alcé mi revólver en su dirección.

Pero él fue más rápido. Estiró su otra mano hacia Fernanda, tomándola del cuello, y la jaló hacia él para luego ponerse detrás de ella y apuntar su pistola hacia mí.

Di un salto hacia atrás y luego a un lado justo a tiempo para evitar el impacto de los dos disparos que

hizo.

—¡Lucio! —gritó Fernanda.

—¡Santos Almeida, baja tu arma! —grité, sosteniendo mi arma paralela a mi pecho listo para disparar.

—¡Bájala tú, cerdo! —dijo Santos— ¡¿Esta perra les habló?! ¡No te dije lo que pasaría si le hablabas a la policía!

—¡Lucio! —gritó Fernanda. Mi corazón se hundió, mi garganta estaba hecha un nudo, y miles de pensamientos abrumaron mi mente en ese momento tratando de buscar una solución.

Recordé el acomodo de los cuartos: Pasando la puerta la cama tamaño king estaba contra la pared opuesta, con el baño a la izquierda, y un par de mesitas de concreto a la derecha. Las únicas ventanas estaban del lado de la puerta y dentro del baño.

Él no tenía vía de escape. Estaba atrapado.

—¡Cállate, pendeja! —gritó Santos, y Fernanda soltó un alarido de dolor. Lo imaginé presionando el cañón de su revolver contra su cabeza, y el semblante aterrado que ella tendría—. ¡Si entras, cerdo, ella muere!

—¡No tienes salida, Santos! —grité, mirando hacia la puerta tumbada.

—¡Voy a salir, y si me siguen ella muere!

—¡No puedo dejarte hacer eso, Santos!

Enfoqué mi atención en la lamparita que tenía a la vista en la mesa. Acerqué mi cabeza un poco hacia el marco, tratando de ver en qué lugar de la habitación estaba.

Me hice para atrás en cuanto un disparo impactó en el marco cerca de mí. Estaba junto a la cama frente a la puerta del baño.

Vi una patrulla entrar al estacionamiento con las torretas encendidas y la sirena sonando. Detrás de ella llegaron dos más, y luego otras más. Reconocí el número de una de las patrullas pues había estado estacionado en el Hospital General.

“¡Claro, están a diez minutos de aquí!” pensé con una sonrisa.

—¡No iré a la cárcel, cerdo! —gritó Santos, abriendo fuego desde dentro de la habitación hacia la primera patrulla, que ya estaba a la mitad del estacionamiento.

Se frenó, igual que todas, y todos los patrulleros se bajaron y escudaron detrás de sus vehículos.

—¡No disparen! —les grité— ¡Tiene un rehén!

—¡Si se acercan la mato, cerdo! —gritó Santos— ¡Diles que se queden atrás!

—¡Esto sólo termina de una de dos maneras, Almeida! —grité mirando hacia el marco y poco a poco abriendo mi ángulo para ver mejor dentro de la habitación— ¡O te baleamos, o te entregas! ¡No hay una tercera opción!

—¡Lucio, ayúdame! —gritó Fernanda con voz quebrantada. Sabía que estaba llorando, y eso me llenó de fuego el estómago. Alcancé a ver en un espejo de muro dentro del cuarto que Santos estaba contra la pared, sosteniendo a Fernanda del cuello y apuntándole con su pistola a la cabeza.

Vi el camión de SWAT llegar, y las primeras personas que bajaron fueron Patricia y el jefe Pineda. Saqué mi celular y le escribí un texto tan rápido como pude.

—Saca un rifle y dispárale —le escribí.

La observé mientras sacaba su celular y leía mi mensaje. Volteó a verme, asintió, y sacó de la parte trasera del camión de SWAT un rifle de francotirador.

Patricia había sido una tiradora del ejército y del departamento por muchos años. No estábamos lejos, y la había visto hacer tiros mucho más difíciles.

—¡Déjala ir, Santos! —grité— ¡Ella es inocente!

—¡Tú no estás en condiciones de exigir nada, cerdo! ¡Yo soy el que dicta las reglas!

Se le oía desesperado. Lo teníamos arrinconado. Él sabía que no tenía salida. Y yo sabía que un criminal acorralado era impredecible. Aquello podría terminar muy mal muy pronto.

Patricia se trepó encima del camión de SWAT, se acostó boca abajo y apuntó el rifle.

“¿Por qué no dispara?” pensé.

Mi celular vibró. Lo saqué y leí un mensaje de Patricia.

—No tiro.

Respiré profundo y miré hacia arriba. Patricia no dispararía si había riesgo de darle a Fernanda. Debía darle una apertura. Si Santos no la ha visto encima del camión en cualquier momento lo haría. Necesitaba distraerlo.

—¡Santos, voy a entrar! —grité.

—¡Si lo haces te mato!

Cerré mis ojos y apreté mis párpados tanto como pude. Estiré mi mano hacia la puerta, mi palma

apuntando al suelo, y sosteniendo mi arma sin mi dedo en el gatillo.

“*No me disparó,*” pensé tan aliviado como se podía estar. “*Bien.*”

Solté mi arma, y dejé mi mano abierta estirada.

—Voy a entrar, Santos —dije, estirando mi otra mano a la vista de él, despacio—. No estoy armado. Sólo vamos a hablar.

Pasé al umbral de la habitación con las manos arriba.

Ahí estaba ese monstruo, escondido como un cobarde detrás de Fernanda. Pobre, tenía el rostro empapado en lágrimas, aferrándose a la mano de Santos que de seguro le apretaba del cuello, y temblando por la pistola pegada a su sien.

—Déjala ir, Santos —dije, mirándolo a los ojos asomándose por encima del hombro de Fernanda. Caminé pegado a la pared opuesta, manteniendo su atención en mí, pero el hijo de puta no giraba su cuerpo, sólo su cabeza.

—Un policía es mejor ficha de cambio que una civil —le dije.

—Qué huevos los tuyos, policía —dijo, aspirando del cabello de Fernanda—. ¿Conoces a este rico par de nalguitas? ¿O por qué arriesgas tu culo por ella?

—Déjala ir, Almeida —dije, luego miré los ojos de Fernanda—. Todo estará bien, cariño.

—¿Haciéndote el héroe, cerdo? —dijo Santos— Ella ya sabe que nada saldrá bien, y tú lo sabes también.

Vi un punto de luz roja en la pared detrás de Santos. Me pareció raro que parpadeara pues Patricia no usaría equipo defectuoso. Entonces noté un patrón, me estaba diciendo con código morse dos palabras: No tiro.

Apreté mis labios y tragué saliva. Necesitaba hacerlo cambiar de posición.

—¿Te sientes muy hombre, con una mujer de rehén? —dije.

Fernanda abrió la boca en sorpresa, y Santos entrecerró los ojos.

—¿Qué estás haciendo, cerdo?

—¿Eres un joto, Santos? —dije, bajando las manos— He oído que eres un maloso bien maloso, de esos que disque dan miedo. A mí no me das nada de miedo. Para mí no eres más que un loco maricón que sólo da miedo a las mujeres y a los niños.

Santos frunció el ceño, y apretó su agarre del cuello de Fernanda. —¿Te crees muy macho, cerdo?

¿Te vas a creer muy macho cuando desparrame los sesos de esta morra en la cama?

—¡Y dale con amenazas con ella! —grité riéndome— Hasta un cholo sin cerebro podría hacer eso. ¿Por qué no apuntas tu arma a un hombre de verdad? ¿Acaso puedes hacer eso? ¿O sólo puedes matar mujeres y niños?

Él estaba furioso, se le notaba en su mirada.

—Estás muerto, cerdo... —dijo Santos, entonces giró su cuerpo hacia mí, empujó a Fernanda hacia abajo, y apuntó su arma en mi dirección—. Despídete de tu héroe, chiquita.

—¡Lucio! —gritó Fernanda.

—Te amo, Fernanda —le dije, entrecerrando mis ojos, preparándome para recibir el disparo.

Oí un estallido de afuera, y al mismo tiempo vi la cabeza de Almeida explotar. Pero él ya estaba apretando el gatillo, y la repentina tensión en su cuerpo le hizo disparar su arma.

La bala impactó en mi pecho tan fuerte que me desplomé hacia atrás, estrellándome contra la pared para luego caer al suelo.

—¡Lucio! —gritó Fernanda, y ni un instante después ya estaba encima de mí tomándome del rostro— ¡Nonono, no me hagas esto! ¡No me hagas esto!

—¡Putísima madre, cómo duele! —grité, abriendo mi camisa y poniendo mis manos encima de mi chaleco antibalas, sintiendo la abolladura donde fue el impacto de la bala. Había sido como si el hombre más fuerte del mundo me hubiera acomodado un batazo con todas sus fuerzas en mi pecho.

Fernanda se soltó riendo, tomándome las manos con las suyas, pero luego frunció el ceño y me acomodó la cachetada más dolorosa de mi vida. —¡Eres un estúpido! —gritó, y luego se soltó llorando al mismo tiempo que sonreía.

Estiré mi mano y le froté las mejillas. En ese momento entraron un par de policías con rifles de asalto y uno de ellos volteó hacia mí.

—¡Oficial caído, requerimos paramédicos! —gritó.

—Estoy bien, muchachos —dije, tratando de ponerme de pie, pero Fernanda me empujó hacia el suelo impidiéndome hacerlo.

—Espérate a que te revisen.

—Mujer, yo...

—¡Que te esperes! —dijo, tomando mi mano y apretándola.

Sonreí. ¿Cómo podía decirle que no? —Sí, mi amor.

—¡Rehén! —gritó uno de los policías. Fernanda y yo volteamos y vimos al policía salir con Claudia mientras ella se quitaba la mordaza de la boca.

—¡Clau! —gritó Fernanda, poniéndose de pie y corriendo a abrazarla.

—¡Fer! —exclamó Claudia, llorando a cántaros.

—¡Ya se acabó! ¡Ya se acabó! —exclamó Fernanda, abrazando a su amiga.

—¡Lucio! —gritó Patricia al entrar a la habitación.

—¡Acá, Paty! —dije, levantando la mano mientras el paramédico que entró junto con ella me quitaba el chaleco antibalas— ¡Qué tiro, mujer! Ni parece que estás tras un escritorio.

—¿Paty? —dijo Fernanda, haciéndola voltear— ¿Eres la esposa de Renata?

—Y *tú* debes ser Fernanda —dijo Patricia, estrechando su mano—. Sabes, Lucio suele tener mejor criterio que meterse a la habitación con un sospechoso armado luego de entregar su arma. Debes ser una mujer muy especial.

—Sabía que me cuidabas las espaldas —dije con una sonrisa.

—¿Pero cómo se te ocurre hacerlo que te apuntara con su arma? —gritó, estampando sus pisadas en mi dirección hasta estar parada junto a mí.

—¡Te di el tiro que necesitabas!

—¡Muchacho, si fuera tu capitán pasarías lo que queda del año poniendo multas de parquímetros! —regañó Patricia— ¡Lo que hiciste fue la cosa más estúpida que he visto en toda mi carrera!

El paramédico me dio una palmada en el hombro. —Necesitamos tomarle una radiografía para descartar alguna costilla rota —dijo.

—Claro, chicos, claro —dije, poniéndome de pie con ayuda de él y de Paty. Vi a Fernanda, y nuestras miradas se cruzaron. Caminé hacia ella, la tomé de la cintura, y le planté un beso.

Ella gimió cuando me lo correspondió, y arrojó sus brazos alrededor de mi cuello para luego tomarme de la cabeza y jalarme con todas sus fuerzas hacia ella.

—No pienso dejarte ir nunca, ¿eh? —susurré, interrumpiendo el beso por un instante.

—Más te vale —dijo Fernanda.

Capítulo 21.

FERNANDA

Los siguientes dos días pasaron tan rápido. Claudia y yo volvimos a casa aliviadas de que al fin todo había terminado. Llamé a mi trabajo y metí aviso de que tomaría todos los días de vacaciones que me quedaban en el año.

Lucio me había dicho que me vistiera cómoda para el viaje, por lo que me puse unos jeans y una blusa blanca un tanto holgada con un estampado de Hello Kitty.

Tomé un taxi para el hospital, y cuando llegué vi a mi Lucio esperándome en la puerta vestido con mezclilla y una camisa negra desfajada.

Le sonreí y nos besamos como si hubieran pasado semanas sin vernos, cuando la realidad es que habíamos cenado la noche anterior.

—¿Lista? —preguntó.

—Vamos —me tomó la mano y caminamos hasta el elevador, y subimos al piso de recuperación. Sabía que me verían mis compañeros de trabajo y no me importaba. Que me vieran con el hombre de mi vida a mi lado.

Cuando entramos al cuarto vimos a Patricia sentada en la silla junto a la cama, y a Renata estirando su mano sana hacia la tele.

—¡Viste! —gritó— ¡Cómo falló esa!

Pero Patricia sólo estaba moviendo la cabeza de lado a lado. —Para eso le están pagando diez millones al año.

—¡Eh, chicos! —gritó Renata al vernos afuera.

—¿Quién va ganando? —preguntó Lucio entre risas.

Renata le hizo un recortón de brazo a la tele, antes de sentarse en la cama y abrazar a Lucio.

—No nos íbamos a ir sin despedirnos —dijo Lucio.

—Te hubiera colgado de los huevos si lo hicieras —dijo Renata. Luego lo empujó y volteó a verme.

—Tú.

—¿Yo?

Me hizo una seña que me acercara. Lo hice, y cuando estaba cerca tomó mi mano, me jaló hacia ella, y me dio un abrazo mucho más fuerte que el que esperaba sentir de una mujer de su complexión y en recuperación.

—Cuidas a mi muchacho, eh —me dijo al oído.

—Si se deja cuidar, sí.

—¡Es en serio! —exclamó Renata, apretándome aún más— El pobre no podría nadar en un chapoteadero ni aunque su vida dependiera de ello.

—¡Fue una sola vez y tomé clases después! —dijo Lucio.

Renata me alejó un poco y sonrió al verme a los ojos. Luego miró a Lucio. Su rostro se arrugó y de sus ojos escaparon varias lágrimas cuando sonrió. —Hasta que te amarran, cabrón —dijo con voz quebrada.

Lucio tomó mi mano. —Hasta que me amarran.

Vi de reojo la hora en el reloj de la habitación. —Tenemos que irnos, amor —le dije.

—¿Oíste eso? —dijo Lucio dando brinquitos como niña pequeña— ¡Me dijo amor!

—¡Ay, par de melosos, ya lárquense y déjenla descansar! —dijo Patricia tras rodear la cama y sacarnos a empujones de la habitación.

—¡Toman fotos! —grita Renata— ¡Y me traen un tequila!

—¡Dos! —agregó Patricia.

No paramos de reír en todo el camino fuera del hospital. —¿Puedes creer a ese par de borrachas? —dijo Lucio.

Me solté el cabello en cuanto subí al coche. Él se me quedó viendo luego de encender el motor y sentí su mirada en mi rostro.

—¿Qué? —exclamé.

No dijo nada. Sólo tomó mi mano y la apretó un poco para luego soltarla y tomar la palanca de velocidades. Puse mi mano encima de la suya y no la quité de ahí en todo el camino.

Llegamos a su casa y abrió la puerta para que pasara. Al entrar noté la enorme sala que tenía, los cuadros de fotos con su familia colgados de la pared, y la gigantesca televisión en la esquina de la sala.

—Estás en tu casa —dijo, tomándome de la cadera antes de darme un beso en la frente—. Llama un taxi en lo que preparo mi maleta, cariño.

—¿Todavía no la tienes lista? —le regañé al mismo tiempo que le daba una nalgada.

—¡No me tardo!

Estaba negando con la cabeza mientras miraba alrededor de su casa. A mi izquierda estaba la cocina, y vi los recibos de la luz y el agua pegados al refrigerador con un imán. Llamé a un taxi con mi celular y di la dirección de esos recibos.

Caminé alrededor de la casa. No sabía explicarlo, pero era como si la casa tuviera la misma energía que Lucio: Alegre, enérgica, ligera.

Me abracé de mis brazos y miré todas las fotos colgadas en la sala, al igual que algunas en el pasillo que daban de la sala hacia su habitación. En todas estaba Lucio sonriendo, al igual que la pareja que asumí eran sus padres.

Lo envidié un poco en ese momento, pero envidia de la buena, como dicen.

—Dos semanas completas en Puerto Vallarta —dijo Lucio saliendo de su habitación con un maletín de ruedas—. Vas a verte deslumbrante en traje de baño.

Me solté riendo y negué con la cabeza. —¿Puerto Vallarta? —exclamé— ¡No tengo traje de baño!

—Bueno... —Lucio me tomó de la cintura y yo puse mis manos en su pecho mientras miraba sus ojos de cachorrito—. Eso lo podemos solucionar.

—A menos que sepas de una playa nudista —dije, alzando las cejas y sonriendo.

Lucio entrecerró los ojos. —No te atreverías.

Miré su cuello, y seguí bajando la mirada hasta la apertura de su camisa, alcanzando a ver la separación de sus músculos pectorales y los vellos de su pecho. —Estos días he estado haciendo cosas que jamás haría.

—Eso suena bastante bien.

Cerré mis ojos, y sentí un par de lágrimas salir de mis ojos.

—¿Qué tienes, cariño?

—¿Es esto un sueño, Lucio? —pregunté sin abrirlos.

Tomó mi mentón con su dedo, y lo empujó con ternura hacia arriba para darme un beso lento.

—No —susurró.

Escuchamos un claxon afuera de la casa. El taxi acababa de llegar. Lucio tomó mi mano, y nos fuimos para el aeropuerto.

Estuvimos viajando casi todo el día. Estaba la puesta de sol en toda su magnificencia cuando llegamos al hotel junto a la playa. La brisa fresca de primavera acariciaba mi rostro como uno de los frotos de mi amado Lucio, y el sonido de las olas al llegar a la playa era tan hipnótico y relajante como las grabaciones que había escuchado.

El sol a la distancia emanaba tonalidades de naranja, azul, violeta y amarillo que me dejaron anonadada. Había visto puestas de sol en el océano en fotos del internet, pero verla en persona era algo muy diferente.

—¿Te gusta la vista? —preguntó Lucio, abrazándome por atrás.

—Es increíble —dije con una sonrisa.

—Es mejor desde nuestra habitación —me susurró al oído.

Mordí mi labio inferior, y Lucio tomó mi mano para guiarme dentro del hermoso hotel en el que nos hospedaríamos. No tuve oportunidad de notar más que los pisos de cerámica tan pulidos que podía ver mi reflejo en ellos, y el eco al impacto de mis tacones, pues caminamos rápido a la recepción. Nos urgía llegar a nuestra habitación. Llevábamos todo el día viajando y ya nos hacía falta un momento a solas.

Subimos al elevador, y estaba a punto de lanzármele encima a Lucio, pero una pareja de edad avanzada subió detrás de nosotros. Él tomó mi mano, y nos miramos a los ojos todo el tiempo.

Mi rostro bien pudo haber estado en llamas de lo cálido que lo tenía, y la camisa holgada que traía puesta me incomodaba más cada instante, y mi brasier me apretaba tanto que ya necesitaba quitármelo... o que Lucio me lo quitara.

Oímos la campana del elevador, y ya estábamos en nuestro piso. Salí antes que Lucio, jalando de mi maleta y él detrás de mi en cercana persecución. Ambos teníamos prisa de llegar a nuestro cuarto.

Entonces se detuvo junto a una habitación, y sacó la tarjeta electrónica que abría aquella puerta.

En cuanto pasamos y cerramos la puerta de la habitación dejamos caer nuestras maletas y me lancé encima de él, abrazándome de sus caderas con mis piernas.

Él me tomó de las nalgas y me sostuvo mientras se recargaba en la pared detrás y nos besábamos con tanta pasión, urgencia, deseo, que quizá nuestros labios se quedarían pegados.

Lucio caminó dentro de la habitación aferrándose a mis nalgas sin bajarme. Mi corazón estaba brincando de felicidad y ansiedad por él, y mi cuerpo parecía tener voluntad propia pues no paraba de restregarse contra el suyo.

Me dejó caer en la cama, y al verlo a los ojos esperé que me quitara... No, que me arrancara el

pantalón de una buena vez para yo poderle desnudar.

Fue como si pudiera leerme la mente. Levantó mi camisa y besó mi abdomen mientras desabrochaba mi pantalón y me lo quitaba. Empujé mi pelvis hacia arriba para facilitarle desnudarme de la cintura para abajo, y luego arqueé mi espalda para poderme quitar la blusa y brasier.

Cuando tuvo mis piernas desnudas ante él, se fue quitando la camisa de a poco mientras besaba y lamía el interior de mis pantorrillas, subiendo hacia mis rodillas, y cuando llegó a la mitad de mis muslos ya tenía su torso desnudo ante mí.

Y fue en un momento perfecto, pues le jalé el cabello en respuesta a sus besos golosos y lamidas exquisitas a mi sexo que me hicieron retorcer de placer.

Solté un grito liberador cuando detonó el orgasmo más puro que había sentido en mi vida. Libre de culpa, libre de dudas, libre para ser quien debía ser con el hombre con quien debía estar.

En lo que recuperaba mi aliento él se puso de pie y bajó sus pantalones. Lamí mis labios al verlo duro y listo para hacerme su mujer, y abrí mis piernas invitándolo a pasar.

Se subió de rodillas a la cama, y subió mis talones a sus hombros para luego embestirme con su hombría. Arqueé mi espalda y estiré mis manos hacia atrás al mismo tiempo que anunciaba con un grito el placer que me estaba dando con sus movimientos.

Nos miramos a los ojos y él aumentó el ritmo, volviéndome loca, haciéndome juntar mis muslos y apretando mi agarre de su virilidad.

Abrió mis piernas y se inclinó para besarme con aquella pasión que compartimos desde que nos conocimos y ya no teníamos motivos para frenarla ni ralentizarla. Ambos le dimos rienda suelta a nuestro deseo y amor uno por el otro.

Le empujé y rodamos en la cama hasta que quedé encima de él. Apoyé mis manos en sus pectorales perfectos mientras me sentaba y movía poseída por el éxtasis que ambos teníamos.

Arqueé mi espalda y estiré mis brazos hacia atrás, apoyándome en sus muslos, y dejé que mis caderas se movieran por goloso instinto tan rápido como podían. Las manos de Lucio se aferraron a mis caderas y enterró sus dedos en mi piel al mismo tiempo que exhalaba y gruñía por el placer que compartíamos.

Debí haberlo vuelto loco pues me jaló hacia su lado, quitándome de encima de él, me puso boca abajo y se colocó detrás y encima de mí. Mis bajos instintos me hicieron levantar mis nalgas, ofreciéndoselas, y él me penetró por atrás de manera tan apretada, tan profunda, tan deliciosa, que sólo podía emitir gemidos y gritos para hacerle saber que no parara de hacer lo que estaba haciendo.

Me tomó un puñado de mi cabello y tiró de él mientras me embestía con salvajismo. Había perdido la cuenta de los orgasmos que había tenido pero el que estaba por explotar en mi vientre sería el más grande de todos.

Dejé de gemir, y mi placer se quedó atorado en mi garganta mientras todos los músculos de mi ser se tensaron hasta que no pudieron más. Presioné mi frente en las sábanas cuando Lucio gritó y me llenó de su cálida esencia, haciéndome explotar junto con él.

Se desplomó junto a mí, y yo me di la vuelta y rodé hasta quedar en sus brazos. Detrás de él estaba la ventana abierta, y la brisa del océano entró y acarició nuestros cuerpos sudados y húmedos de pasión. Miré a los ojos de Lucio y él me sonrió.

—Te amo, Fernanda —dijo con una sinceridad que grabó esas palabras en mi memoria como el momento más feliz de mi vida.

Lo besé, y lloré mientras lo hice. Jamás me había sentido así por nadie, y estaba segura que él no me decepcionaría.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó, quitando de mis mejillas las lágrimas.

—Estoy bien... Estoy de maravilla —dije, acariciándole el pecho—. Prométeme que jamás me harás daño.

—Lo prometo ante Dios, cariño.

—Te amo, Lucio.

Epílogo

LUCIO

Y yo que pensaba que mis días de patrullaje a pie habían terminado. Llevaba ya tres meses dando la ronda por todo el centro en mi uniforme de patrullero que no usaba desde que me volví detective.

¡Qué calor hacía! Me quité mi gorro y tallé la frente para quitarme el sudor. Al menos la manga larga servía de algo.

Di la vuelta a la esquina y me dirigí al Café Castilla cerca del Hospital General. Saqué el celular y vi la hora. Estaba justo a tiempo.

Cuando entré Nancy ya me estaba extendiendo un vaso con agua helada.

—¡Eres una santa, mujer! —exclamé al tomar el vaso. Lo bebí de un solo trago, y no sé cómo le hice para no derramar ni una gota— ¡Gracias a Dios que sólo me queda dos semanas más de este castigo!

—Es una lástima, Don Lucio —dijo Nancy con una mueca—. Es muy agradable tenerlo aquí tan seguido.

Asentí y le sonreí. Desde que regresé de mis vacaciones con Fernanda había ido con mayor frecuencia, y no sólo a ese local sino a todos. Tenía intenciones de tomar un papel más activo en el negocio que me dejaron mis padres, pero los administradores que había dejado mi mamá lo hacían estupendo.

Prácticamente sólo tenía que firmar los cheques que me dijera el contador que firmara.

—Por cierto, lo esperan en su mesa, Don Lucio —dijo Nancy, apuntando hacia la mesa de mis padres, que ya me había adueñado de ella.

Ahí estaba mi Fernanda, saludándome con esa sonrisa que todavía me volvía loco. La veía al despertar y me alocaba, la veía al desayunar y me alocaba, y la veía en ese momento y me volvía tan loco como el día que la conocí.

No me costó trabajo convencerla de que se viniera a vivir conmigo cuando volvimos de nuestras vacaciones. Nos habíamos vuelto inseparables.

Fui con ella, deteniéndome en las mesas con clientes para saludarles. Cuando llegué ella se levantó. Traía un vestido veraniego de color blanco con estampado de florecitas de colores que le cubría hasta las rodillas.

La tomé de la cintura, y descansé mi frente en su hombro. —Mis patitas —me quejé.

Ella rio y me acarició la cabeza. —Ay, mi vida —dijo, empujándome hacia atrás antes de darme un besito que me regresó las fuerzas— ¿Qué tal tu día?

—Muy bien —dije—. Ser patrullero del centro de la ciudad es una tarea mucho más entretenida de lo que la gente...

—Estás aburrido, ¿verdad? —me interrumpió con una sonrisa.

—¡Aburridísimo, nena! —exclamé, dejando caer mi frente en la mesa. Me conocía demasiado bien.

—Renata dijo que en cuanto a medidas disciplinarias podría haberte ido peor por meterte con la testigo de un caso —dijo con tono engreído. Levanté la mirada y la vi sonriendo.

—Técnicamente el caso fue desechado porque el culpable murió, así que en realidad nunca me metí en...

—Lucio...

—¿Sí, cariño? —cruce mis manos encima de la mesa y apoyé mi mentón en mi antebrazo.

—Cállate tantito, ¿sí?

Entrecerré mis ojos. —¿Está todo bien? —Fernanda sonrió, y sacó una cajita de regalo de su bolsa— ¡Un regalo! —exclamé, arrebatándoselo de las manos. Estaba por abrirlo, pero me detuve y la miré—. Espera... hoy no es aniversario de nada, ¿o sí?

Ella alzó una ceja y desapareció su sonrisa. —¿Tienes que preguntar?

—Pues...

Se soltó riendo. Méndiga, le encantaba ponerme contra las cuerdas. —Anda, ábrelo.

—No me está gustando que te juntes tan seguido con Renata y Patricia. Estás agarrando malos hábitos.

Abrí la cajita, y había una prueba de embarazo adentro. Era positiva, a menos que las instrucciones encima de la plumilla estuvieran equivocadas.

—¿Qué es esto? —pregunté viendo a los ojos a Fernanda.

Ella sólo levantó las cejas y sonrió.

Mi corazón dejó de palpar un segundo y yo quedé boquiabierto. —¿Es... tuya?

—Ajá —dijo, asintiendo rápido.

Regresé mi atención a la prueba. Mis ojos estaban por salirse de la cara de lo abiertos que los tenía y mi boca bien pudo haberseme abierto hasta el suelo.

—Nononono, espera... —dije entre risas, negando con la cabeza y mirando a mi señora— ¿Es en serio? Porque si es una broma tuya y de Renata juro que...

—¡Lucio! —Fernanda se levantó, se hincó frente a mí, y me tomó el rostro con ambas manos— No es broma —dijo despacio, sonriendo—. Ya fui con el doctor. Vas a ser papá.

Solté una carcajada, me levanté y me subí a mi silla de un brinco. —¡Voy a ser papá!

Todos los presentes voltearon a verme y aplaudieron y vitorearon.

Bajé de un salto, tomé a mi chica en mis brazos y le di un beso lleno de amor. Luego toqué su frente con la mía y le sonreí. —Prometo que haré todo lo que esté en mi poder para...

—Sé que lo harás —dijo Fernanda, acariciándome la mejilla—. Te amo, Lucio.

—Te amo, Fer... —me dejé caer de rodillas y le sobé el abdomen— Hola pequeño Simba.

—¡No le vamos a poner Simba! —exclamó Fernanda riendo, y luego me besó antes de darle otra opción.

FIN

¡Gracias, cariño, por leer hasta el final! Espero hayas disfrutado la lectura tanto como disfruté escribirla.

Te invito a que me dejes tu opinión sincera de mi trabajo. Me encantaría saber **lo que te gustó y lo que no te gustó**. Eso me ayudaría mucho a crecer como autora y darte en un futuro much&iactue;simo mejores lecturas.

¡Nos vemos pronto!

Un besito.

Emma K. Johnson.